

4
TEXTOS NACIONALES
COSTA RICA

LECTURAS

ARREGLADAS POR

SAMUEL ARGUEDAS



1917

LIBRERÍA E IMPRENTA LEHMANN (SAUTER & Co.)

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Mercedes Oregon Loria.

LECTURAS

TEXTOS NACIONALES
COSTA RICA

LECTURAS

ARREGLADAS POR

SAMUEL ARGUEDAS



1917

LIBRERÍA E IMPRENTA LEHMANN (SAUTER & Co.)

SAN JOSÉ, COSTA RICA

M. OBREGÓN L.
SAN JOSÉ DE COSTA RICA
AMÉRICA CENTRAL

Presentación

Presentamos a la consideración de los maestros un nuevo libro de lectura. Decimos esto con razón: no creemos que sea uno sólo el libro en que se haga la lectura; antes bien, consideramos, por razones que los mismos maestros conocen, que debe haber en las bibliotecas escolares profusión de libros de lectura.

No sea nuestra contemplación mezquina, pero francamente no le vemos a la llamada clase de lengua materna otro objeto que el de enseñar a leer y a componer; y creídos de esto, qué cosa mejor para llenar nuestro propósito que la presentación de buenos escritores españoles e hispano-americanos?

Por otra parte, creemos motivo patriótico—en cuanto el patriotismo se entienda fuera de los campos de batalla—el de presentar a la consideración y estima de los niños, a los que dan lustre y honra a la patria, en su lengua.

S. A.

ÍNDICE

	Pág.
Presentación.	S. A. v
Me escribe un maestro.	<i>Xenius</i> (Eugenio D'Ors) xi

PRIMERA PARTE

Platero.	<i>Juan R. Jiménez</i>	1
Tuércelo el cuello al cisne.	<i>Enrique González M.</i>	1
Corpus.	<i>Juan R. Jiménez</i>	2
El barco viejo.	<i>Manuel Magallanes M.</i>	3
La silla que ahora nadie ocupa.	<i>Evaristo Carriego</i>	3
¿Qué será un poeta?.	<i>Leopoldo Lugones</i>	4
León cautivo.	<i>Leopoldo Lugones</i>	5
La hormiguita.	<i>Fernán Caballero</i>	6
La siega.	<i>Gaspar Núñez de Arce</i>	8
Los cometas.	<i>Juan Montalvo</i>	9
Canción del pirata.	<i>José de Espronceda</i>	10
Hay que enamorarla.	<i>Eduardo Talero</i>	13
La herejía.	<i>Eduardo Marquina</i>	18
El bosque.	<i>José Ortega y Gasset</i>	22
Las campanas de Burgos.	<i>Manuel Ugarte</i>	23
Añoranzas del terruño.	<i>Mario Sancho</i>	25
Cafarnáum.	<i>Enrique Gómez C.</i>	26
Abel.	<i>Manuel Machado</i>	30
Los maderos de San Juan.	<i>José Asunción Silva</i>	30

SEGUNDA PARTE

El pájaro azul.	<i>Leopoldo Lugones</i>	32
Caballeros teutones.	<i>Guillermo Valencia</i>	34
Vaticinio.	<i>Alcides Arguedas</i>	35
Darwin cesa de gustar de Shakespeare.	<i>Xenius</i>	37
La flor del camino.	<i>Juan R. Jiménez</i>	38

	PÁG.
Vanidad y orgullo.	Manuel Díaz Rodríguez 38
¡Angelus!	Juan R. Jiménez 40
El diente roto.	Pedro Emilio Coll. 40
La montaña.	Juan Maragall 42
Las malezas.	Pedro Prado 44
Anti-demo.	Andrenio (A. Gómez de Baquero) 45
Mens agitat molem	Roberto Brenes M. 48
Hacerse uno mismo.	Santiago Ramón y Cajal 48
El águila.	Francisco Gavidia 50
Como el alpaca solitaria.	Eugenio M. de Hostos 51
Es necesario trabajar y crear con alegría.	Víctor M. Londoño 53
El gallo de Sócrates	Clarín (Leopoldo Alas) 54
Moctezuma.	Emilia Pardo Bazán 59
Astronomía legal	Silverio Lanza (Juan Bta. Amorós) 62
Mirando jugar a un niño.	José Enrique Rodó 63
Oasis.	Pío Baroja 64
La pampa de granito.	José Enrique Rodó 65

TERCERA PARTE

Constantinopla.	Vicente Blasco Ibáñez 67
Carta.	Juan Valera 69
La casa de la montaña	Julio Herrera R. 71
Paisaje.	Ramón del Valle Inclán 72
Un árbol.	José M. ^a de Pereda 72
El Vesubio.	Pedro Antonio de Alarcón 73
Himno al árbol.	Juan Zorrilla de San Martín 75
En elogio de la papa.	Juan Montalvo 76
Ecuatorial.	Juan Montalvo 77
Del Trópico.	Rubén Darío 78
Anáhuac.	Alfonso Reyes 79
Los vientos.	Ricardo Rojas 80
La pesca de Espinho.	Miguel de Unamuno 81
Bestiario.	J. Moreno Villa 83
Las hormigas agricultoras.	Joaquín A. Uribe 85

CUARTA PARTE

Vidas que se renuevan: el espíritu de Goethe	José Enrique Rodó 86
El viejo Homero.	Juan Montalvo 87
Caupolicán.	Rubén Darío 88
Simón Bolívar.	José Martí 89
Don Quijote se va.	Carlos Gagini 91

	PÁG.
Hijos del numen.	<i>Rafael Cardona</i> 94
El sabio.	<i>José Cecilio del Valle</i> 94
Apresiasi3n justa.	<i>Enrique Jos3 Varona</i> 96
La Patria.	<i>Emilio Castelar</i> 97
Don Mauro Fern3ndez.	<i>R3mulu Tovar</i> 98
Ejemplario.	<i>Eugenio D'Ors</i> 101
Pascal inventa la Geometr3a.	<i>Xenius</i> 102
Perfil de Bol3var.	<i>Juan Montalvo</i> 103
Col3n.	<i>Antonio Zambrana</i> 104
Cu3ndo progresan los pueblos.	<i>Ramiro de Maeztu</i> 108
La hora de la Duda.	<i>Enrique Jos3 Varona</i> 110
Del quijotismo.	<i>Joaqu3n Garc3a Monge</i> 112

QUINTA PARTE

Los viejos.	<i>Azor3n (Jos3 Mart3nez Ruiz)</i> 114
Humildad.	<i>Francisco Villaespesa</i> 115
El odio a los 3rboles.	<i>Rafael Barret</i> 116
Si una espina me hiere.	<i>Amado Nervo</i> 118
Ha mugido una vaca en la noche.	<i>Manuel Abril</i> 118
Solidaridad.	<i>El3as Jim3nez Rojas</i> 120
El oro.	<i>Alfonso Guill3n Zelaya</i> 121
El 3rbol y el caminante.	<i>Emilio Bobadilla</i> 122
C3ntico de las criaturas.	<i>Cornelio Hispano</i> 123
In memoriam de un tigre querido.	<i>Clemente Onelli</i> 124
El buen 3rbol amigo.	<i>Ernesto A. Guzm3n</i> 126
V3ctimas de la tormenta.	<i>Clemente Onelli</i> 128
Oraci3n.	<i>Omar Dengo</i> 129
Tr3boles de Navidad.	<i>Juan Ram3n Molina</i> 130

ME ESCRIBE UN MAESTRO

Manuel Ainaud (el maestro agudo de quien otro día os hablaba, aquel que tuvo curiosidad de saber cuál era la canción preferida por los niños) me escribe y dice que sus discípulos han seguido gustando sinceramente del «Dios loado por la Naturaleza», como también de algunas selectas canciones de Schubert. Además, que en un colegio de niñas, éstas, indiferentes a ciertas pueriles litografías alemanas fabricadas laboriosamente para kindergarten, hallaban en cambio mil delicias en la reproducción de una Madona de Luini. Y que él, Manuel Ainaud, como a un muchacho reacio a cualquier estudio, tuviese misión de llevarle al buen camino, logró este resultado con darle a leer el capítulo X en el libro III de las Memorables de Jenofonte y algunos fragmentos de estética originales de Eugenio Carrière y reunidos en un volúmen.

Y concluye el maestro agudo: «Por amor a nuestros niños continuemos en revisar el problema de la literatura infantil. Este será el problema central dentro de poco tiempo, cuando nuevamente hayan fracasado las metodologías sin alma.

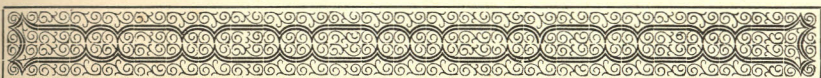
INSISTO.

Insisto en que conviene revisar con cuidado la cuestión referente a la literatura para niños. Y no sólo a la literatura poética, sino aun a la científica. ¿Qué será mejor, dar a aquéllos (debemos preguntarnos) manuales escritos exprofeso para su uso, o, directamente, obras clásicas de grandes sabios? Algo hay en éstas, sin duda, que aquéllos no pueden compensar.

Algo a cuyo calor se encienden las jóvenes vocaciones. Claro es que toda la física de Newton ha pasado a nuestros pequeños manuales, y aumentada y mejorada, y limpia de muchos errores. Pero ¿qué será, que a la lectura de un manual nadie siente despertar en su alma una seria pasión por la física, y a la lectura de Newton sí? Cuantos grandes matemáticos ha conocido el mundo llegaron a ser tales por razón de que, en tiempo más o menos prematuro, cayera en sus manos, más o menos casualmente, un volumen, más o menos maltrecho, de Euclides o de Lagrange.

XENIUS. (*)

(*) Con este nombre firma sus escritos el admirable catalán Eugenio D'Ors.



PLATERO

(Juan Ramón Jiménez.)

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: «¿Platero?», y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—Tiene acero...

—Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

(Platero y yo.)

TUÉRCELE EL CUELLO AL CISNE...

(Enrique González Martínez.)

Tuércelo el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia no más, pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda, y adora intensamente
la vida y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira al sapiente buho cómo tiende las alas
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas,
y posa en aquel árbol su vuelo taciturno.

Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
pupila que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno.

(Los Señeros Ocultos.)

CORPUS

(Juan Ramón Jiménez.)

Entrando por la calle de la Fuente, de vuelta del huerto,
las campanas, que ya habíamos oído tres veces desde los arroyos, conmueven, con su pregonera coronación de bronce, el blanco pueblecillo. Su repique voltea y voltea entre el chispeante y estruendoso subir de los cohetes y la chillona meta-lería de la música.

La calle, recién encalada y ribeteada de almagra, verdea toda, vestida de chopos y juncias. Lucen las ventanas colgaduras de damasco granate, de seda amarilla, de celeste raso, y, en las casas en que hay luto, de lana cándida, con cintas negras. Por las últimas casas, en la vuelta del Porche, aparece, tarda, la Cruz de los espejos, que, entre los destellos del poniente, recoge ya la luz de los cirios rojos. Lentamente, pasa la procesión. La bandera carmín, y San Roque, patrón de los panaderos, cargado de tiernas roscas; la bandera glauca, y San Telmo, patrón de los marineros, con su navío de plata en las manos; la bandera gualda, y San Isidro, patrón de los labradores, con su yuntita de bueyes, y más banderas de colores, y más Santos, y luego, Santa Ana, dando lección a la Virgen, y San José, pardo, y la Inmaculada, azul... Al fin, entre la guardia civil, la Custodia, ornada de espigas granadas y de esmeraldinas uvas agraces su calada platería, despaciosa en su nube celeste de incienso.

En la tarde que cae, se alza, claro, el latín andaluz de los salmos. El sol, ya rosa, quiebra su rayo bajo, que viene por la calle del Río, en la cargazón de oro de las viejas capas pluviales. Arriba, en derredor de la torre escarlata, sobre el ópalo terso de la hora serena de Junio, las palomas tejen sus altas guirnaldas de nieve encendida...

Platero, entonces, rebuzna. Y su mansedumbre se asocia, con la campana, con el cohete, con el latín y con la música, al claro misterio del día, y el rebuzno se le endulza, altivo, y, rastrero, se le diviniza...

(Platero y yo.)

EL BARCO VIEJO

(Manuel Magallanes Moure.)

Allá en aquel paraje solitario del puerto
se mece el viejo barco a compás de las ondas
que tejen y destegen sus armiñadas blondas
en rededor del casco roñoso y entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto
de líquenes que ondulan cuando pasan las rondas
de los peces, clavando sus pupilas redondas
en el barco, que flota como un cetáceo muerto.

Y el barco que fué un barco de los que van a Europa,
y que era todo un barco de la proa a la popa,
ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,

sus amarras sacude, y rechina, y se queja,
cuando ve que otro barco mar adentro se aleja,
mecido por las olas en blanda oscilación.

LA SILLA QUE AHORA NADIE OCUPA

(Evaristo Carriego.)

Con la vista clavada sobre la copa
se halla abstraído el padre desde hace rato:
pocos momentos antes rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, olvidadizo, colocó en frente.

Y, mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruido de las cucharas
porque, inocentemente, como empujado

por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuándo será el regreso de la mamá.

(Misas herejes. La canción del barrio. Y poemas póstumos.)

¿QUÉ SERA UN POETA?

(Leopoldo Lugones.)

Es esto:

Por los campos antiguos en que, campo de libertad ella misma, nuestra Argentina se dilataba sin catastros ni alambres, solía el caminante extraviado meterse de noche al seno de un bosque incógnito. No había percance más temible, porque el bosque es el laberinto donde se puede andar hasta la muerte siguiendo la pista de sí mismo, el palacio abierto que no tiene salida, morada de las hadas maléficas que escamotean el rumbo en un rayo de luna, y el grito de auxilio en una vaguedad rumorosa más enorme que el mar, calabozo sin paredes, pues no hay encierro como la falta de horizonte. La única salvación era, entonces, dar con agua; no sólo porque la sed solía reinar bajo la espinosa fronda, sino porque la fuente, el jagüel, el charco, presuponen la existencia de sendas, de animales que las trazan con la frecuencia de venir, de hombres quizá. Agua y camino resultaban, pues, términos correspondientes. Y el río que los revelaba era, según la ciencia del desierto, el pájaro matinal. Bosque donde no cantaban pájaros al amanecer, estaba lejos del agua. Aquella ausencia aparentemente baladí, imprimía un horror trágico al percance. ¡Con qué ansiedad esperaba el transeunte en peligro ese gorjeo salvador, ensimismado en la fatalidad de la noche aciaga, como enterrado ya en el silencio y en la soledad funesta que for-

maban con las tinieblas un bloque inconmovible hasta la eternidad, y negro, negro hasta la desesperación, mientras el monte erizándose al contorno parecía retorcerle en la garganta su aspérrima amargura! ¡Ah, desolación la del alba sin trinos sobre el ramaje polvoriento que estaba como arruinándose bajo cenizas desabridas y heladas; miedo de aquella luz fatal, color de salitre; anonadamiento de condena entre la patibularia trabazón de esos leños; derrumbe de sér en las espaldas semejantes a desmoronados adobes, en las rodillas que se desencajan, en el corazón que se sume allá adentro como una piedra! Pero también qué salto de alegría en el alma, cuando al pintar la luz como una humedad celeste las ramitas extremas, y conmoverse a aquel contacto el férreo corazón de la selva todavía trágica en el terror nocturno, arrancaba el jilguero, dorándose ya con la aurora, de alto que se ponía, su canto valeroso que iba así purgando, para vaciarlo de sus estrellas, el saco de la noche, y tallando al mismo tiempo en cristalina trituración el puro diamante de la mañana, y anunciando por último al hombre triste, con la cercanía del agua bullente en el gorjeo, la seguridad, la dirección, la libertad, la salud, la vida.

(«Rubén Darío.» *El Convivio.*)

LEÓN CAUTIVO

(Leopoldo Lugones.)

Grave en la decadencia de su prez soberana,
sobrelleva la alevé clausura de las rejas,
y en el ocio reumático de sus garras ya viejas
la ignominia de un sordo lumbago lo amilana.

Mas a veces el ímpetu de su sangre africana,
repliega un arrogante fruncimiento de cejas,
y entre el huracanado tumulto de guedejas
ennoblece su rostro la vertical humana.

Es la hora en que hacia el vado, con nerviosas cautelas,
desciende el azorado trote de las gacelas.
Bajo la tiranía de atávicos misterios,

la fiera siente un lúgubre influjo de destino,
y en el oro nictálope de su ojo mortecino
se hastía una magnánima desilusión de imperios.

(*Los crepúsculos del jardín.*)

LA HORMIGUITA

(Fernán Caballero.)

Había vez y vez una hormiguita tan primorosa, tan concertada, tan hacendosa, que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa se halló un ochavito. Dijo para sí:

—¿Qué haré con este ochavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina.

Pensólo más, y se fué a una tienda donde compró un poco de arrebol, se lavó, se peinó, se aderezó, se puso su colorete, y se sentó en la ventana. Ya se ve; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella. Pasó un toro y la dijo:

—Hormiguita: ¿te quieres casar conmigo?

—¿Y cómo me enamorarás?—respondió la hormiguita.

El toro se puso a mugir; la hormiga se tapó los oídos con ambas patas.

—Sigue tu camino—le dijo al toro—que me asustas, me asombras y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacareó. Todos causaban alejamiento a la hormiga; ninguno se ganó su voluntad, hasta que pasó un ratonpérez que la supo enamorar tan fina y delicadamente, que la hormiguita le dió su manita negra. Vivían como tortolitas, y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.

Quiso la mala suerte que un día fuese la hormiguita sola a misa, después de poner la olla que dejó al cuidado de ratonpérez, advirtiéndole, como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón; pero el ratonpérez hizo, por su mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menear la olla; y así fué, que sucedió lo que ella había previsto. Ratonpérez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo, y allí murió ahogado.

Al volver la hormiguita a su casa llamó a la puerta. Nadie respondió ni vino a abrir. Entonces se fué a casa de una vecina

para que la dejase entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el cerrajero que le descerrajase la puerta. Fué la hormiguita en derechura a la cocina; miró la olla y allí estaba, ¡qué dolor! el ratonpérez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervía. La hormiguita se echó a llorar amargamente. Vino el pájaro y la dijo:

—¿Por qué lloras?

Ella respondió:

—Porque ratonpérez se cayó en la olla.

—Pues yo, pajarito, me corto el piquito.

Vino la paloma y la dijo:

—¿Por qué, pajarito, te has cortado el pico?

—Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora.

—Pues yo, la paloma, me corto la cola.

Dijo el palomar:

—¿Por qué tú, paloma, cortaste tu cola?

—Porque ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito cortó su piquito, y yo, la paloma, me corto la cola.

—Pues yo, palomar, me voy a derribar.

Dijo la fuente clara:

—¿Por qué, palomar, te vas a derribar?

—Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito cortó su piquito, y que la paloma se corta la cola, y yo, palomar, voime a derribar.

—Pues yo, fuente clara, me pongo a llorar.

Vino la Infanta a llenar la cántara.

—¿Por qué, fuente clara, te pones a llorar?

—Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se corta la cola, y que el palomar fué a derribar, y yo, fuente clara, me pongo a llorar.

—Pues yo, que soy Infanta, romperé mi cántara.

Y yo, que lo cuento, acabo en lamento, porque el ratonpérez se cayó en la olla ¡y que la hormiguita lo siente y lo llora!

(Cuentos infantiles.)

LA SIEGA

(Gaspar Núñez de Arce.)

Cual dilatado mar, la mies dorada
a trechos esmaltada
de ya escasas y mustias amapolas,
cediendo al soplo halagador del viento
acompasado y lento,
a los rayos del sol mueve sus olas.

Cuadrilla de atezados segadores,
sufriendo los rigores
del sol canicular, el trigo abate,
que cae agavillado en los inciertos
surcos, como los muertos
en el revuelto campo de combate.

Corta y cambia de pronto la campiña
alguna hojosa viña
que en las umbrias y laderas crece,
y entre las ondas de la mies madura,
cual isla de verdura,
con sus varios matices resplandece.

Serpean y se enlazan por los prados,
barbechos y sembrados,
los arroyos, las lindes y caminos,
y donde apenas la mirada alcanza,
cierran la lontananza
espesos bosques de perennes pinos.

Por angostos atajos y veredas,
los carros de anchas ruedas
pesadamente y sin cesar transitan,
y sentados encima de los haces,
rapazas y rapaces
con incansable ardor cantan o gritan.

Lleno de majestad y de reposo
el Duero caudaloso
a través de los campos se dilata:

refleja en su corriente el sol de estío,
y el sosegado río
cinta parece de bruñida plata.

Ya oculta de improviso una alameda
su marcha mansa y leda;
ya le obstruye la presa de un molino,
y como potro a quien el freno exalta,
párase, el dique salta
y sigue apresurado su camino.

En las tendidas vegas y en las lomas,
cual nidos de palomas,
se agrupan en desorden las aldeas,
y en la atmósfera azul pura y tranquila,
ligeramente oscila
el humo de las negras chimeneas.

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
contempla el dueño la creciente hacina,
y mientras un zagal apura el jarro,
otro descarga el carro
que bajo el peso de la mies rechina.

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
que poderosas yuntas
mueven en rueda, con afán trabaja,
y cual premio debido a su fatiga,
desgránase la espiga,
y salta rota la reseca paja.

(Idilio.)

LOS COMETAS

(Juan Montalvo.)

Los cometas salen de lo infinito y se van a lo infinito: ¿quién concibe esto? Hay ideas que podemos emitir de cierto modo, aun cuando no hayan cabida en el cerebro. Ya sabemos, pues, que los cometas salen de lo infinito y se van a lo infinito. Los cometas están fuera de todos los sistemas planetarios,

del nuestro y de los que no conocemos. Cada estrella de esas casi invisibles para nosotros, esos puntos de diamante que están pestañeando en la bóveda celeste, son astros mil veces mayores que el sol, y sirven de centro a sus respectivos sistemas planetarios. Los cometas son salvajes enemigos de toda compañía, que gustan de errar por los espacios sin rumbo, en melancólica vagancia. En su estado de independencia, no tienen órbita como los astros; y así no está fuera de la naturaleza el que se encuentren unos con otros, o el que rocen con la cola uno de los planetas de movimientos inmutables. Habrá quizá sucedido esto en los secretos del espacio y la noche de los tiempos; lo que sabemos a punto fijo es que, cuando su mala estrella quiere que pasen a cierta distancia de un astro, caen prisioneros y vienen a ser esclavos que girarán perpetuamente alrededor del que los ha hecho cautivos. Júpiter es el terror de los cometas: ¡desgraciado del que venga a pasar por el límite hasta donde se dilata su poder! Los refrena con su aliento, los atrae irresistiblemente, les señala rumbo y les obliga a girar en torno suyo, en un período de tiempo que no ha de sufrir alteración.

(Expectador.)

CANCIÓN DEL PIRATA

(José de Espronceda.)

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman,
por su bravura, el *Temido*,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar ríela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y va el capitán pirata

cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Stambul:

«Navega, velero mío,
sin temor;
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

«Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.»

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

«Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra:
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

«Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.»

Que es mi barco mi tesoro...

«A la voz de «¡barco viene!»
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo escapar:
que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

«En las presas
yo divido
lo cogido
por igual:
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.»

Que es mi barco mi tesoro...

«¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río:
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena,
quizá en su propio navío.

«Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la dí,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo
sacudí.»

Que es mi barco mi tesoro...

«Son mi música mejor
aquilones:
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

«Y del trueno
al són violento
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar.»

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

HAY QUE ENAMORARLA

(Eduardo Talero.)

En esta región irrigada de Río Negro y Neuquen, es asunto muy actual eso de «hacer una chacra». De Bahía Blanca para acá no hay casi diálogo de viajeros que no se apoye en esa frase.

Todos la dicen. No solamente el agricultor profesional—que en lo suyo estaría—sino el estanciero, el médico, el comerciante, el periodista, el abogado: todos.

Cuando todos se atreven a la frasecita, ¿es en realidad cosa hacedera, o hay mucho trecho de tal dicho a tal hecho? De esa, como de las demás empresas de la vida, se puede asegurar que imposible no lo es; antes bien, es fácil, pero es de difícil facilidad.

Ni basta ser latifundista y acaudalado para hacer chacra. Además de la tierra y el dinero son indispensables otros elementos, de esos que deciden del triunfo en otra clase de conquistas.

Más que leguas de tierra y caudales en los bancos, el éxito de la agricultura intensiva exige vocación, y ésta exige voluntad, y ésta una viva pasión que la sostenga. Los agrónomos no han explicado todavía esa fuerza misteriosa que, al trasfundirse con la tierra, produce las maravillas del cultivo intensivo.

En ninguna obra de agronomía se menciona a una tierra enamorada. Se habla de tierra virgen, de tierra estéril, de tierra rica, de tierra fecunda; pero no de tierra enamorada.

Y así como no se hace hogar feliz con mujer vendida, ni indiferente, ni desamorada, así nadie hará chacra intensa sin amar y ser amado por la tierra que cultiva.

Lección inolvidable la recibida días pasados de un humilde labrador español, de esos chapados a la antigua, de esos trasplantados directamente al desierto patagónico desde una de las célebres huertas centenarias en cuyos mostos tal vez un tiempo se regostara el Myo Cid.

Decíale ser excesiva su porfía en peinar con el rastrillo una melga ya aparentemente aderezada para regarle la semilla. Y el labriego, tirando a un lado el hierro e hincándose para mejor acariciar el surco con la mano, repuso grave y convencido:

—No señó... La tierra no se deja engañá... Todo esto le hace gozo.

He ahí la clave del misterio. Si la tierra goza, su sensibilidad y hasta su corazoncito ha de tener. Entonces no es la cosa muerta y sucia que tan imbécilmente despreciamos y que con tanto desdén nos sacudimos del traje.

Entonces es un ser vivo, es una persona quieta y resignada, con criterio suficiente para saber a quién ha de entregarse.

Caricia, gozo, amor, fecundidad y vida: suya es esa prodigiosa asociación de vocablos que constituyen una escala ascensional y melódica de triunfo.

Porque si la tierra siente el gozo, el amor también lo ha de sentir; pero no así de buenas a primeras, ya que dado el poquito de crueldad de su sexo, previos a su rendimiento generoso, exige el empeño tesonero y el paciente anhelo de compenetración y sacrificio.

Desde lejos, desde el convencional confort de las ciudades, enviando intermediarios y girando billetes, no se opera la misteriosa trasfusión indispensable entre el propietario y la chacra. Así, a la distancia, bien puede tenerse convicción de propiedad civil, pero no emoción de propietario, de esa emoción que

infunde sensibilidades magnéticas en la reja del arado y que tal vez personifica al árbol y hasta espiritualiza a la semilla.

¡Qué ha de disponerse la tierra en sus alcobas misteriosas a las palpitaciones de la fecundidad, si a ella no la engañan, ni en su aparente estupidez se le ignora que su dueño anda por allá en diversiones y profanidades frívolas desacordándose de acompañarla en sus angustias de gravidez y sus insomnios de madre!

En agricultura intensiva se debe reevaluar el oculto significado de la maldición paradisiaca, entendiéndose que todavía está en vigor y no es simple figura retórica eso del sudor de la frente y eso otro atañadero al sexo de la tierra.

Lléganse por acá algunos chacareros con la falsa ilusión de que, siendo estas tierras vírgenes y ricas, se las puede cultivar en volandas, sin el esmero y detenimiento que se consagra a las esquilmas de Europa.

Tal error, aparejado al prejuicio de la gran extensión, ocasiona fracasos y desengaños.

Con la sabiduría del labriego de marras, y aun siendo un porra en ciencias agronómicas, se pueden explicar esos fracasos. Mientras más vírgenes y jovencitas y ricas sean las tierras, más difícil ha de ser darles gozo y conquistarlas, y más exclusivistas y celosas con su dueño.

En esta región de riego va siendo opinión muy valedera la de que una chacra de más de cien hectáreas es demasiada tierra para un hombre, siquiera sea éste acaudalado y diligente.

Y es porque una chacra de cincuenta a cien hectáreas, si a la multicultura moderna se dedica, requiere más trabajo y tiempo que una estancia ganadera; y aunque no dé ocasión a la vanidad de hablar de leguas, quizá conduce por senda más corta y segura a la riqueza.

¿Ni cómo será cabal la posesión ferviente, si en la extensión ha de dispersarse la energía?

Tiempo llegará en que la agricultura tome en cuenta el formidable poder de la mirada como elemento fecundante, pues no hay razón para que ésta no lleve al seno de la tierra fluidos más nobles y prolíficos que los dorados del sol.

No sino en una pequeña heredad es posible repartir esa insistente mirada cariñosa que, proyectada sobre el espejo sin fondo de la contemplación, recibe de reflejo las lejanas visiones de la vida.

¿Quién nos aseguraría que el más inadvertido terrón no nos reserva la dulzura de una fruta o el aroma de una flor?

Cuando paseamos distraídos por la chacra, quizá en el palmo de tierra que pisamos duerme latente un poco de nuestra carne venidera, o palpita en sueño larval uno de nuestros futuros pensamientos, o quizá repose el grano de energía que falta a la voluntad para definir nuestro destino.

Hay quienes acusan un falso concepto de la vida al temer la soledad del campo: el que no sepa acompañarse de las múltiples presencias, si no visibles, por lo menos palpitantes de una chacra, revela sordera y ceguedad para percibir las más eternas relaciones de armonía.

Si por obra del excesivo silencio de la noche, despierta nuestra ánima medio aturdida de desolación, nada más fácil que abrir sobre el amanecer el postigo de la ventana campesitre y darnos la deslumbrante sorpresa de que la luz existe y encontrarnos con que el buen sol ha venido a visitarnos, y, cordial amigo de confianza, anda por ahí interesándose por los miles de existencias humildes que dependen de la nuestra.

Y si bajo el claroscuro de la noche lentamente tornamos a casa, ahí va acompañándonos paso a paso nuestra sombra; ahí va deslizándose su silueta de ceniza sobre las flores campesinas, como aconsejándonos perder el miedo a las irrevocables inherencias de nuestra alma con las oscuridades de la tierra.

Lo que tanto ennoblece al hombre en el personal ejercicio de las labores campestres es la independencia que le asegura y la especie de soberanía que le trasmite, no sólo para afrontar los menesteres de la vida ordinaria, sino para serenar el ánimo ante el medroso problema de ultratumba.

La observación familiar y vehemente de las intimidades de la tierra desvanece el prejuicio de que es sucia y de que su seno es pavoroso. ¡No es posible!

Misericordiosa ha de ser con nuestra carne, como lo es con el grano de semilla, al transformarlo en el débil retoño, que

luego será tallo empenachado de hojas, que luego fronda cuajada de dulzuras y colores, que luego tronco enseñoreado de los cielos, de copa perfumada y melodiosa como bóveda de templo.

Amorosa ha de ser con nuestra sangre como lo es con el agua de los riegos al trasmutarla en jugo de racimos o en ese vaho inconsútil y azulado que se eleva de los surcos para humedecer y disipar los fuegos del crepúsculo en ilusorias evaporaciones de coloridos delirantes.

Cuando ella nos atrae, no es para devorarnos iracunda, sino para oprimirnos contra su seno con afán de reclamo maternal, en presión estrecha y férvida, donde al fin se realiza para todo enamorado el ideal del abrazo fundente y redentor.

No es con odio como nos espera en el hoyo que suponemos lóbrego, fosco y ominoso, sino con anhelo de multiplicar al infinito nuestra sensibilidad molecular, hasta poder darnos en los huesos los inmensos besos del reencuentro, pues luz de besos han de ser esas exhalaciones fosfóricas, esos miosotis palpitantes que entre tumba y tumba ensayan su memoria de titilación astral.

No puede ser temible el seno de la tierra. Todo lo que se le deposita lo transforma, lo endulza, lo embellece, lo eleva.

Por eso será que los agricultores tienen fama de vivir dignamente y de morir como aquel hermoso viejo:

«Y dando un leve ronquido
quedóse como dormido
el buen Tomás de Pampliega,
el labrador más querido
de la comarca manchega!»

Entonces es un hecho que la tierra nos brinda algo más importante que el sustento de la vida: el consuelo de la muerte.

Concentrándole vehemencias, consagrándole ahincos y transfundiéndole ilusión, es como ella sale de su letargo de cosa inerte, para emparentarse con el abolengo humano y adquirir significado moral. Enmajestada con el tradicional esfuerzo de sus dueños y amantes, adquiere prestigios de linajuda heredad, para dar luego realce y nobleza a sus productos esenciales: que sean vinos, que sangres.

Pero no la tratemos con negligencia; no la dejemos sola; no desistamos ante sus primeras negativas; usemos con ella de menos ciencia y más ensueño.

El mejor consejo para el éxito en su conquista no lo da la agronomía: hay que enamorarla.

Y no solamente por lo que a esta vida atañe, sino por lo otro...

LA HEREJÍA

(Eduardo Marquina.)

1

Y, en una gran vitalidad, resuena
la espiritual colmena.

Y las aulas desiertas
al pueblo juvenil abren las puertas;
y aún hay la quemazón, sobre unas frentes,
de unas puestas ardientes;
y aún hay quien trae, bailándole en los ojos,
la visión de su aldea entre rastrosjos.

Los últimos molinos
giran en el crepúsculo, cansinos;
cruza por una senda la pradera
el rucio de la blanca molinera,
que a coger flores, al azar se para
revolviendo en las yerbas con la vara;
sobre el puente vetusto, en la gran quieta
de la tarde, se mueve una carreta,
y hacen reflejo en el caudal sereno,
el puente, el carro y el montón del heno.

Dicen la paz de la quietud, tranquilas,
sonando por los hondos, las esquilas.
A estas horas, no hay blanca chimenea
que no humee en los techos de la aldea;
viejas, niños, compadres y matronas
acuden al hogar en las casonas;
duermen en los pellejos

los canes; hablan de Ciudad los viejos,
y, en la sombra ancestral de la cocina,
sobre aquel banco secular de encina,
que está todo dorado
en el fuego y el dejo del pasado,
como el padre, la madre y los abuelos,
los nietos jovenzuelos
se sientan, por parejas, suspirando
y el blanco estambre del amor hilando.

...Crepúsculo otoñal, átomos de oro
en las copas eximias
del robledal cercano, y un sonoro
hervor por los lagares de vendimias...

2

Sobre esta rica plenitud de encanto,
la falsa ciencia va a tender su manto;
cortarán, aprendices,
en vuestra alma pasmada, las raíces
de estos recuerdos; fórmulas y nombres
matarán a las cosas y a los hombres;
la visión de la vida que irrumpía
armoniosa en la joven fantasía,
caerá, rota en pedazos,
a máximas deshecha como a hachazos.
De nada os ha servido
lo amado, lo sentido, lo vivido;
que esta que fué colmena,
ya es de fósiles viejos alacena;
y venís a sus aulas enfermizas,
no a libar miel, sino a dejar cenizas.

3

Oh, Ciencia-amor! oh, Ciencia, descogida
como un sol, de la vida!
Oh, Ciencia!... Oh Ciencia-sangre y Ciencia-vino!
Oh, viático y cosecha en el camino!

Oh, tú que entras y sales en la vida,
lumbre, pensada y voluntad, vivida!
Oh, Ciencia, éxtasis santo y heroísmo;
divinidad nacida de humanismo!
Ciencia humana y divina,
que eres harnero y a la vez harina;
no polvo, sino espíritu de cosas;
no corona de espinas, mas de rosas!
Ciencia viva, patética, anhelante;
vaso no, sino fuente en la hondonada,
de que fluye constante
la Ley perennemente renovada!

4

Dónde estás, Ciencia viva?... Tus devotos,
a qué climas remotos
emigrarán en busca tuya! Ciencia,
no les dejes morir en abstinencia;
mira estas pobres frentes
donde hay rumor y sol, puestas ardientes,
crepúsculos serenos,
verdor de trigo, emanaciones de henos,
son de agua removida,
amor de hembra y olor, olor a vida;
las sacrílegas manos
de tus falsos profetas,
mondando sus espíritus lozanos,
sujetarán sus ánimas inquietas.

Ciencia, sé compasiva;
ven a este cementerio, tú tan viva;
entra a hacer tus oficios
en este panteón, por los resquicios;
sal al paso, en la calle, a los que buscan
tu luz y con hachones les ofuscan.
Mira, Ciencia querida,
que donde tú no estás falta la vida;
que, como una coraza,

tú has de ser el amparo de la raza;
que, en la desoladora
noche, tu resplandor será la aurora;
que, como aquel que vino
a salvarnos, tú, Ciencia, eres camino...

5

Y vosotros, amigos, destinados
a la esterilidad, vasos colmados
de frutos abundosos
en dulce vino y en licor copiosos,
que, porque quepa en ellos el veneno
de la Ciencia oficial, iréis dejando
la sangre en el camino, abandonando
vuestro propio caudal por el ajeno;
vosotros, constreñidos
a llenaros el arca
de paja y de cenizas; reducidos,
si tenéis sed, al agua que se encharca;
vosotros, cuando el alma torturada
se resista al estudio, en la velada,
y unos vagos deseos muevan,
con sus primeros aleteos,
vuestra ansia de saber; cuando, ferviente,
la rebelión apunte en vuestra frente,
y, condenando la lección del día,
su roja flor os brinde la herejía;
cuando sintáis que toda la persona
se os resiste y se encona
oponiendo al rigor de la doctrina
su afirmación satánica y divina,
oh, no os neguéis. ¡Entrad en el abismo
que lleva el hombre dentro de sí mismo!
Oh, sed fuertes, sed fuertes
para erguir vuestra vida entre las muertes
que os rodean. ¡Oh, haceos los profetas
de vuestras propias almas de heresiarcas!

Oh, dejad vuestras arcas
de vuestra propia plenitud repletas!

Y vuestra gran conquista, al otro día,
contadla a los dormidos compañeros;
y ellos se aparten con horror, al veros
rebeldes, sustentar vuestra herejía.

(Canciones del momento.)

EL BOSQUE

(José Ortega y Gasset.)

¿Con cuántos árboles se hace una selva? ¿Con cuántas
casas una ciudad?

Según cantaba el labriego de Poitiers,

La hauteur des maisons
empêche de voir la ville, ⁽¹⁾

y el adagio germánico afirma que los árboles no dejan ver el bosque. Selva y ciudad son dos cosas esencialmente profundas, y la profundidad está condenada de una manera fatal a convertirse en superficie si quiere manifestarse.

Tengo yo ahora en torno mío hasta dos docenas de robles graves y de fresnos gentiles. ¿Es esto un bosque? Ciertamente que no; estos son los árboles que veo de un bosque. El bosque verdadero se compone de los árboles que no veo. El bosque es una naturaleza invisible—por eso en todos los idiomas conserva su nombre un halo de misterio.

Yo puedo ahora levantarme y tomar uno de estos vagos senderos por donde veo cruzar a los mirlos. Los árboles que antes veía serán sustituidos por otros análogos. Se irá el bosque descomponiendo, desgranando en una serie de trozos sucesivamente visibles. Pero nunca lo hallaré allí donde me encuentre. El bosque huye de los ojos.

Cuando llegamos a uno de estos breves claros que deja la verdura, nos parece que había allí un hombre sentado sobre una piedra, los codos en las rodillas, las palmas en las sienes,

(1) La altura de las casas no deja ver la ciudad.

y que, precisamente cuando íbamos a llegar, se ha levantado y se ha ido. Sospechamos que este hombre, dando un breve rodeo, ha ido a colocarse en la misma postura no lejos de nosotros. Si cedemos al deseo de sorprenderle—, a ese poder de atracción que ejerce el centro de los bosques sobre quien en ellos penetra—, la escena se repetirá indefinidamente.

El bosque está siempre un poco más allá de donde nosotros estamos. De donde nosotros estamos acaba de marcharse y queda sólo su huella aún fresca. Los antiguos, que proyectaban en formas corpóreas y vivas las siluetas de sus emociones, poblaron las selvas de ninfas fugitivas. Nada más exacto y expresivo. Conforme camináis, volved rápidamente la mirada a un claro entre la espesura y hallaréis un temblor en el aire como si se aprestara a llenar el hueco que ha dejado al huir un ligero cuerpo desnudo.

Desde uno cualquiera de sus lugares es, en rigor, el bosque una posibilidad. Es una vereda por donde podríamos internarnos; es un hontanar de quien nos llega un rumor débil en brazos del silencio y que podríamos descubrir a los pocos pasos; son versículos de cantos que hacen a lo lejos los pájaros puestos en unas ramas bajo las cuales podríamos llegar. El bosque es una suma de posibles actos nuestros, que, al realizarse, perderían su valor genuino. Lo que del bosque se halla ante nosotros de una manera inmediata es sólo pretexto para que lo demás se halle oculto y distante.

(Meditaciones del Quijote.)

LAS CAMPANAS DE BURGOS

(Manuel Ugarte.)

Así que acabé de escribir las cartas que quería despachar por el correo de la noche, bajé también y me lancé a la calle.

...Las torres de la catedral se perfilan sobre el cielo claro como dos grandes andamios de sombra. Por las aceras no encontramos más que clérigos y soldados. Las gentes tienen caras huesudas y hundidas, que están en consonancia con los callejones y pasadizos sepulcrales y lúgubres de la población. Pasamos bajo el arco de Santa María, y por la calle de la

Paloma llegamos a la catedral, cuyos detalles arquitectónicos desaparecen en la noche. Es como un monstruo acurrucado en las tinieblas, detrás del cual se esconde y reaparece la luna. Se me antoja que la sombra de sus campanarios es mortal como la de ciertos árboles, y que si nada prospera en torno, es porque el monumento irradia no sé qué maleficios sobre todas las espigas. Entramos por la abertura negra recortada en el inmenso portal, y después de separar varias mamparas nos encontramos en la altísima nave gris, al fondo de la cual arde una constelación de cirios. Las devotas, vestidas de negro y encorvadas sobre sus devocionarios, repiten de tiempo en tiempo, simultáneamente y en tropel, la oración que un cura les dicta desde el púlpito. Las voces resuenan de una manera lúgubre, y después de extinguidas dejan bajo las bóvedas un eco desconsolador que rebota y persiste como un ánima en pena. Nos creemos trasportados a aquellos siglos en que las multitudes se arrodillaban en las plazas y las inmensas catedrales surgían de la tierra y se improvisaban casi por el esfuerzo común de una ciudad en delirio. Las mujeres que entran al templo me hacen recordar el «beguinage» de Bruges y los cuadros llenos de languidez agonizante que describió Rodenbach en su libro célebre. De dónde vienen esos seres quiméricos que resbalan con paso menudo, hacen genuflexiones ante los altares y se escurren y desaparecen en el mar de cuerpos encorvados que obstruyen el centro de la nave? Qué mentalidades llevan? Sus fisonomías no tienen el reposo y la placidez de los justos, sino expresiones torturadas y angustiosas, como si estuvieran aterrorizados por la obsesión del infierno. A cada instante se signan, como si quisieran conjurar un peligro que las persigue. Más que una asamblea de elegidos, que debiera respirar la tranquilidad y la confianza, me parece aquello un conventículo de brujos que respiran la inquietud y el dolor por todos los poros del alma... El clamoreo de las oraciones sigue elevándose en rachas que alternan con la voz ronca y solemne del oficiante... Hace frío... Se diría que nos hallamos en ignoradas catacumbas celebrando ritos de hechiceros que se obstinan en su demencia. ¡Cuán lejos de la sana y fresca tranquilidad de los que están de acuerdo consigo mismos!

Parece que la luz se apaga en las almas ante tan horrendo espectáculo de fatalidad y de sombra. El hombre moderno se ahoga en ese mundo vencido, donde parece que todo es aniquilamiento, tristeza, muerte infinita... Volvamos a las calles, volvamos a codearnos con lo que vive...

Pero son las siete, y las calles están solas...

Qué es lo que ocurre en la ciudad?

No se oye más que el llamar monótono de las campanas de las iglesias y el toque de clarín de los cuarteles.

Parece que todos los habitantes han muerto y que sobre la desolación universal sólo reina el responso de las lenguas de bronce y las dianas de los guerreros que se alejan después del exterminio...

(*Visiones de España.*)

AÑORANZAS DEL TERRUÑO

(Mario Sancho.)

Imposible que nosotros no viviéramos agradecidos del maíz, más blanco que los sueños de una campesina adolescente, que llena las trojes de Felipe Díaz y Llano Grande, de los duraznos dulcísimos de Tierra Blanca, de las papas de Potrero Cerrado que cuando se ponen al fuego revientan suaves y deliciosas lo mismo que el alma de los místicos después de la penitencia, de las varias hortalizas que crecen al pie del monte, y que parecen la fimbria de oro, grana y gualda con que los pintores solían adornar el traje de las vírgenes. Y qué decir de aquellas admirables lecherías en que la leche sale de las ubres rosadas, amarilla como la envidia y espesa como la idiotez. Hay que haber visto las pesebreras de Chicué en que las *jerseys* de cuernos exíguos y de ojos inmensos y dulces, como asombrados, devoran ávidas la alfalfa y los mejores zacates, para saber de cuánto sirve la selección y el cuidado de estos animales, que parecen destinados a contentar todas las necesidades de los hombres con la provechosa variedad de sus productos. Tal vez sea oportuno que os diga, sin pedir permiso para ello a Buffon, que la vaca es a la par o antes que el caballo, una hermosa conquista humana. Perdóneme el viejo y lírico naturalista francés, ingenio peregrino que entre-

tuvo la existencia glosando con metáforas ingeniosas el poema inmenso de la Creación, si me he equivocado. Mas si no fuere así, ruégole concederme algún día la gracia de su pluma para pintar una linda ternera paciando tranquilamente a la caída del sol, en un potrero de acuarela, o bien un toro morrudo y bizarro que sepa embestir resueltamente y poner en el peligro entre paréntesis de sus cuernos al tigre enemigo de su serrallo.

Pocas cosas hay, en verdad, en el mundo, que infundan un sentimiento de placidez tan grato a las gentes aburridas del tráfico urbano, como un pedazo de campo, a la hora en que el día agoniza entre las fastuosas púrpuras de un viejo rey babilonio, y sin más adorno que un árbol pródigo de sombra, y sin más movimiento que las mansas cabezadas de una vaca.

Recuerdo a este propósito que en París, cuando el invierno por un lado, y las galanterías venales, las charlas de café, las crónicas de vicios, las farsas truhanescas, los sedentarios fantaseos del D'Harcourt y la Taverne du Pantheon por otro, me ensombrecían el alma con las grises neblinas del tedio, corría al Louvre a medicinar mis nervios enfermos con un cuadro de Troyon o una escultura de Fremiet. Los fornidos bueyes que van tirando del arado con paciencia estoica en los atardeceres de otoño, mientras la tierra va llenándose de arrugas, igual que la cara de una abuela—, surcada por el dolor y edad—, o el osito goloso de miel o el caballo ávido de espacio, confortaban mis lasitudes y me traían un poco de felicidad.

(Universo.)

CAFARNAUM

(Enrique Gómez Carrillo.)

Después de pasar algunas horas en Magdalá, nos dirigimos hacia Cafarnaúm, la otra ciudad santa de esta región.

El lago, a pesar de las aprensiones de mi guía, continúa siendo un inmenso cristal cerúleo, apenas irisado por las olas que van a morir, sin ruido, en las arenas de la costa. La llanura de Genazaret comienza a cubrirse de flores: entre los pedruscos secos, las anémonas salvajes lucen al sol como gemas

perdidas, y, de trecho en trecho, un tallo de lirio se alza, inmóvil, en la luz maravillosa del meridiano. Una dulzura infinita baña el espacio. El viento del Este, cuyo soplo llena de zozobra el alma de mi cicerone, hincha la vela y hace que nuestra pesada barca resbale ligera. Los cuatro remeros árabes que cantaban hace un instante, para animarse, estribillos milenarios, se han echado medio desnudos en el fondo de la lancha y duermen beatamente. Hay entre ellos uno de fino perfil judío, de grandes ojos tiernos y de barba rizada, que debe parecer a las mises evangélicas una viva imagen de Nuestro Señor. Porque aquí la costumbre exige que todas las damas, todas, todas, vean a Jesús encarnado en algún beduino de lánguida belleza. Las apariciones incorpóreas y nebulosas en la penumbra del crepúsculo, se quedan para los hombres. El hijo de Dios, envuelto en un jirón de niebla, camina sobre las ondas, haciendo un gran ademán de bendición... Las almas se estremecen y las oraciones se escapan de los labios como palomas místicas...

*

A esta hora, en plena luz, la única forma que se destaca ante nuestra vista al llegar a la antigua Cafarnaúm, es la silueta oscura de un franciscano legendario, que vive solo entre las ruinas desde hace algún tiempo. Su rostro de anacoreta no indica nada de común con las buenas faces rozagantes de los frailes de Nazaret y del Monte Carmelo. Este santo hombre es, verdaderamente un santo que por amor de Jesús se refugió en la más absoluta soledad, en el más completo silencio, en la más perfecta pobreza. En su juventud, según parece, fué un gran pecador. Pero llegó un día en que, viéndose engañado por los hombres y abandonado por las mujeres, no encontró consuelo sino en la religión. Apenas en las órdenes, pidió que lo enviaran al lugar más retirado del mundo, para huir del comercio de sus semejantes y no hablar sino con los pájaros, con el agua y con las piedras, como su dulce maestro. En Cafarnaúm pasa a veces meses enteros sin oír una palabra humana. La palabra divina, en cambio, no lo abandona nunca. Sin recurrir a las ridículas visiones de los viajeros pedantes, siéntese

a todas horas acompañado por Nuestro Señor. Desenterrando los restos de los antiguos edificios goza sin cesar de la divina presencia.

—Era aquí?—le pregunto—era aquí donde Jesús venía a discutir con los doctores de la Ley?

—Aquí es—me contesta acariciando las columnas de la sinagoga.

Y este sencillo cambio en el tiempo del verbo, me hace comprender que para él los siglos no han pasado. En plena luz, en plena conciencia, sin necesidad de las penumbras alucinadoras, viviendo ardientemente su existencia de sublime solitario, goza de las más inefables visiones. Sus ojos tienen algo de la ceguera de las imágenes. En su palabra reviven, sin que él se dé cuenta de ello, casi todas las frases que el Nazareno pronunció durante los tiempos más felices de su existencia, que fueron los tres años de sus predicaciones galileas.

—Debe usted pasar días de privaciones—dícele mi guía indiscretamente.

—No—contestó el fraile—no... Jesús es el pan de vida, y el que va a él no tiene nunca hambre y el que lo busca no tiene nunca sed... Aquí, sobre todo, donde El alimentó a los que le seguían con cinco panes caídos del cielo, no hay temor de carecer de lo necesario. Este rincón es el más dulce de toda la Tierra Santa...

Para un soñador cuya alma se alimenta de parábolas, Cafarnaúm es, en efecto, el paraíso espiritual. Y poco importa en estos lugares donde la más cruel incertidumbre acompaña siempre a los que buscan las divinas huellas, que esta ruína sea una de las que todos consideran como menos auténticas.

—El nombre mismo que actualmente dan los beduinos a la tierra en que nos encontramos—dice el franciscano—es una demostración de que aquí era Cafarnaúm. Además San Jerónimo asegura que Corazaim se hallaba a dos millas de Cafarnaúm, y en efecto, a dos millas de aquí está la ciudad maldita. Las palabras mismas del Señor, que dijo: «Y tú, Cafarnaúm, te elevarás siempre hacia el cielo?», son una prueba de que estaba aquí situada, puesto que este es el único sitio de las márgenes del Lago donde se han encontrado restos de edificios

bastante grandiosos para hacer creer que se elevaban hacia el cielo. En cuanto a la sinagoga, no hay la menor duda de que es la de Jesús. Aquí está acostada en el suelo... Un esfuerzo bastaría para levantarla...

Y realmente, tales como las ruinas aparecen en su suprema caída, diríase que con sólo levantarlas de nuevo se podría reconstruir el antiguo templo consagrado por la presencia del Cristo. Las columnas con sus bellos capiteles, los sillares ennegrecidos por el tiempo, los altos pedestales, los frontones esculpidos, todo está aquí en orden, como esperando la mano del arquitecto que ha de ponerlo en pie. Los arqueólogos descubren, en el suelo, fragmentos de basalto con esculturas de frutas y de flores, lo que les hace preguntar si más bien que una sinagoga no debe buscarse en ese sitio un templo romano. Pero las cinco naves formadas por cuatro hileras de siete columnas, demuestra que el monumento es una sinagoga, pues tal combinación arquitectónica es esencialmente judía.

—Lo que sí creen algunos sabios alemanes—asegura mi insoportable guía—es que se trata de un edificio posterior a la época de Jesús, de una sinagoga del tiempo de los doctores que componían en Tiberíades el Talmud.

El fraile sonríe ante estas palabras con dulce desdén. Las columnas que tiene a la vista, son del lugar en que su maestro Jesús leía el libro de Isaías, para comentarlo luego ante los sacerdotes. Si no fuese así, su alma lo sentiría claramente. Las razones de los profesores de París o de Berlín, no son más que odiosas herejías... La ruta romana de Damasco a Jerusalén, que, según la historia, pasaba por Cafarnaúm, no ha dejado entre estos desfiladeros el menor vestigio, es cierto... La fuente llamada de Cafarnaúm no existe en este sitio, donde sin embargo, ningún manantial se ha secado, también es cierto... Pero esto no importa... Por encima de las razones científicas está la tradición y la fe...

—La fe—murmura el franciscano contemplando embelesado el vasto campo de ruinas que se extiende a sus pies.

Y en sus ojos se ve que si hace dos mil años Jesús no venía aquí, ahora viene a orar junto al santo guardián de este santo lugar...

(Jerusalén y la Tierra Santa.)

ABEL

(Manuel Machado.)

El campo y el crepúsculo. Una hoguera
cuyo humo lentamente al cielo sube.
En la pálida esfera
no hay una sola nube.
La tristeza infinita
efluye de la humilde
hierba del suelo. Invita
a llorar el rumor de la arboleda...
Se va el día y se queda
la tristeza infinita.

Junto de la corriente,
desnudo y muerto yace
Abel... Y la primera
sangre vertida seca el sol poniente.
El humo al cielo sube
callado de la hoguera...
Y baja como un duelo soberano
la noche a la pradera...
«¡Caín! ¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?»

(*Poesías escogidas*).

LOS MADEROS DE SAN JUAN

(José Asunción Silva.)

...Y aserrín
aserrán,
los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;
los de Rique,

Alfeñique;
los de Trique
Triquitrán.

¡Triqui, triqui, triqui, triqui, trán!
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

Y en las rodillas duras y firmes de la abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y ambos agitados y trémulos están...

La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán...

Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan,

¡Triqui, triqui, triqui, trán!

¡Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de largos sufrimientos y silenciosa angustia
y sus cabellos blancos como la nieve están!
...De un gran dolor el sello marcó la frente mustia,
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que há tiempo las formas reflejaron
de seres y de cosas que nunca volverán...

...Los de Roque,
Alfandoque...

¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

Mañana, cuando duerma la abuela, yerta y muda
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están,
del nieto a la memoria, con grave voz que encierra,
todo el poema triste de la remota infancia,
pasando por las sombras del tiempo y la distancia,
de aquella voz querida las notas volverán...

...Los de Rique
Alfeñique...

¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

En tanto, en las rodillas cansadas de la abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y ambos agitados y trémulos están...
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán...

...Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;
Los de Rique
Alfeñique;
los de Trique
Triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, trán!

(Poesías.)

EL PÁJARO AZUL

(Leopoldo Lugones.)

Hablaban las leyendas de un maravilloso pájaro azul que nadie había visto ni nadie podía ver. Por lo cual el joven quimérico, que cambiaba por queso y miel plantas a los pastores, decidió ir a verlo.

Sin sorpresa ninguna, lo cual prueba su independencia de carácter, vió al pájaro no bien hubo entrado en la selva. Y era de una belleza como en vano hubiera intentado describirla el lenguaje mortal, y como sólo habría podido sugerirla el encanto de la música.

El joven era pronto en sus resoluciones, y disparó al pájaro una flecha. Pero marró la puntería y el pájaro voló a otra rama.

De árbol en árbol, durante un tiempo que no habría podido precisar, el joven persiguió al pájaro hasta salir de la selva.

Entonces notó que entendía el lenguaje del bosque. Comunicó sin asombro con los árboles y con las bestias libres.

—A dónde vas, joven?, decíanle los cedros.

Y las fieras:

—Joven, a dónde vas?

Y él respondía:

—Voy persiguiendo al pájaro azul, que nadie ha visto ni puede ver.

Así entró en la región de las praderas.

El pájaro, al principio pequeño como una curruca, tenía ya el tamaño de un faisán. Una especie de largo relámpago azul sobre las praderas.

Y cuando salieron de allá,—a los días?, a los meses?, a los años?...—el perseguidor notó que entendía el lenguaje de las hierbas y de las aguas.

—A dónde vas, hombre insensato?, decían las voces.

Y él respondió lo que debía responder.

Entonces, persiguiendo siempre al pájaro que había adquirido la magnitud de un pavo real en el inalcanzable deslumbramiento de un incendio de oro azul, entró a la región de las arenas.

Y cuando salieron de allá, el peregrino advirtió que entendía el lenguaje de las rocas y de las arenas.

—A dónde vas, oh vagabundo de la cabeza gris?, decían las voces.

Y él respondió como debía.

Por último, siempre volando el pájaro, siempre andando el hombre, flecha tras flecha entraron a la región de las montañas.

Las voces de las nieves y de los abismos preguntaban:

—A dónde vas, temerario anciano?

Y él las entendía bien.

El pájaro habíase vuelto enorme como el ave Rock de los cuentos. Saltaba de peña en peña, y a cada vuelo, su sombra azul cubría la montaña. Por último llegó al pico más alto. Levantóse en el aire, a tiempo que llegaba el perseguidor, desmesurado como un navío.

Y cuando aquel alzó la cabeza para lanzar el último dardo, las alas estupendas tocaron los dos horizontes.

Entonces el hombre vaciló deslumbrado. En torno suyo reinaba una inmensidad azul.

Abajo y arriba, era lo mismo. Ya nada veía. Habíase vuelto ciego de azul sobre las cumbres inaccesibles.

Pocos días después, dos pastores que buscaban por las breñas montañosas el rebaño extraviado, hallaron un hombre ciego y muy viejo, cuya voz sorprendente cantaba con el lenguaje de los árboles y de las bestias, de las hierbas y de las aguas, de las rocas y de las arenas, de las nieves y de los abismos.

Interrogado, sólo contestó esta insensatez:

—Me extravié persiguiendo un pájaro azul, que tenía dentro de la cabeza.

Lleváronle a Esmirna, donde dejó posteridad.

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires.)

CABALLEROS TEUTONES

(Guillermo Valencia.)

De heroico siglo en apartado día
cruzaba una pareja de teutones
por las llanuras de la vieja Hungría,
olvidados con noble bizarría,
de escudos, capacetes y trotones.

Tan sólo a sus cinturas eslabona
pesado anillo la marcial tizona
que a sus puños de acero confió el rito:
bajo el limpio metal que la aprisiona
no ha turbado sus sueños el delito,

ni en baja lid con la mesnada oscura
jamás melló sus filos tajadores,
ni, de su temple y su virtud segura,
se abatió nunca a combatir la impura
falange de malsines y traidores.

Zurda banda de pillos y gañanes
con la pareja solitaria cierra,
que, entre la grito audaz de los rufanes
y al golpe de sus toscos guayacanes,
en sangre moja la manchada tierra.

A destrizar la sórdida gavilla
bastaba la teutónica cuchilla;
pero la ley caballeresca manda
perecer sin defensa en la demanda
antes que herir a gentes de trahilla.

Lustre consigan los honrados fueros,
de la altivez al generoso brote;
a estilo de los bravos Caballeros
¡preframos caer bajo el garrote
a mancillar los ínclitos aceros!

(Ritos.)

VATICINIO

(Alcides Arguedas.)

II

Terrible y trágica obsedía la visión al Inca.

Había pasado así:

Celebrábase en el Cuzco la fiesta del Raymi y un aire tibio e impregnado de perfumes de violeta y naranjos en flor incensaba la atmósfera intensamente azul. La muchedumbre congregada en la plaza era numerosa como jamás; los sacerdotes ostentaban sus mejores vestiduras y el séquito real fulgía bajo la riqueza de sus auríferos adornos. Todas las regiones del Imperio estaban representadas por sus curacas, y cada curaca, llevando sus armas de guerra, iba precedido de sus domésticos, que tocaban sus instrumentos, y sobre sus vestidos cuajados de oro y piedras preciosas ostentaban la piel seca del animal en que era rica su región; así, los de Emasuyos iban cubiertos con pieles de vicuña y guanacos, y los de Chayanta con las de tigre. El fuego, encendido en pebeteros de plata colocados a la puerta del Templo, ardía pronto a consumir los sacrificios dedicados al buen Padre Sol.

De pronto, en medio del profundo silencio que guardaban los veinte mil hombres congregados en la vasta plaza, grandes alaridos resonaron en el espacio luminoso. Alzaron todos la mirada al cielo y vieron que un águila hendía el aire espacio arriba, escalando el cielo con fuertes aletazos, cual una saeta de nieve lanzada por vigoroso brazo, perseguida por

una bandada de milanos que le atajaba el espacio mordiéndola en el pecho, implacable y feroz. Las plumas blancas, tintas en sangre, volaban como mariposas bicolores.

Largo y tremendo fué el desigual combate. Los viles no cejaban en su empeño de morder, y el águila, siempre enérgica, subía, subía, sedienta de luz y espacio, hasta que, desfallecida, hizo un supremo esfuerzo y, plegando las poderosas alas, dejóse caer a plomo en medio del séquito real, cual si sólo allí esperase encontrar segura protección. Cogiéronla los sacerdotes y cuidáronla sus heridas, pero en vano. Murió tres días después.

Y dijeron, llorando, los *laycas* consultados:

—Señor: lo que hemos visto es un símbolo: es el Imperio que se va...

Estas palabras obsedían, implacables, al Inca; y su insondable tristeza se acentuaba cada día más con los desconocidos males que súbitamente comenzaron a aquejar el Imperio del Tahuantinsuyo, hasta entonces feliz, tranquilo y próspero. El buen Padre Sol ocultábase en pleno día cual si sintiese vergüenza de iluminar los pecados de los hombres; de noche, en el cielo, aparecían estrellas nuevas de largas y amarillentas colas y siniestro aspecto; la tierra siempre generosa, benigna siempre, estremecíase y temblaba ahora, como madre que no puede expulsar el objeto de su amor; enfermedades desconocidas por los *colliris* diezaban las poblaciones y todo esto traía abatidos los ánimos, y particularmente el de Huaina-Capac, el poderoso señor, enfermo de melancolía. Se le veía pasear sombrío y taciturno, el pensamiento ocupado con los grandes trastornos de la naturaleza y sobre todo con los hombres blancos, barbudos, bellos y de ojos azules, aparecidos en el litoral; y pensaba no sin espanto, en la profecía de su abuelo, el magnánimo Inca Wiracocha, quien había predicho que el Imperio sería conquistado por hombres venidos de lejanas tierras... Y en previsión de que tan fatal vaticinio se cumpliera, y a pesar de su angustiada tristeza, había dispuesto que todos los súbditos de su Imperio, bajo penas severísimas, hiciesen gala de alegría y buenas formas dando él mismo el ejemplo y rodeándose de un lujo hasta entonces descono-

cido en el Imperio, pues, decía, quería gozar por última vez de lo que a su fin corría...

(*La justicia del Inca Huaina-Capac.*)

DARWIN CESA DE GUSTAR DE SHAKESPEARE

(Xenius.)

En su juventud, un poco vagabunda y deportiva, Darwin había tenido por Shakespeare una pasión loca. El ha contado como lo leía con delicias y como repetía esta lectura con frecuencia. Mas pasaron los años. El cazador de un día se convirtió en naturalista metódico, que producía, a pesar de los estorbos de una salud precaria, una labor enorme. Tal labor era ordenada según una cotidiana disciplina severa. De tal a tal hora, lectura; de tal a tal otra, tomar apuntes; tres cuartos de hora antes del lunch, escribir; un tiempo, más predeterminado aún, para estudios de laboratorio y de herbario, para observaciones y cultivos. Esto, un día tras otro día, en heroica uniformidad. Mientras tanto, Darwin iba envejeciendo, sus hijos se espigaban. Cuando la moza comenzó a ser mayor, el padre encontró una fuente de distracción honesta, en que ella, luego de comer, le diese un rato de lectura. Vino una velada en que el arrinconado Shakespeare abrióse de nuevo. Y aconteció entonces una cosa que, contada en las Memorias del mismo sabio, tiene un gran sabor de melancolía... Darwin sintió con amargura que Shakespeare no le gustaba ahora, que no le interesaba ya. El trabajo unilateral, la especialización, el hábito exclusivo de la investigación científica, habían secado uno de los puros manantiales de su vivir. Aquella pobre alma era ya muerta para los goces del arte. El debió entonces de sentir en sus adentros un gran vacío. Sí: he aquí una vida más, sacrificada, ella y sus goces más inocentes y elevados a una obra... Darwin no lloró. Avanzó aún más, sobre los esquivos ojos, las cejas hirsutas. Filosóficamente, volvió a llenar de tabaco la pipa y se acercó a encenderla en el hogar, con una brasa que las tenazas levantaron, entre el gran silencio de la familia, juntada en el oscuro salón del cottage... Al fin, él mismo rompió este silencio para ordenar a su hija que, desde este punto, no le leyera otra cosa que novelones. (*Flos Sophorum.*)

LA FLOR DEL CAMINO

(Juan Ramón Jiménez.)

Qué pura, Platero, y qué bella es esta flor del camino! Pasan a su lado todos los tropeles—los toros, las cabras, los potros, los hombres—, y ella, tan tierna y tan débil, sigue enhiesta, malva y fina, en su vallado triste, sin contaminarse de impureza alguna.

Todos los días, cuando, al empezar la cuesta, tomamos el atajo, tú la has visto en su puesto verde. Ya tiene a su lado un pajarillo, que se levanta—¿por qué?—al acercarnos; o está llena, cual una breve copa, del agua clara de una nube de verano; ya consiente el robo de una abeja o el voluble adorno de una mariposa.

Esta flor vivirá pocos días, Platero, pero su recuerdo ha de ser eterno. Será su vivir como un día de tu primavera, como una primavera de mi vida. ¡Ay! ¿Qué le diera yo al otoño, Platero, a cambio de esta flor divina, para que ella fuese, diariamente, el ejemplo sencillo de la nuestra?

(Platero y yo.)

VANIDAD Y ORGULLO

(Manuel Díaz Rodríguez.)

La vanidad vive de afuera; el orgullo, de adentro. Mientras la primera no supone absolutamente nada, el otro supone siempre algo. Podría simbolizarse la primera en la figura de una vejiga vacua; en tanto que el otro, si lo figuramos también como una vejiga, siempre será con algo por dentro. La primera no tiene punto de apoyo, porque no es ningún punto de apoyo la vacuidad; en cambio, el otro lo tiene en un valor consciente y efectivo, mérito o como quiera llamársele, es decir, en algo sólido, evidente, indisputable y seguro.

La vanidad vive y se alimenta del aplauso, de la estima y opinión de los otros; el orgullo no los ha menester: acepta, sí, el aplauso y la estima y opinión de los otros, pero bajo beneficio de inventario. El vanidoso, en definitiva, es un reflejo de los demás, al punto de poderse decir que su yo no está

en él, sino en los otros; al contrario, quien posee el orgullo se da el soberano deleite de siempre ser él mismo. Al primero, los aplausos lo aumentan y exaltan, y la diatriba lo amilana y disminuye; al segundo, nada lo deprime, ni exalta, nada lo acrecienta ni merma. El que padece vanidad y se oye decir maestro, siendo nulo, abre con más fuerza las fauces como voraz Minotauro incontenible. En la misma situación, el orgulloso, que examina con limpidez dentro de sí, y no mira a ningún maestro, decapita fríamente el aplauso. Y así con la diatriba: cuando es exagerada, el orgulloso la desc corona con instantánea precisión quirúrgica. •

En suma, la vanidad se reduce a la casi siempre excesiva y siempre antojadiza y arbitraria estimación ajena, mientras el orgullo viene a ser la justa y bien ponderada estimación de sí propio. Se dirá que tan delicada y fina estimación de sí propio debe de ser muy rara. Desde luego, se requiere el conocimiento de sí mismo, que es como cualquier conocimiento, relativo y difícil de lograr como cualquiera otro. El orgullo anda a veces mezclado con su poquito de vanidad, y entonces la estimación de sí propio deja de ser bien ponderada y justa, para hacerse excesiva; o al contrario, puede más bien quedarse corta, como sucede en algunos hombres tímidos, faltos o escasamente provistos de confianza en las propias fuerzas, de esa virtud base del carácter, como ya lo apuntó Gracián y después lo dijo Emerson. Pero si anda a veces con máscara de vanidad, o tullido de timidez, también se puede hallar exento de malas ligas, como un oro de buena ley resplandeciente y puro. El símbolo de su perfección es el diamante de aguas cristalinas. Eso es el orgullo: un ingenuo diamante. O bien fué siempre de aguas cristalinas o bien la vida, que es el mejor lapidario, lo perfecciona, desembarazándolo de timidez, limpiándole de vanidad, hasta que alumbra como una estrella. Y entonces, para conocerlo, cualquiera corazón sencillo es competente lapidario.

(Camino de Perfección.)

¡ANGELUS!

(Juan Ramón Jiménez.)

Mira, Platero, qué de rosas caen por todas partes: rosas azules, rosas, blancas, sin color... Diríase que el cielo se deshace en rosas. Mira cómo se me llenan de rosas la frente, los hombros, las manos... ¿Qué haré yo con tantas rosas?

¿Sabes tú, quizás, de dónde es esta blanda flora, que yo no sé de dónde es, que enternece, cada día, el paisaje y lo deja dulcemente rosado, blanco y celeste—, más rosas, más rosas—, como un cuadro de Fra Angelico, el que pintaba el cielo de rodillas?

De las siete galerías del Paraíso se creyera que tiran rosas a la tierra. Cual en una nevada tibia y vagamente colorida, se quedan las rosas en la torre, en el tejado, en los árboles. Mira: todo lo fuerte se hace, con su adorno, delicado. Más rosas, más rosas, más rosas...

Parece, Platero, mientras suena el *Angelus*, que esta vida nuestra pierde su fuerza cotidiana, y que otra fuerza de adentro, más altiva, más constante y más pura, hace que todo, como en surtidores de gracia, suba a las estrellas, que se encienden ya entre las rosas... Más rosas... Tus ojos, que tú no ves, Platero, y que alzas mansamente al cielo, son dos bellas rosas.

(Platero y yo.)

EL DIENTE ROTO

(Pedro Emilio Coll.)

A los doce años, combatiendo Juan Peña con unos granujas, recibió un guijarro sobre un diente; la sangre corrió lavándole el sucio de la cara, y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua, Juan tentaba sin cesar el diente roto; el cuerpo inmóvil, vaga la mirada—sin pensar. Así de alborotador y pendenciero, tornóse en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeuntes, víctimas de las perversidades del chico, y que habían agotado toda clase de reprimendas y castigos, estaban

ahora estupefactos y angustiados con la súbita transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; mientras, allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, su lengua acariciaba el diente roto—sin pensar.

—El niño no está bien, Pablo, decía la madre al marido; hay que llamar al médico.

Llegó el doctor grave y panzudo y procedió al diagnóstico: buen pulso, mofletes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

—Señora, terminó por decir el sabio, después de un largo examen, la santidad de mi profesión me impone declarar a Ud...

—Qué señor doctor de mi alma? interrumpió la angustiada madre.

—Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible, continuó con voz misteriosa, es que estamos en presencia de un caso fenomenal: su hijo de Ud., mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar; en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la oscuridad de la boca, Juan acariciaba su diente roto—sin pensar.

Parientes y amigos se hicieron eco de la opinión del doctor, acogida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto, en el pueblo todo, se citó el caso admirable del «niño prodigio», y su fama se aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinión general, por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien más, quien menos, cada cual traía a colación un ejemplo: Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pilluelo desarrapado, Edison, etc.

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía, distraído por la tarea de su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto—sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre juicioso, sabio y «profundo», y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan.

En plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior, entregado a hon-das meditaciones, para los demás, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto—sin pensar.

Pasaron meses y años y Juan Peña fué diputado, académico, ministro, y estaba a punto de ser coronado Presidente de la República, cuando la apoplegía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas, y fué decretado un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración a nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar.

(El Castillo de Elsinor.)

LA MONTAÑA

(Juan Maragall.)

¡Oh! feliz la ciudad que tiene una montaña al lado, pues podrá contemplarse a sí misma desde la altura. Verá diminutos sus caseríos en contraste con la inmensidad de los campos y del mar brillante, y sentirá cuán infinito es el cielo.

Y así comprenderá su misión la gran ciudad. ¿Por qué ese monstruoso hacinamiento de moradas, por qué esa turbia atmósfera de alientos, por qué la agitación y el ruido de la multitud... y más allá la paz de los campos, la augusta soledad de las montañas, la limpidez del mar, bajo la eterna quietud del cielo?

La ciudad se espantará de sí misma y sentirá un fuerte impulso de esparramarse clareándose toda ella sobre la inmensidad de las tierras vecinas y más lejanas y hasta las cúspides de los montes.

Pero algo de ella misma, su razón de ser, resistirá a este impulso; se sentirá ceñida por la necesidad del tiempo y forzada a esperar, pero anhelante.

¡Vedla cuán hermosa está la ciudad con su espíritu anhelante en la cúspide de la montaña! ¡Cómo bebe la luz de las alturas, y palpita en la atracción de los espacios, y se orienta en la extensión de las tierras, y escucha en la quietud de las soledades! Allí está el porvenir; pero entretanto...

El hombre de ciudad, el que lucha en la niebla, surge de la niebla con su pensamiento atormentado y su corazón en ritmo loco, y se alza a la claridad de la cumbre. De espaldas a la ciudad, ve ante sí el oleaje de las cordilleras hasta el remoto confín de las nieves perpetuas. Todas las montañas brillan quietas al sol, y un viento de pureza corre sobre ellas. El hombre de ciudad da un gran suspiro, y baja por la vertiente de la soledad entre los pinos.

Ante la sencilla rectitud de los pinos, la olorosa humildad de las matas y la armonía del viento en el bosque ¿en qué torna la dolorosa complicación de la mente, el encono de la lucha ciudadana, las heridas del amor propio, la necia vanidad de un éxito y la actividad sobreexcitada? Todo se serena en una suave contemplación, todo forma su proporción y queda vivo, pero en paz. Entonces el hombre se pesa y se mide; y sabe lo que vale y lo que le falta valer: siente su pequeñez y su grandeza, y no se desprecia ni aprecia con exceso. Sonríe a sus debilidades y estima su fuerza sin orgullo; apacigua sus rencores, y se siente superior a sus heridas y a aquellos que las causaron, y les perdona. ¡Y a su mente aparece todo tan sencillo! No hay sino dejarse crecer recto como los pinos, libre y armonioso como el viento; dejarse dorar por el sol como las montañas, y dar simplemente como las matas el propio aroma.

El hombre de la ciudad vuelve entonces a la ciudad llevando en su alma la medida de sí mismo y la de ella. Y sus amigos y enemigos ven la serenidad de las cumbres en su frente, y en sus ojos el mirar de las grandes distancias y el reflejo de los horizontes lejanos. Y la adulación y la envidia se encuentran impotentes.

¡Oh! feliz la ciudad que tiene una montaña al lado.

Todos sus hombres irán subiendo a ella y volverán transfigurados. Y en la soledad de los estudios, en la mesa puesta de las familias, en la actividad de las industrias, en la lobre-guez de los comercios, en la agitación de las vías y de las grandes salas, reinará recóndita la alta visión de la cumbre. La rectitud de los pinos, el olor de las matas, la libre armonía de los vientos vivirán en el alma de la ciudad, que sentirá su misión.

Realizar el tránsito a la altura y a la extensión de las tierras, he aquí la misión de la ciudad. Del fondo de sus laboratorios ha de brotar la redención de sus laboratorios; de la fiebre de sus industrias, la redención de sus industrias; de la niebla de sus alientos, la redención de la multitud anhelante.

Todo ha de alzarse a la luz de las montañas y extenderse al aire puro de los campos y espaciarse por las tierras desde las nieves perpetuas hasta el mar azul.

Tal será la ciudad grande, la serena, la pura, la gloriosa, que ahora la ciudad apiñada, la turbia, la calenturienta, presiente con su espíritu anhelante en la cumbre de la montaña.

¡Oh! feliz la ciudad que tiene una montaña al lado; porque ella se siente como un tránsito a la luz...

(Artículos III.)

LAS MALEZAS

(Pedro Prado.)

Todo el año, de un invierno a otro invierno, las malezas luchan desesperadamente. Cuando en la tierra morena, cavada, cernida y limpia, no se distingue ni una hebra de pasto arrancado, jardineros, no creais haber vencido a las malezas. A ellos no les bastan vuestros cuadros, aparecen en los senderos. Son vagabundas, viven a la orilla de las aguas corrientes. Entre las piedras de las calles, en los muros de las casas, en las concavidades de las rocas, sobre los troncos podridos, y en el agua que se detiene, viven su batalla con resolución y porfía. Son las primeras hierbas que se enseñorean de una ruina, y las primeras flores que se abren sobre una tumba. Son modestas de tamaño, pero fuertes y resistentes a la helada y la sequía. Tienen flores tan pequeñas que algunas, como las flores del mastuerzo, no son capaces de contener una gota de rocío; pero los niños que llevan los ojos más cerca de la tierra, las prefieren, y ufanos, forman con ellas gruesos ramilletes. Porque son insignificantes nadie repara en la forma y color de sus pétalos y de sus hojas, y son mil veces más variadas que las flores de los jardines más soberbios. Sus semillas finas y abundantes, como nada esperan del hombre que las odia y las persigue, han aprendido a navegar sobre el agua, a volar en

el viento, a trepar sobre los animales, a valerse de los pájaros y de los insectos.

¿Qué desean? ¿Por qué tanta tenacidad? ¡Ah! mis amigos jardineros! todas las plantas han sido un tiempo maleza despreciable. Mas, a unas primero, a otras después, se les ha tocado con la curiosidad, el cultivo y la selección, algo así como un resorte oculto, y las yerbas vulgares comenzaron a dar hojas más grandes, flores más hermosas, frutos más dulces.

Empero, tan pronto como esto aconteció, su tenacidad se hizo menor, sus semillas menos abundantes y menos hábiles; el sol se tornó temible; el agua fué más necesaria, y toda su vida se trocó en perezosa y falta de voluntad, aunque cien veces más llena de gracia y esplendidez.

¿Era esto lo que buscaba su energía de antaño? Es posible, porque ahora reposan y sonríen como ante un bien alcanzado.

Transeunte; no miréis con desprecio a un viejo jardín si lo inunda la maleza, porque cada una de ellas posee un resorte oculto que puede convertir su existencia en algo más útil y más bello.

Reparad en que el cielo es el aliado de todas las malezas.

Nunca podrás conseguir que la lluvia humedezca sólo las semillas que has sembrado; millones de otras ocultas aprovecharán sus aguas.

Cuando tú riegas ¿no sientes un goce mayor que cuando siembras? Tú no lo sabes, pero yo lo adivino: tu goce proviene de que el riego es más justo y sabio que la siembra; él ampara tanta otra fuerza en acción, tanto deseo irrealizado, tantas cosas que aguardan y que hacen que siempre en el mundo, palpite una nueva esperanza!

(Los pájaros errantes.)

ANTI-DEMO

(Andrenio.)

González.—¿Cómo llamaremos al *folk-lore*? ¿Demopedía? ¿Demosofía?

Rodríguez.—Estoy por contestar con el *Gil Blas*: «No estamos conformes...» con que después de la lata de la rosaleta,

sobrevenga la de la Demo-pedía, Demosofía o Demo cualquier otra cosa.

González.—¿Y qué hacemos entonces con el *folk-lore*? ¿Cómo llamarle en castellano, o siquiera en griego, para mayor claridad?

Rodríguez.—¿No será lo más sencillo seguirle llamando, como se llama, como se ha llamado hasta ahora? Tiene la modesta ventaja de entenderse. Si usted se decide por *demopedía* o por *demosofía*, será bueno que ponga usted una nota explicativa al pie cuando lo escriba, porque estas palabras son desconocidas, mucho más forasteras entre nosotros que el *folk-lore*, que, al menos, hace algún tiempo vive entre nosotros y sabemos lo que quiere decir.

González.—¿Y la pureza del lenguaje?

Rodríguez.—¿La pureza, con añadidos griegos, de falsificación erudita?—¿cómo no, tratándose del griego?—Permítame usted que me ría. Los eruditos y los *casticistas*, en su afán de mondar y pulir y acicalar al lenguaje, acabarían por convertirle en un Don Líquido, vestido a la moda del año de la Nanita, que a cada paso sacaría sus pergaminos para recordarnos el abolengo. ¡Qué divertido! ¿Verdad? Nuestros amenos casticistas, tan apegados a lo tradicional, tan conservadores al parecer, son unos revolucionarios de mil demonios, sin saberlo...

González.—Como les pasa tantas veces a los *ultras*, a los ultra-conservadores, a los ultra-traditionalistas. La mitad de las revoluciones no hubieran existido sin ellos. ¡Y los revolucionarios de la acera de enfrente que no se lo agradecen!

Rodríguez.—Digo que son unos revolucionarios porque quieren destronar, o tratar como a un rey de palo, al verdadero Gobernador y Príncipe de las leguas y al uso. Nuestro ingenioso Mariano de Cavia se está portando con el uso como el doctor Pedro Recio de Tirteafura con Sancho en su ínsula. Apenas aparece un vocablo sobre el tapete o sobre el mantel, el doctor Recio le mira despacio, le toca con la varita y dice: «Este no, que es *gabacho*.—Entonces ¿aquel?—Mucho menos, que es inglés.» El uso tiene algo de Sancho. Pero ya verá usted como no le echan de la ínsula ni el doctor Recio, ni todas las revoluciones que allí se armen. Si el uso se fuera,

se acabaría hasta la ínsula. El idioma no sería tal idioma viviente sino un volapuck de eruditos.

González.—Pero, entendámonos, el uso, ¿quién es? El uso, digno de respeto, es el uso de los buenos escritores, el uso de los cultos. Así lo dicen las gramáticas.

Rodríguez.—Es el que menos influye. Jamás los buenos escritores han hecho las lenguas. Han sacado el mayor partido posible de ellas; han puesto de relieve sus bellezas, las han vestido bien, si usted quiere, pero no las han hecho. El uso padre es el uso de todos. Las lenguas son hijas del pueblo. Lo popular supera en ellas inmensamente a lo erudito. A las gramáticas y a las retóricas les siguen las lenguas, porque adoptan aquéllas el prudente consejo de Quevedo: Para que le sigan a uno las mujeres, ir delante de ellas. Todo lo que los sabios o los pedantes hacen, inventando, desenterrando, o enmendando palabras, no es ley, sino propuesta o memorial dirigido al uso, que es quien manda, quien admite o rechaza esas proposiciones. Cejador ha escrito algunas páginas briosas, profundas y verdaderas en su *Historia de la Lengua y Literatura castellanas*, acerca del predominio de lo popular sobre lo culto. Las lenguas son democracia pura, donde las falsificaciones no prevalecen, si no son del gusto de la multitud, y entonces dejan de ser falsificaciones.

González.—Conforme. Pero a título de propuesta o de memorial, ¿por qué no hemos de admitir la demopedía o la demosophía? Ya que no castellanizamos del todo el *folk-lore*, démosle, al menos, un aire de intimidad, un aire de familia.

Rodríguez.—¿Aire de familia?

González.—Sí. ¿No es el latín el padre del castellano, y el eúskaro la madre, como dice Cejador, con una feliz imagen? Pues, el griego, digo yo que será su tío.

Rodríguez.—Pero es un tío poco conocido en la familia.

González.—Lo entenderán los folk-loristas...

Rodríguez.—Basta, puesto que son los que lo usan.

Es un criterio *xenófobo*, de *boxers*, que ya va perdiendo partidarios hasta en la China.

González.—¡*Xenófobos!*... ¡Qué invasión de vocablos bárbaros! ¿Cómo se dirá eso en castellano?

Rodríguez.—¡Por Dios! ¡No empecemos también nosotros! Ya nos lo dirán los aficionados a este género de *eutrapelia*.
González.—¿Eutrapelia? Quede usted con Dios.

(*Nuevo Mundo*, Madrid.)

MENS AGITAT MOLEM

(Roberto Brenes Mesén.)

Cuál es la fuerza que llevó al botón
a abrirse en flor,
la fresca flor a madurar en fruto
y el fruto al polvo?

Cuál es la fuerza que cambió en crisálida
la oculta larva,
la crisálida en áurea mariposa,
la mariposa en polvo?

Cuál es la fuerza que conduce al niño
hacia el umbral del hombre,
y al hombre adulto a la vejez de armiño
y la vejez al polvo?

La bella flor, la mariposa de oro,
el hombre mismo es sólo
el vaso que contiene una divina
emanación de vida.

La forma es tierra y se disuelve en polvo;
el alma eterna que la agita es todo.

HACERSE UNO MISMO

(S. Ramón y Cajal.)

Pobrísimos habrán de ser profesores, naturalistas, médicos, farmacéuticos, etc., para quienes sea empresa imposible costear y sostener un centro privado de estudios experimentales. Con las modestas economías del haber de un catedrático de provincias, y sin más ingresos extraordinarios que algunas lecciones particulares, hubimos nosotros de crear y mantener durante quince años, un laboratorio micrográfico y una modesta

biblioteca de revistas. Nuestro primer microscopio, un Verik estimable, fué adquirido a plazos. Y el caso no es excepcional. Lo corriente es inaugurar la propia obra con penuria de medios, pero con medios propios, que precisamente por serlo resultan singularmente educadores y fecundos. Notorio es que la mayoría de los descubrimientos fisiológicos, histológicos y bacteriológicos, etc., fueron obra de jóvenes entusiastas, sin nombre y sin fortuna, que trabajaron en buhardillas o graneros. El laboratorio oficial, cómodo y lujoso, llegó más adelante como galardón del éxito científico. A docenas podrían citarse ejemplos clásicos de modestos comienzos. Faraday, aprendiz de encuadernador, llevado de su entusiasmo científico, asentó de mozo o de mecánico en el laboratorio de Davy, alejado del cual, y sin haber seguido carrera alguna, montó un centro de investigaciones, del que brotaron admirables conquistas renovadoras de la ciencia de la electricidad. El gran Berzelius hizo sus descubrimientos químicos en el obrador de su botica. Lalande y buena parte de los astrónomos de genio, exploraron el cielo desde la azotea de sus casas, armados de modestos anteojos.

Lo excepcional es que, en lujosos y bien provistos laboratorios sostenidos por el Estado, un novel investigador logre estrenarse con memorable hazaña científica. Desde el punto de vista del éxito, lo costoso, lo que pide tiempo, brío y paciencia, no son los instrumentos, sino, según dejamos dicho, desarrollar y madurar una aptitud. A lo más, la penuria económica nos condenará a limitar nuestras iniciativas, circunscribir el marco de la indagación. Pero, ¿no es esto una ventaja?

Nuestros maestros serán los libros, mentores sabios, serenos, sin eclipses ni mal humor. Con ellos daremos cima al empeño soberano, que consiste, antes de descubrir, en descubrirnos; antes de modelar la naturaleza, en modelarnos. Forjarnos un cerebro fuerte, un cerebro original: he ahí la labor preliminar, absolutamente inaplazable. Y luego, llegada la madurez técnica, ¡qué holguras y facilidades para la indagación personal! ¡Oh soledad confortadora, cuán propicia eres a la originalidad del pensamiento! ¡Cuán dulces y fecundas las invernales veladas pasadas en el *hogar-laboratorio*, durante las cuales los Centros docentes rechazan a sus devotos! Ellas

nos libran de fatales improvisaciones, doman nuestra impaciencia, refinan la capacidad de observación, desarrollan el espíritu crítico y abaten el vuelo de la fantasía especulativa. ¡Con qué cariño cuidamos de esos instrumentos propios, cada uno de los cuales representa una vanidad negada o un vicio insatisfecho! ¡En nuestro amor hacia ellos, aprendemos a conocer sus excelencias, notamos sus defectos, esquivamos sus lazos, penetramos, en fin, en su alma amiga, que responde siempre, sumisa y simpáticamente, a los requerimientos de la nuestra!

(Colección Eos.)

EL AGUILA

(Francisco Gavidia.)

Sobre la enhiesta cima de la adusta montaña
y en un cóncavo que hace de las nieves su toca,
su nido amenazante, solitaria y huraña,
puso en la tarde un águila sobre escarpada roca.

El viento que venía desde el confín lejano
aullando pavoroso, salvaje y aterido,
rugía, cabe el nido, del iracundo oceano
los tempestuosos cantos para arrullar tal nido.

Ni el ágil avecilla con errabundo viaje,
ni el cuervo que a los picos en la sierra se atreve,
reconocer osaban lo yermo del paraje
ni destacarse negros sobre la blanca nieve.

Cuando desde los valles veía que en la altura
circunvalaba el águila la cumbre diamantina,
el pastor sus ganados guiaba con presura
hacia el pastaje verde que esconde una colina.

Así erigió su imperio sobre aquellos cantiles,
tan alto que a su vista se borraba la tierra,
tan alto, que las hienas, chacales y reptiles,
no le daban las trazas de su mezquina guerra;

que el rojo meridiano le parecía obscuro,
que el rayo a su caverna llamaba confidente,
que el aire no podía no ser diáfano y puro
y la luz como un oro sin aleaje y fundente;

tan alto que la vida era allá abajo un sueño;
y todo lo que arrastra y todo lo que oprime,
y todo lo espantoso y todo lo pequeño,
se hallaban subsumidos en la bruma sublime.

¡Oh soledad! ¡Oh extraña e impenetrable suerte!
Mas tras cerrar el águila la jornada sombría
que llena con su grito precursor de la muerte,
su soledad olímpica es, su sola alegría.

(*Esfinge, Tegucigalpa.*)

COMO EL ALPACA SOLITARIA

(Eugenio M. de Hostos.)

Pero nó, no sea de venganza la hora en que triunfa por su misma virtud una doctrina. Sea de moderación y gratitud.

Sólo es digno de haber hecho el bien, o de haber contribuido a un bien, aquel que se ha despojado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado o realizado.

El que de ese modo impersonal se ha puesto a la obra del bien, de nadie, absolutamente de nadie, ha podido recibir mal. Qué gusano, qué víbora, qué maledicencia, qué calumnia, qué Judas, qué Yago, han podido llegar hasta él? Es él un gusano? Es él un áspid? Es él una excrecencia revestida de la forma humana?

No, señores: él es lo más alto y lo más triste que hay en la creación. Es la roca desierta que soberanos esfuerzos han solevantado lentísimamente por encima del mar de tribulaciones, y que sufre sin quebrantarse la espuma de la rabia, el embate de la furia, el horror desesperado de las olas mortales que le asedian. Es la conciencia, triste como la roca, pero alta como la roca desierta del océano. Y nó la conciencia indi-

vidual que siempre toma su fuerza en la inconciencia circuns-tante, sino la conciencia humana, que toma su fuerza de sí misma, que de sí misma recibe su poder de resistencia, y, secundando a la naturaleza, sacrifica el individuo a la especie, la personalidad a la colectividad, lo particular a lo general, el bienestar de uno al bienestar de todos, el hombre a la hu-manidad.

En esa región de la conciencia no hay pasiones como las pasiones vergonzosas que amojaman el cuerpo y el alma de otros hombres: unos y otros pasan como por debajo, precipi-tándose estrañosamente en la sima de su propia nada, sin que logren de la conciencia, que va trepando penosamente su pendiente, ni una mirada, ni una sonrisa, ni un movimiento de desdén. Ascendiendo siempre la una, bajando siempre las otras, qué venganza más digna de la una que el seguir siempre ascendiendo, qué castigo mayor para las otras que el seguir siempre bajando?

Una vez, en los Andes soberanos, por no se sabe qué ex-traordinaria sucesión de esfuerzos, había logrado subir el penúl-timo pico de la cúspide misma del desolado ventisquero del *Planchón*, un alpaca de color tan puro como la no medida plancha de hielo que le servía de pedestal. Descendiendo por la vertiginosa pendiente del ventisquero y hundiéndose en los cóncavos senos de la tierra con todo el fragor de dos truenos repetidos mil veces por los ecos subterráneos, dos torrentes furiosos azotaban la mole en que el alpaca se asilaba. Las oleadas la sacudían, las espumas la salpicaban, los horrísonos truenos la amenazaban y la tímida alpaca no temía.

Muy por debajo de la cumbre, al pie del ventisquero, una turba de enfermos que habían ido a buscar la curación de sus dolencias o de sus pasiones en aquella salutífera desolación, se entretenía contemplando la angustiosa lucha entre el débil andícola y los fuertes Andes; y, como siempre que los hom-bres se entretienen, los unos se mofaban del débil, los otros celebraban con risotadas las irracionales mofas, estos tiraban piedras que no podían alcanzar al inaccesible animalito, aque-llos trataban de acosarlo con sus vociferaciones, alguno que otro lo compadecía, sólo uno tomaba para sí el ejemplo que

él le daba, y todos deseaban que llegara el desenlace cualquiera que esperaban.

Mientras tanto, el alpaca solitaria, indiferente a los gritos y a las risas de los hombres, impasible ante el estruendo y el peligro, buscaba un punto de apoyo en la saliente de hielo petrificado que coronaba el ventisquero, y después de caer una y más veces, logró por fin encaramarse en el único seguro de aquel desierto de hielo desolado. Entonces, conociendo por primera vez el peligro de muerte que había corrido, y oyendo por primera vez las vociferaciones que lo habían acosado, dirigió una mirada plácida a los hombres, a los torrentes desenfrenados y al abismo a donde habían tratado de precipitarlo, fijó la vista en el espacio inmenso, y percibiendo sin duda cuán invisible punto son los seres mortales en la extensión inmortal de la naturaleza, transmitió a sus ojos expresivos la centelleante expresión de gratitud que a todo ser viviente conmueve en el instante mismo de su salvación; y dirigiendo otra mirada sin encono a las fuerzas naturales y a los hombres que lo habían acosado, por invisibles senderos se encaminó tranquilamente a su destino.

En el alma de todo ser racional que ha logrado salvar las dificultades de una obra trascendental, se manifiesta el mismo fenómeno que observé en el alpaca descarriada de los Andes. Por encima de toda pasión odiosa se levanta en el fondo el sentimiento de la gratitud.

(Fragmento de un discurso.)

ES NECESARIO TRABAJAR Y CREAR CON ALEGRÍA

(Víctor M. Londoño.)

Háse dicho que la poesía es calor y vida; tal debe ser también la obra política y social; está muerto el empeño que no lleva en las entrañas el fuego de la sinceridad y el entusiasmo. Es necesario, como enseña Gomperz, reprochar a los partidarios de Sócrates, que enseñan el retraimiento de los negocios públicos y vuelven la espalda al pueblo generoso que ha ofrecido tantas veces a mentirosas o temerarias empresas el tributo de sus vidas humildes. Los ideales nunca deben perderse en lo imposible, sólo que han de soñarse muchos

para que haya siempre uno por alcanzar. Esta renovación del sentimiento de la Patria, este nuevo amor hacia ella vienen de lo más profundo del corazón de la raza; proceden tanto del instinto como de la inteligencia; es el mandato supremo que nos incita a vivir. Uno de los primeros deberes de la juventud consiste en no aceptar íntegra la herencia del pasado; a hechos nuevos, táctica nueva de los partidos; lo primero es hacer viable nuestra existencia; después vendrán los requiebros a la Libertad.

Hoy más que nunca se impone la reacción contra el pesimismo general, contra esa melancolía sofisticada que apaga los bríos de la juventud. Es necesario trabajar y crear con alegría, como aconseja el poeta; el peor síntoma de decrepitud que ofrece una sociedad, pensaba Carlyle, es la manía de las lágrimas, ese abuso de las palabras desconsoladas que termina por aniquilar la esperanza. La voluntad sí alcanza a exaltar en el hombre el deseo irrevocable de vivir y de triunfar; pueblos como el Japón, donde soplan cálidas brisas de optimismo, logran renovarse en pocos años. Un profesor inglés, que habitó entre los nipones, cuenta cómo éstos se admiran del adusto continente de los occidentales, y luego se dilata en sutiles consideraciones sobre el significado de la sonrisa japonesa.

La pereza del Asia, proverbial como la nuestra, es un prejuicio histórico que toca a su fin. El antiguo japonés, al llegar a los cuarenta años, se consideraba en paz con los negocios públicos y privados y buscaba holganza y reposo; la fe en los nuevos destinos de la nación los impulsa ahora a trabajar sin tregua hasta el último día.

(Trofeos, Bogotá.)

EL GALLO DE SÓCRATES

(Leopoldo Alas.)

Critón, después de cerrar la boca y los ojos al maestro, dejó a los demás discípulos en torno del cadáver, y salió de la cárcel, dispuesto a cumplir lo más pronto posible el último encargo que Sócrates le había hecho, tal vez burla burlando,

pero que él tomaba al pie de la letra en la duda de si era serio o no era serio. Sócrates, al expirar, descubriéndose, pues ya estaba cubierto para esconder a sus discípulos el espectáculo vulgar y triste de la agonía, había dicho, y fueron sus últimas palabras:

—Critón, debemos un gallo a Esculapio, no te olvides de pagar esta deuda.—Y no habló más.

Para Critón aquella recomendación era sagrada: no quería analizar, no quería examinar si era más verosímil que Sócrates sólo hubiera querido decir un chiste, algo irónico tal vez, o si se trataba de la última voluntad del maestro, de su último deseo. ¿No había sido siempre Sócrates, pese a la calumnia de Anito y Melito, respetuoso para con el culto popular, la religión oficial? Ciertamente les daba a los mitos (que Critón no llamaba así, por supuesto) un carácter simbólico, filosófico, muy sublime e ideal; pero entre poéticas y trascendentales paráfrasis, ello era que respetaba la fe de los griegos, la religión positiva, el culto del Estado. Bien lo demostraba un hermoso episodio de su último discurso, (pues Critón notaba que Sócrates a veces, a pesar de su sistema de preguntas y respuestas se olvidaba de los interlocutores, y hablaba largo y tendido y muy por lo florido).

Había pintado las maravillas del otro mundo con pormenores topográficos que más tenían de tradicional imaginación que de rigurosa dialéctica y austera filosofía.

Y Sócrates no había dicho que él no creyese en todo aquello, aunque tampoco afirmaba la realidad de lo descrito con la obstinada seguridad de un fanático; pero esto no era de extrañar en quien, aun respecto de las propias ideas, como las que había expuesto para defender la inmortalidad del alma, admitía con abnegación de las ilusiones y del orgullo, la posibilidad metafísica de que las cosas no fueran como él se las figuraba. En fin, que Critón no creía contradecir el sistema ni la conducta del maestro, buscando cuanto antes un gallo para ofrecérselo al dios de la Medicina.

Como si la providencia anduviera en el ajo, en cuanto Critón se alejó unos cien pasos de la prisión de Sócrates, vió, sobre una tapia, en una especie de plazuela solitaria,

un gallo rozagante, de espléndido plumaje. Acababa de saltar desde un huerto al caballete de aquel muro, y se preparaba a saltar a la calle. Era un gallo que huía; un gallo que se emancipaba de alguna triste esclavitud.

Conoció Critón el intento del ave de corral, y esperó a que saltase a la plazuela para perseguirle y cogerle. Se le había metido en la cabeza (porque el hombre, en empezando a transigir con ideas y sentimientos religiosos que no encuentra racionales, no pára hasta la superstición más pueril) que el gallo aquel, y no otro era el que Esculapio, o sea Asclepies, quería que se le sacrificase. La casualidad del encuentro ya lo achacaba Critón a voluntad de los dioses.

Al parecer, el gallo no era del mismo modo de pensar; porque en cuanto notó que un hombre le perseguía comenzó a correr batiendo las alas y cacareando por lo bajo, muy incomodado sin duda.

Conocía el bípedo perfectamente al que le perseguía de haberle visto no pocas veces en el huerto de su amo discutiendo sin fin acerca del amor, la elocuencia, la belleza, etc., etc.; mientras él, el gallo seducía cien gallinas en cinco minutos, sin tanta filosofía.

«Pero buena cosa es, iba pensando el gallo, mientras corría y se disponía a volar, lo que pudiera, si el peligro arreciaba; buena cosa es que estos sabios que aborrezco se han de empeñar en tenerme por suyo, contra todas las leyes naturales, que ellos debieran conocer. Bonito fuera que después de librarme de la inaguantable esclavitud en que me tenía Gorgias, cayera inmediatamente en poder de este pobre diablo, pensador de segunda mano y mucho menos divertido que el parlanchín de mi amo.»

Corría el gallo y le iba a los alcances el filósofo. Cuando ya iba a echarle mano, el gallo batió las alas, y, dígame de un vuelo, dígame de un brinco, se puso, por esfuerzo supremo del pánico, encima de la cabeza de una estatua que representaba nada menos que Atenea.

—¡Oh, gallo irreverente!—gritó el filósofo, ya fanático inquisitorial, y perdónese el anacronismo. Y acallando con un sofisma pseudo-piadoso los gritos de la honrada conciencia

natural que le decía: «no robes ese gallo», pensó: «Ahora sí que, por el sacrilegio, mereces la muerte. Serás mío, irás al sacrificio.»

Y el filósofo se ponía de puntillas; se estiraba cuanto podía, daba saltos cortos, ridículos; pero todo en vano.

—¡Oh, filósofo idealista, de imitación!—dijo el gallo en griego digno del mismo Gorgias;—no te molestes, no volarás ni lo que vuela un gallo. ¿Qué? ¿Te espanta que yo sepa hablar? Pues ¿no me conoces? Soy el gallo del corral de Gorgias. Yo te conozco a tí. Eres una sombra. La sombra de un muerto. Es el destino de los discípulos que sobreviven a los maestros. Quedan acá, a manera de larvas, para asustar a la gente menuda. Muere el soñador inspirado y quedan los discípulos alicortos que hacen de la poética idealidad del sublime vidente una causa más del miedo, una tristeza más para el mundo, una superstición que se petrifica.

—¡Silencio, gallo! En nombre de la Idea de tu género, la naturaleza te manda que calles.

—Yo hablo y tú careas la Idea. Oye, hablo sin permiso de la Idea de mi género y por habilidad de mi individuo. De tanto oír hablar de Retórica, es decir, del arte de hablar por hablar, aprendí algo del oficio.

—¿Y pagas al maestro huyendo de su lado, dejando su casa, renegando de su poder?

—Gorgias es tan loco, si bien más ameno, como tú. No se puede vivir junto a semejante hombre. Todo lo prueba; y eso aturde, cansa. El que *demuestra* toda la vida, la deja hueca. Saber el por qué de todo es quedarse con la geometría de las cosas y sin la substancia de nada. Reducir el mundo a una ecuación es dejarlo sin pies ni cabeza. Mira, vete, porque puedo estar diciendo cosas así setenta días con setenta noches: recuerda que soy el gallo de Gorgias, el sofista.

—Bueno, pues por sofista, por sacrilego y porque Zeus lo quiere, vas a morir. ¡Date!

—¡Nones! No ha nacido el idealista de segunda mesa que me ponga la mano encima. Pero ¿a qué viene esto? ¿Qué crueldad es esta? ¿Por qué me persigues?

—Porque Sócrates al morir me encargó que sacrificara un

gallo a Esculapio, en acción de gracias porque le daba la salud verdadera, librándole por la muerte, de todos los males.

—¿Dijo Sócrates todo eso?

—No; dijo que debíamos un gallo a Esculapio.

—De modo que lo demás te lo figuras tú.

—¿Y qué otro sentido pueden tener esas palabras?

—El más benéfico. El que no cueste sangre ni cueste errores. Matarme a mí para contentar a un dios en que Sócrates no creía, es ofender a Sócrates, insultar a los Dioses verdaderos... y hacerme a mí, que sí existo, y soy inocente, un daño inconmensurable; pues no sabemos ni todo el dolor ni todo el perjuicio que puede haber en la misteriosa muerte.

—Pues Sócrates y Zeus quieren tu sacrificio.

—Repara que Sócrates habló con ironía, con la ironía serena y sin hiel del genio. Su alma grande podía, sin peligro, divertirse con el juego sublime de imaginar armónicos la razón y los ensueños populares. Sócrates, y todos los creadores de vida nueva espiritual, hablan por símbolos, son retóricos, cuando, *familiarizados* con el misterio, respetando en él lo inefable, le dan figura poética en formas. El amor divino de lo absoluto tiene ese modo de besar su alma. Pero, repara cuando dejan este juego sublime, y dan lecciones al mundo, cuán austeras, lacónicas, desligadas de toda inútil imagen con sus máximas y sus preceptos de moral.

—Gallo de Gorgias, calla y muere.

—Discípulo indigno, vete y calla; calla siempre. Eres indigno de los de tu ralea. Todos iguales. Discípulos del genio, testigos sordos y ciegos del sublime soliloquio de una conciencia superior; por ilusión suya y vuestra, creéis inmortalizar el perfume de su alma, cuando embalsamáis con drogas y por recetas su doctrina. Hacéis del muerto una momia para tener un ídolo. Petrificáis la idea, y el sutil pensamiento lo utilizáis como filo que hace correr la sangre. Sí; eres símbolo de la triste humanidad sectaria. De las últimas palabras de un santo y de un sabio sacas por primera consecuencia la sangre de un gallo. Si Sócrates hubiera nacido para confirmar las supersticiones de su pueblo, ni hubiera muerto por lo que murió, ni hubiera sido el santo de la filosofía. Sócrates no creía en Es-

culapio, ni era capaz de matar una mosca, y menos un gallo, por seguirle el humor al vulgo.

—Yo a las palabras me atengo. Date...

Critón buscó una piedra, apuntó a la cabeza, y de la cresta del gallo salió la sangre...

El gallo de Gorgias *perdió el sentido*, y al caer cantó por el aire, diciendo:

—¡Quiquiriquí! Cúmplase el destino; hágase en mí según la voluntad de los imbéciles.

Por la frente de jaspe de Palas Atenea resbalaba la sangre del gallo.

(*El gallo de Sócrates.*)

MOCTEZUMA

(Emilia Pardo Bazán.)

Era, pues, sagrado el Emperador. Sus pies no habían de tocar la tierra, y sus súbditos bajaban los ojos cuando pasaba, siendo sacrílego quien mirase su rostro, y teniendo el hacerlo pena de la vida. Sus palacios eran magníficos, con revestimientos de mármol y techos de ciprés, y los tenía hasta para su volatería y sus fieras. Mantenía en cautividad serpientes y cocodrilos, y poseía cotos de caza amurallados.

Leyendo esto y mucho más de la «vida inimitable» de Moctezuma, involuntariamente se recuerda a Salomón. Como todos los que llegan a la cima del poder humano, cuya voluntad es ley, y a quienes nada dejó que desear el destino, Moctezuma sufría la incurable enfermedad del tedio, la misma que padeció el César Carlos V, que, en la mayor brillantez de su reinado, conferenciaba con el Duque de Gandía en el hueco de una ventana, revelándole deseos de retirarse del mundo, según hizo después en Yuste. Moctezuma es de fijo un melancólico, hastiado de todo, porque todo le sobró. Sobre estos caracteres deprimidos ejercen ascendiente los resueltos, los animosos, los que saben lo que quieren y van a ello derechos y sin titubear.

Un sello de escepticismo hay en Moctezuma, que por tantos estilos parece hombre de nuestro tiempo. El mismo se adelanta a decir a Cortés, chanceando:

—Te habrán contado que yo soy un *Teule*, un dios... Pero tú no lo habrás creído. ¡Mi cuerpo es de carne y hueso!, añadió alzando las vestiduras.

Por el modo de ser de Moctezuma se comprende que, sin ser cobarde ni menguado, sufriese aquella singular parálisis de la voluntad, que le impidió, no sólo acabar con los españoles, cosa sobrado fácil, sino hasta intentar nada contra ellos eficazmente. La personalidad de Cortés ejerció sobre su ánimo extraña coacción. Esto se vió en muy notables casos y ocasiones, y fué tal vez la clave de la Conquista.

Sorprende tanto más, cuanto que, lejos de ser Moctezuma un rey débil y bondadoso, era el hombre de la represión, de los actos crueles y castigos duros y hasta injustos, según parece de los relatos contemporáneos. Y no sólo ordenaba los castigos, sino que los realizaba en persona, en el gran Teocalli, el Panteón Mexicano, donde sacrificó a los prisioneros de Teutepec, sacándoles con sus manos el corazón por el pecho, después de abrirlo con el pedernaleño cuchillo.

Ya sabemos que a este achicamiento del ánimo de Moctezuma contribuyeron los presagios tristes que anunciaban la hora fatal. El rey de Tezcoco, que era nigromántico, se le presentó un día a deshora, anunciándole que la victoria había desertado de sus banderas; que no vencería ya más ni a los tlascaltecas ni a ninguna nación de las enemigas, y que presto sería destruído el Imperio. Y Moctezuma, aterrado, es fama que pidió a los dioses morir antes que presenciar tales desventuras.

Esta pasividad de los méxicas y de su Emperador ante la invasión no se explica por nada material; hay que buscarle raíces psicológicas. Considérese que era el pueblo de la guerra sagrada, erigida en rito, en ley, en fondo del existir. Y este pueblo, que desde hacía siglos combatía por sistema a sus colindantes, no para ganar tierra, pues era cosa convenida que las lindes no se modificaban, venciase quien venciase, sino para llevar hombres a la piedra del sacrificio, llegado el instante de ver amenguada su independencia cayó en una especie de marasmo, del cual despertó al fin... pero tarde.

Abiertas por el mismo Moctezuma las puertas de la capital

a los barbudos, y hechas a Cortés iguales reverencias—dicen las crónicas—que al dios Huchilobos; ofrecido—dicen también—por Moctezuma a Cortés el mando y el reino, según ordenaban las profecías, y aceptada por Cortés la obediencia en nombre de Carlos V, puede decirse que desde el mismo instante deja de reinar el Soberano de los méxicas; ya no le veremos sino en acatamiento ante el invasor como estuvieron en España Carlos IV y Fernando VII ante otro conquistador; el Corso.

Celebróse con bailes y festejos la entrada de los españoles, y se les hospedó y mantuvo espléndidamente. No obstante tan apacibles principios, hubiese sido impropio de la sagacidad de Cortés suponer que las cosas iban a continuar así. Comprendía el dominio moral que tenía sobre Moctezuma, mas también era claro que aquel Imperio ingente y poderoso acabaría por reaccionar. Además había algo con que Cortés, hombre de otras creencias, de otra civilización, cristiano viejo, no podía transigir, y lo propio su gente y el padre Olmedo, capellán del pequeño ejército: los ritos horribles. Bernal Díaz, el soldado cronista, manifiesta la repugnancia que despertó en los españoles al visitar el templo, ver sacados de fresco los corazones, y la sangre, que hedía como en el matadero. Y es de notar que el padre Olmedo aconsejó siempre a Cortés en el sentido de la mayor transigencia posible; mas no cabía en esto transigir, y esto era justamente el substrato de las convicciones de los mexicanos. No era su *costumbre*: era su *fe*.

La influencia de Cortés sobre Moctezuma, en tal respecto, no tuvo fuerza: sus exhortaciones para que el Emperador abrazase el Cristianismo resultaron estériles.

—Nuestro sacrificio de la misa—decía Cortés—no envuelve derramamiento de sangre; los vuestros son espantosos.

Y Moctezuma, resignado, repetía:

—Buenos son vuestros dioses para vosotros, y para nosotros los nuestros.

Todo lo que pudo obtener fué que en la mesa de Moctezuma no se volviere a servir carne humana, manjar que públicamente se vendía en los mercados. Pero las dos civilizaciones, las dos creencias, no podían convivir.

(Hernán Cortés.)

ASTRONOMÍA LEGAL

(Silverio Lanza.)

El alcalde de Villaruín está satisfechísimo con su nueva casa, que es la única mejora del pueblo.

Llega el mes de noviembre, y la señora alcaldesa traslada el lecho conyugal al dormitorio de invierno.

A la mañana siguiente se levanta don Máximo, y se dispone a contemplar desde la ventana el pueblo que gobierna.

Se asoma, y...

—Es extraño; desde que vivo en esta casa siempre ha salido el sol por mi derecha, y ahora sale por mi izquierda. Ordenemos un bando de buen gobierno.

El maestro de escuela queda encargado de explicar el fenómeno científicamente y gratis.

—Una de dos: o el sol ha empezado a caminar rápidamente y en la dirección que rota la tierra, lo cual no es posible, o ésta ha girado en el sentido de un meridiano, lo cual tampoco es posible.

—Lo que no es posible es que haya un maestro más bruto que usted. ¡A la cárcel!

Así se creó en Villaruín la costumbre de celebrar dos fiestas anuales: cuando don Máximo cambiaba de dormitorio.

Murió el maestro extenuado por el ayuno y por la prisión: y antes de morir, dispuso que le enterrasen con la cabeza hacia levante; pero, como no es fácil mover cada seis meses el cadáver, continúa sin sepultar.

Yo, temeroso de estar sepultado en vida e insepulto en muerte, como el maestro de Villaruín, me reduzco a consignar que mientras los hombres no se acostumbren a vivir sin amo, les saldrá el sol a los pueblos por donde le salga al alcalde.

(Cuentos.)

MIRANDO JUGAR A UN NIÑO

(José Enrique Rodó.)

Jugaba el niño, en el jardín de la casa, con una copa de cristal que, en el límpido ambiente de la tarde, un rayo de sol tornasolaba como un prisma. Manteniéndola, no muy firme, en una mano, traía en la otra un junco con el que golpeaba acompasadamente en la copa. Después de cada toque, inclinando la graciosa cabeza, quedaba atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaro, se desprendían del herido cristal y agonizaban suavemente en los aires. Prolongó así su improvisada música hasta que, en un arranque de volubilidad, cambió el motivo de su juego: se inclinó a tierra, recogió en el hueco de ambas manos la arena limpia del sendero, y la fué vertiendo en la copa hasta llenarla. Terminada esta obra, alisó, por primor, la arena desigual de los bordes. No pasó mucho tiempo sin que quisiera volver a arrancar al cristal, su fresca resonancia; pero el cristal, enmudecido, como si hubiera emigrado un alma de su diáfano seno, no respondía más que con un ruido de seca percusión al golpe del junco. El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira. Hubo de verter una lágrima, mas la dejó en suspenso. Miró, como indeciso, a su alrededor; sus ojos húmedos se detuvieron en una flor muy blanca y pomposa, que a la orilla de un cantero cercano, meciéndose en la rama que más se adelantaba, parecía rehuir la compañía de las hojas, en espera de una mano atrevida. El niño se dirigió, sonriendo, a la flor; pugnó por alcanzar hasta ella; y aprisionándola, con la complicidad del viento que hizo abatirse por un instante la rama, cuando la hubo hecho suya la colocó graciosamente en la copa de cristal, vuelta en ufano búcaro, asegurando el tallo endeble merced a la misma arena que había sofocado el alma musical de la copa. Orgulloso de su desquite, levantó, cuan alto pudo, la flor entronizada, y la paseó, como en triunfo, por entre la muchedumbre de las flores.

(*Motivos de Proteo.*)

OASIS

(Pío Baroja.)

Había un voluptuoso, creo que era Maquiavelo, que se disfrazaba de mendigo y andaba en las tabernas más infectas, con gente miserable y astrosa. Cuando se sentía ya saturado de miseria, de tristeza, de dolor, iba a su casa, se vestía con su túnica más espléndida y gozaba mejor de su riqueza y de su fausto.

Al igual de aquel prudente patricio hago yo en la vida, no gozando con mi riqueza, porque no la tengo, no poniendo sobre mis hombros manto de armiño; pero ya que no puedo esto, me encierro dentro de mi misma alma y la oigo cantar su canción modesta, su canción humilde, en medio de la soledad y del silencio.

En medio de las andanzas de la vida del día, se ha experimentado el contacto del sableador sinvergüenza en la calle, del pincho de la casa de juego en el café, del periodista chanchullero en la redacción; se ha cambiado una palabra amable con un idiota a quien se desprecia y que lo desprecia a uno; se ha adulado a un político ilustre que no sabe ni escribir, lo que no es obstáculo para que sus discursos estén guardados en el Diario de Sesiones, como bloques finísimos de elocuencia parlamentaria; se ha cubierto el alma de lepra, y cuando se llega al silencioso rincón en donde se vive, se respira más libremente ante las cuatro blancas y frías paredes del cuarto.

En medio de esta vileza ambiente, en este mundo del chanchullo, de la hampa, del baraterismo, hay algunos oasis tranquilos en donde se respira serena placidez.

Yo he pasado muchas veces a la noche horas enteras mirando desde la calle por la ventana del taller de algún tornero, de algún encuadernador. Se nota en el interior la placidez y el trabajo. La luz confidencial de una lámpara alumbra el rincón pacífico. La gente trabaja sin apresurarse.

Yo he creído muchas veces—quizás equivocadamente—que ahí dentro, en esos interiores tranquilos, debe de refugiarse la dicha. Se me figuran esos talleres de artífices modestos,

oasis de paz, de serenidad, en medio de estos desiertos de egoísmo, de miseria moral, de abyección y de vileza.

(El tablado de Arlequín.)

LA PAMPA DE GRANITO

(José Enrique Rodó.)

Era una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco; enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre, como aquella pampa y aquel cielo; y su nariz, tajante y dura como una segur; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables: tres pobres niños que temblaban, junto al viejo indiferente e imperioso, como el genio de aquella pampa de granito.

El viejo tenía en la palma de una mano una simiente menuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños, y le mostró en la palma de la mano la simiente, y con voz comparable al silbo helado de una ráfaga, le dijo: «Abre un hueco para esta simiente»; y luego soltó el cuerpo trémulo del niño, que cayó, sonando como un saco mediado de guijarros sobre la pampa de granito.

—«Padre, sollozó él, cómo le podré abrir si todo este suelo es raso y duro?»—«Muérdelo», contestó con el silbo helado de la ráfaga; y levantó uno de sus pies, y lo puso sobre el pescuezo lánguido del niño; y los dientes del triste sonaban rozando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar; y así pasó mucho tiempo, mucho tiempo: tanto que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo; pero roía, roía siempre, con un gemido de estertor; roía el pobre niño bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, como la pampa de granito.

Cuando el hueco llegó a ser lo hondo que se precisaba, el viejo levantó la planta opresora; y quien hubiera estado allí hubiese visto entonces una cosa aún más triste, y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de canas; y apartóle el viejo, con el pie, y levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquello. —«Junta tierra para la simiente», le dijo. —«Padre, preguntóle el cuitado, ¿en dónde hay tierra?» —«La hay en el viento; recógela», repuso; y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño; y le tuvo así contra la dirección del viento que soplabla, y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante polvo del viento, que luego el niño vomitaba, como limo precario; y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni impaciencia, ni anhelo, ni piedad mostraba el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito.

Cuando la cavidad de piedra fué colmada, el viejo echó en ella la simiente, y arrojó al niño de sí como se arroja una cáscara sin jugo, y no vió que el dolor había pintado la infantil cabeza de blanco; y luego, levantó al último de los pequeños y le dijo, señalándole la simiente enterrada: «Has de regar esa simiente»; y como él le preguntase, todo trémulo de angustia: «Padre, ¿en dónde hay agua?» —«Llora; la hay en tus ojos», contestó; y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundosa vena de llanto, y el polvo sediento la bebía; y este llanto duró mucho tiempo, mucho tiempo, porque para exprimir los lagrimales cansados estaba el viejo indiferente e inmutable, de pie sobre la pampa de granito.

Las lágrimas corrían en un arroyo quejumbroso tocando el círculo de tierra; y la simiente asomó sobre el haz de la tierra como un punto; y luego echó fuera el tallo incipiente, las primeras hojuelas; y mientras el niño lloraba, el árbol nuevo criaba ramas y hojas, y en todo esto pasó mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que el árbol tuvo tronco robusto y copa anchurosa, y follaje, y flores que aromaron el aire, y descolló en la soledad; el árbol aún más alto que el viejo indiferente e inmutable, sobre la pampa de granito.

El viento hacía sonar las hojas del árbol, y las aves del

cielo vinieron a anidar en su copa, y sus flores se cuajaron en frutos; y el viejo soltó entonces al niño, que dejó de llorar, toda blanca la cabeza de canas; y los tres niños tendieron las manos ávidas a la fruta del árbol; pero el flaco gigante los tomó, como cachorros, del pescuezo, y arrancó una semilla, y fué a situarse con ellos en cercano punto de la roca, y levantando uno de sus pies juntó los dientes del primer niño con el suelo: juntó de nuevo con el suelo los dientes del niño, que sonaron bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, erguido, inmenso, silencioso, sobre la pampa de granito.

(*Motivos de Proteo.*)

CONSTANTINOPLA

(Vicente Blasco Ibáñez.)

Cuando Constantino hizo de Bizancio la capital del imperio y la llamó Nueva Roma, estaba lejos de imaginarse que su propio nombre prevalecería como título de la enorme ciudad.

No hay población que pueda compararse, por su belleza topográfica, con la famosa Constantinopla, compuesta de tres ciudades. Pera y Galata, formando una sola agrupación urbana; Stambul, que ocupa el solar de la antigua Bizancio, y Scutari, en la ribera asiática.

Para dar una idea aproximada de la situación de esa triple ciudad, hay que imaginarse una inmensa Y de forma irregular. El tronco de la Y es el final del mar de Mármara y la entrada del Bósforo; la rama de la izquierda, el famoso Cuerno de Oro, profundo brazo de mar que atraviesa la ciudad y se pierde tierra adentro; la rama de la derecha, la continuación del Bósforo, hasta dar con el Mar Negro.

En el espacio comprendido entre el tronco de la Y y el final de la rama izquierda, está Stambul. En el espacio que existe entre las dos ramas, o sea en la península limitada por el Cuerno de Oro y el Bósforo, se hallan asentadas Galata y Pera. A lo largo del Bósforo, o sea en todo el lado derecho de la Y, desde la base de la letra a su remate superior, está Scutari y demás poblados que pertenecen igualmente a Cons-

tantinopla. El lado izquierdo de la Y y el espacio comprendido entre las dos ramas, es Europa: todo el lado derecho de la letra, es Asia. Dos piastras (que son unos 60 céntimos) bastan para que un vigoroso remero turco, gran maestro en el arte de sortear las corrientes que van y vienen por el enorme callejón acuático, entre el Mar de Mármara y el Mar Negro, os lleve en unos cuantos minutos de un continente a otro.

Las tres ciudades más importantes en la historia de la humanidad son Atenas, Roma y Constantinopla.

Grecia enseñó a los hombres el arte de pensar, el culto de la belleza, y aún hoy vivimos de sus lecciones. Las leyes y usos de Roma regulan todavía la vida moderna. Constantinopla fué la intermediaria indispensable entre el mundo antiguo y el actual, hasta el punto de que si ella no hubiese existido, el mundo veríase privado de su más noble herencia, ignorando lo que filósofos, poetas y artistas pensaron y produjeron para nosotros hace tres mil años.

Es de uso corriente despreciar a Bizancio y desconocer la importancia histórica del imperio de Oriente.

Es cierto que la existencia del llamado Bajo Imperio fué poco noble, por su historia de miserias, crímenes y disensiones religiosas, que acababan siempre en derramamientos de sangre. El populacho, capitaneado por monjes bárbaros y falsos profetas, mataba o moría defendiendo sutilezas teológicas que no le era dado entender. Por si los templos cristianos debían tener imágenes o privarse de ellas, por si el Hijo era más o menos que el Padre y el Espíritu Santo superior a los dos, el pueblo de las «discusiones bizantinas», saturado de nimias sutilezas de la decadencia griega, andaba a palos y cuchilladas en las callejuelas de Bizancio. Además, el Hipódromo, con los mil incidentes de sus carreras de carros, monopolizaba toda la vida nacional. El color de los dos bandos de cocheros, el verde y el azul, dividía al pueblo bizantino en dos grandes partidos, y *verdes* y *azules* ocupaban el poder a fuerza de revoluciones, derrocando emperadores y convirtiendo el circo en campo de batalla.

A todas estas desgracias se unieron las grandes hambres, los incendios, las pestes y los continuos ataques de los búlgaros

durante los mil años que sobrevivió el decaído Bajo Imperio.

Pero a pesar de su larga agonía, Constantinopla, centro del imperio de Oriente, tuvo su grandeza y sirvió noblemente a la civilización. Ella guardó las tradiciones del arte griego, la legislación romana, los monumentos literarios, toda la antigüedad; y cuando en el siglo xi surgió el primer intento de Renacimiento, y en el xv llegó a ser un hecho el hermoso despertar de la Humanidad, de su seno salieron los hombres y las ideas que realizaron en Italia el retroceso bendito hacia la antigüedad clásica. Además, durante la Edad Media fué Constantinopla la gran muralla que contuvo el empuje de las invasiones asiáticas. Europa, defendida por este puesto avanzado, pudo constituirse lentamente a su abrigo. La cristiandad se dió cuenta de la importancia de Constantinopla cuando después de caer ésta en poder de los turcos, los vió avanzar en unos cuantos años hasta el corazón de Europa, siendo precisa una acción común para atajarlos junto a los muros de Viena y en las aguas de Lepanto.

Grecia, aunque mutilada por los siglos y los hombres, guarda grandezas de su pasado en el Partenón y otros monumentos; Roma conserva el esqueleto de su gloria en ruinas, casi enteras, de termas, templos y circos; pero de la antigua Bizancio apenas quedan vestigios. El turco lo arrasó todo, más por barbarie, por afán de dominación, por celos del pasado, por su deseo de que ninguna obra antigua pudiera rivalizar con las del período de gran esplendor que vino tras la conquista. Si respetó Santa Sofía fué para convertirla en mezquita, borrando de ella todo signo del cristiano griego.

(Oriente.)

CARTA

(Juan Valera.)

4 de mayo.—Extraño es que en tantos días yo no haya tenido tiempo para escribir a Ud.; pero tal es la verdad. Mi padre no me deja parar y las visitas me asedian.

En las grandes ciudades es fácil no recibir, aislarse, crearse

una soledad, una Tebaida en medio del bullicio: en un lugar de Andalucía, y sobre todo teniendo la honra de ser hijo del cacique, es menester vivir en público. No ya sólo hasta el cuarto donde escribo, sino hasta mi alcoba penetran, sin que nadie se atreva a oponerse, el señor vicario, el escribano, mi primo Currito, hijo de doña Casilda, y otros mil, que me despiertan si estoy dormido y me llevan donde quieren.

El casino no es aquí mera diversión nocturna, sino de todas las horas del día. Desde las once de la mañana está lleno de gente que charla, que lee por cima algún periódico para saber las noticias, y que juega al tresillo. Personas hay que se pasan diez o doce horas al día jugando a dicho juego. En fin, hay aquí una holganza tan encantadora que más no puede ser. Las diversiones son muchas, a fin de entretener dicha holganza. Además del tresillo arma la timbirimba con frecuencia, y se juega al monte. Las damas, el ajedrez y el dominó no se descuidan. Y por último, hay una pasión decidida por las riñas de gallos.

Todo esto, con el visiteo, el ir al campo a inspeccionar las labores, el ajustar todas las noches las cuentas con el aperador, el visitar las bodegas y candioteras, y el clarificar, trasegar y perfeccionar los vinos, y el tratar con gitanos y chalanes para compra, venta o cambalache de los caballos, mulas y borricos, o con gente de Jerez que viene a comprar nuestro vino para trocarle en jerezano, ocupa aquí de diario a los hidalgos, señoritos o como quieran llamarse. En ocasiones extraordinarias hay otras faenas y diversiones que dan a todo más animación, como en tiempo de la siega, de la vendimia, y de la recolección de la aceituna; o bien cuando hay feria y toros aquí o en otro pueblo cercano, o bien cuando hay romería al santuario de alguna milagrosa imagen de María Santísima, a donde si acuden no pocos por curiosidad y para divertirse y feriar a sus amigas cupidos y escapularios, más son los que acuden por devoción y en cumplimiento de voto o promesa. Hay santuario de estos que está en la cumbre de una elevadísima sierra, y con todo no faltan aun mujeres delicadas que suben allí con los pies descalzos, hiriéndoselos con abrojos, espinas y piedras, por el pendiente y mal trazado sendero.

La vida de aquí tiene cierto encanto. Para quien no sueña con la gloria, para quien nada ambiciona, comprendo que sea muy descansada y dulce vida. Hasta la soledad puede lograrse aquí haciendo un esfuerzo. Como yo estoy aquí por una temporada, no puedo ni debo hacerlo; pero, si yo estuviese de asiento, no hallaría dificultad, sin ofender a nadie, en encerrarme y retraerme durante muchas horas o durante todo el día, a fin de entregarme a mis estudios y meditaciones.

Su nueva y más reciente carta de Ud. me ha afligido un poco. Veo que insiste Ud. en sus sospechas, y no sé qué contestar para justificarme, sino lo que ya he contestado!

Dice Ud. que la gran victoria en cierto género de batallas consiste en la fuga: que huir es vencer. ¡Cómo he de negar yo lo que el Apóstol y tantos santos Padres y Doctores han dicho! Con todo, de sobra sabe Ud. que el huir no depende de mi voluntad. Mi padre no quiere que me vaya; mi padre me retiene a pesar mío; tengo que obedecerle. Necesito, pues, vencer por otros medios, y no por el de la fuga.

Para que Ud. se tranquilice, repetiré que la lucha apenas está empeñada, que Ud. ve las cosas más adelantadas de lo que están.

(Pepita Jiménez.)

LA CASA DE LA MONTAÑA

(Julio Herrera Reissig.)

Ríe estridentes glaucos el valle; el cielo franca
risa de azul; la aurora ríe su risa fresa;
y en la era en que ríen granos de oro y turquesa,
exulta con cromático relincho una potranca...

Sangran su risa flores rojas en la barranca;
en sol y cantos ríe hasta una obscura huesa;
en el hogar del pobre ríe la limpia mesa,
y allá sobre las cumbres la eterna risa blanca...

Mas nada ríe tanto, con risas tan dichosas
como aquella casuca de corpiño de rosas
y sombrero de teja, que ante el lago se alinea...

¿Quién la habita?... Se ignora. Misteriosa y huraña
se está lejos del mundo sentada en la montaña,
y ríe de tal modo que parece una niña.

(Los Extasis de la Montaña.)

PAISAJE

(Ramón del Valle Inclán.)

En la paz de una hondonada umbría, dos zagales andan encorvados segando el trébol oloroso y húmedo, y entre el verde de la hierba las hoces brillan, con extraña ferocidad. Un asno viejo, de rubio pelo y luengas orejas, pace gravemente arrastrando el ronzal, y otro asno infantil, con la frente aborregada y lanosa y las orejas inquietas y burlonas, mira hacia la vereda, erguido, alegre, picaresco, moviendo la cabeza como el bufón de un rey.

.

Las ovejas llenan el camino y pasan temerosas, con un dulce balido, como en las viejas églogas. Los pardales revolotean a lo largo y se posan en bandadas sobre los valladares de laurel, derramando con el pico el agua de la lluvia que aún queda en las hojas. En una revuelta del río, bajo el ramaje de los álamos, que parecen de plata antigua, sonríe un molino.

El agua salta en la presa, y la rueda fatigada y caduca, canta el salmo patriarcal del trigo y la abundancia: su vieja voz geórgica se oye por las eras y por los caminos. La molinera en lo alto del patio, desgrana mazorcas con la falda recogida en la cintura y llena de maíz, grita desde lo alto al mismo tiempo que desgrana:—¡Zuros!... Zuros!

Y arroja al viento un puñado de fruto que cae con el rumor de lluvia veraniega sobre secos follajes. Las gallinas acuden presurosas picoteando la tierra. El gallo canta... Dos aldeanas salmodian en la cancela del molino:

—¡Santos y buenos días!

La molinera responde desde el patio:

—¡Santos y buenos nos los dé Dios!

(*Lecturas Literarias. A. Nervo.*)

UN ARBOL

(José María de Pereda.)

La cajiga aquella era un soberbio ejemplar de su especie: grueso, duro y sano como una peña el tronco, de retorcida

veta, como la filástica de un cable; las ramas horizontales, rígidas y potentes, con abundantes y entretejidos ramos; bien picadas y casi negras las espesas hojas; luego otras ramas, y más arriba otras, y cuanto más altas más cortas, hasta concluir en débil horquilla, que era la clave de aquella rumorosa y oscilante bóveda.

Ordinariamente, la cajiga (roble) es el personaje bravío de la selva montañesa, indómito y desaliñado. Nace donde menos se le espera: entre zarzales, en la grieta de un peñasco, a la orilla del río, en la sierra calva, en la loma del cerro, en el fondo de la cañada... en cualquiera parte.

Crece con mucha lentitud; y como si la inacción le aburriera, estira y retuerce los brazos, bosteza y se esparranca, y llega a viejo dislocado y con jorobas; y entonces se echa el ropaje a un lado, y deja el otro medio desnudo. Jamás se acicala ni se peina; y sólo se muda el vestido viejo, cuando la primavera se le arranca en harapos para adornarle con el nuevo; le nacen zarzas en los pies, supuraciones corrosivas en el tronco, musgo y yesca en los brazos, y se deja invadir por la yedra, que le oprime y le chupa la savia. Esta incuria le cuesta la enfermedad de algún miembro, que, al fin, se le cae a pedazos, o se le amputa con el hacha el leñador; y en las cicatrices, donde la madera se convierte en húmedo polvo, queda un seno profundo, y allí crecen el muérdago y el helecho, si no le eligen las abejas por morada para elaborar ricos panales de miel que nadie saborea. Es, en suma, la cajiga, un verdadero salvaje entre el haya ostentosa; el argentino abedul, atildado y geométrico, y el rozagante aliso, con su cohorte de rizados acebos, finas y olorosas retamas y espléndidos algortos.

(El sabor de la tierra.)

EL VESUBIO

(Pedro Antonio de Alarcón.)

Estamos en la cumbre del volcán. ¡Hollamos la cúspide de la pirámide de fuego! ¡Pisamos la frente del verdugo de Pompeya! El humo nos envuelve en el primer momento. Luego se desvanece la nube, y nos permite durante algunos minutos ver

lo que nos rodea. En torno nuestro se dilata una escabrosa planicie redonda de unos cien metros de diámetro, cubierta de ceniza oscura y de escorias. Las escabrosidades de esta meseta son unas masas de espumas de betunes hirvientes, cuyo feísimo aspecto, porosidad esponjosa y estremecimientos continuos causan horror y miedo. A pocos pasos de nosotros, levántanse ligeramente los bordes del cráter, al cual nos vamos a asomar. El terreno que pisamos parece hueco, debajo de nuestros pies tiembla y brama el incansable monstruo. El estruendo es cada vez más terrible. Respiramos un aire mefítico, abrasado, infernal.

Pero no retrocedemos. De diez en diez minutos lanza el volcán un espantoso rugido; de su ancha boca sale una inmensa columna de humo, y en la inmediación brotan asimismo de las hendeduras de la ceniza, mil y mil humos más ligeros. Esta nube que vemos levantarse entre nuestros pies y por todas partes en el momento que el cráter respira, flota algunos segundos sobre la montaña, sumergiéndonos en una tenebrosa noche: después, aspira el cráter, y todos los humos parciales corren a sepultarse en él, absorbidos por sus formidables pulmones.

Llego al borde de la cima. Para ello me arrastro boca abajo por la ceniza abrasada. El guía me retiene por los pies, temeroso de que pierda el sentido, de que me asfixien los vapores, o de que avance demasiado y apoye las manos en punto deleznable. De esta manera descubro la boca del pavoroso abismo. Es una especie de pozo, de seis varas de diámetro, circular, cuyas paredes revestidas de azufre presentan largas hendeduras. Asomo la cabeza, miro a lo hondo. Al principio, el humo denso no me deja ver nada. Luego distingo llamas rojizas y azules que iluminan un sumidero negro, profundísimo. Parece que allí borbotan y hierven cien calderas de plomo derretido. Los gases me ahogan. El aliento del dragón me abrasa. En esto retumba un espantoso trueno. El brocal de ceniza en que me apoyo tiembla como el agua movida por el huracán. ¡La lava sube! ¡La llama asciende entre torbellinos de humo! ¡Va a respirar el cráter! Retrocedemos. ¡Apenas me aparto y me cubro el rostro con las manos, el aliento sofocante del volcán

pasa sobre mi cabeza! Palpita la tierra; arde el aire; el cielo se ennegrece; la respiración me falta. Esto es morir. Pero calma el acceso; desaparece el humo, quedando reducido a una espesa columna que se levanta gallarda en el espacio, y vuelve la luz y brilla el cielo y el mar reverbera otra vez en lontananza.

(El Lector Costarricense.)

HIMNO AL ARBOL

(Juan Zorrilla de San Martín.)

Plantemos nuestros árboles, la tierra nos convida;
plantando cantaremos
los himnos de la vida,
los cánticos que entonan las ramas y los nidos,
los ritmos escondidos
del alma universal.

Plantar es dar la vida al generoso amigo
que nos defiende el aire;
que nos ofrece abrigo;
él crece con el niño, él guarda su memoria,
en el laurel es gloria,
en el olivo es paz.

El árbol tiene un alma que ríe entre sus flores,
que piensa en sus perfumes,
que alienta en sus rumores;
él besa con la sombra de su frondosa rama,
él a los hombres ama,
él les reclama amor.

La tierra sin un árbol está desnuda y muerta,
callado el horizonte,
la soledad desierta;
plantemos para darle palabras y armonías
latidos y alegrías,
sonrisas y calor.

El árbol pide al cielo la lluvia que nos vierte;
absorbe en nuestros aires
el germen de la muerte;

por él sube a las flores la sangre de la tierra,
y en él perfume encierra
y eleva su oración.

Proteja Dios el árbol que plante nuestra mano;
los pájaros aniden
en su ramaje anciano;
y canten y celebren la tierra bendecida
que les infunde vida,
que les prodiga amor.

EN ELOGIO DE LA PAPA

(Juan Montalvo.)

Hoy es la carne de los pobres en Francia, Alemania, Irlanda; es pan, donde falta trigo; dulce, donde no se digna concurrir el azúcar aristócrata; y, siendo como es auxilio del pueblo necesitado, es al propio tiempo regalo del gran señor. Ese globo cesposo, blanco, que está erguido sobre provocativa salsa en fuente de porcelana, es la papa entera, cocida sin condimento ni artificio: su harina está brotando en flósculos y reventazones que prometen exquisito sabor al paladar, al estómago sustancia delicada: heridla con el tenedor de plata, ahogadla en el jugo que la rodea, y ved si los dioses gustaron manjar más delicioso en los mejores tiempos del Olimpo. Qué onzas de oro son esas que están poniendo sitio al pedazo de lomo que se yergue en medio de ellas orgulosamente? Depuesta su crudez en la parrilla, ahora es comestible que ofrece sangre y vida; esponjado, tierno, succulento: mas ¿qué sería él sin los adminículos que le rodean en forma de monedas resonantes? La papa, cortada en tenues rodela, frita en mantequilla, ha tomado ese color de águilas americanas, levantada su epidermis en convexidad henchida de goloso viento. Tomad una de esas hostias profanas, apretadla entre las mandíbulas, y ved si es música el ruido con que se quebranta y desmenuza, quejándose amorosamente de vuestro legítimo apetito. Si sois viejos, allí la tenéis en masa blanca y pura, o ya embermejecidas con *ají* punzador, o con azafrán oloroso. Si cholos, comprad en la esquina de la calle, en la ciudad de Quito, ese emplasto

ruidoso que está echando chispas en el tiesto, derramadas las entrañas alrededor en feroces hebras de queso derretido. De qué otro modo os presentaré la papa, amigos míos? Parmentier la ofrecía al rey y su augusta esposa en dieciseis maneras diferentes: seguro está que ese hábil cocinero haya descubierto manjares tan variados y tantos como de ella hacemos y comemos los hijos del Nuevo Mundo. Para un banquete de Pitágoras, sobran los que hemos puesto al antojo de los lectores: si sobrios y morigerados, pasemos a la lechuga.

(Siete Tratados.)

ECUATORIAL

(Juan Montalvo.)

Qué pasos lentos van retumbando por allá? Es el elefante que rompe la selva con su movimiento de rey majestuoso, y se dirige a beber a orillas del Lualaba. Ruge el león y comparece infundiendo terror a todo ser viviente con esos ojos encendidos: el tigre, agazapado al pie de un tronco, está acechando al boa que se viene con su meneo formidable: manadas sin cuento de monos llenan de ruido los vetustos robles: un orangután gigantesto, recto como persona, camina paso a paso con semblante meditabundo; bandadas de loras y guacamayos atraviesan la atmósfera con grito colectivo que asorda todo un continente: culebras de mil colores van haciendo eses por el suelo, o prendidas de las ramas por el extremo de la cola se están columpiando por el aire. El sol resplandece y abrasa; el cielo se halla limpio, su azul purísimo se derrama desde el zenit, y desaloja las nubes hasta más abajo del horizonte. Esta es el Africa, cuna del fuego, asiento preeminente de la zona tórrida. No es así la Siberia setentrional: despoblación, tristeza, silencio vasto y profundo son caracteres de esa tierra desventurada. Allí no hay sol sino cuatro meses al año: la noche es de dos mil quinientas horas; noche larga, horrible, durante la cual Muerte anda devorándolo todo, invisible en medio de la palidez oscura que envuelve ese hemisferio. La rosa no se abre ni sonríe a la luz que comparece alegre por atrás de la montaña; la azucena no tiene sol a quien provocar

con su voluptuosa elegancia; el clavel no arde en su pura rubicundez, porque no hay fuego que lo encienda. La sangre de la tierra, cuajada en esas partes, las priva del movimiento; el alma del mundo, retirada de ellas, las dejó cadáveres. Fuego, santo fuego, símbolo de la vida, tú eres principio y sostén del universo: sin ti no hubiera luz, sin ti Dios mismo no ardería en su inmortalidad eternamente.

(Siete Tratados.)

DEL TRÓPICO

(Rubén Darío.)

¡Qué alegre y fresca la mañanita!
Me agarra el aire por la nariz,
los perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita
sobre una piedra muele maíz.

Un mozo trae por un sendero
sus herramientas y su morral;
otro, con chancas y sin sombrero,
busca una vaca con su ternero
para ordeñarla junto al corral.

Sonriendo a veces a la muchacha
que de la piedra pasa al fogón,
un campesino de buena facha,
casi en cuclillas, afila un hacha,
sobre la orilla del mollejón.

Por las colinas la luz se pierde
bajo de un cielo claro y sin fin.
Allí el ganado las hojas muerde
y hay en los tallos del campo verde
escarabajos de oro y carmín.

Sonando un cuerno curvo y sonoro
viene el vaquero, y a plena luz
pasan las vacas y un blanco toro,
con unas manchas color de oro
por los jarretes y en el testuz.

Y la patrona, bate que bate,
me regocija con la ilusión
de una gran taza de chocolate,
que ha de pasarme por el gáznate
con las tostadas y el requesón.

(*Lecturas Literarias.* A. Nervo.)

ANAHUAC

(Alfonso Reyes.)

Dos lagunas ocupan casi todo el valle: la una salada, la otra dulce. Sus aguas se mezclan con ritmos de marea, en el estrecho formado por las sierras circundantes y un espinazo de montañas que parte del centro. En mitad de la laguna salada se asienta la metrópoli, como una inmensa flor de piedra, comunicada a tierra firme por cuatro puertas y tres calzadas, anchas de dos lanzas jinetas. En cada una de las cuatro puertas, un ministro grava las mercancías. Agrúpanse los edificios en masas cúbicas; la piedra está llena de labores, de grecas. Las casas de los señores tienen vergeles en los pisos altos y bajos, y un terrado donde pudieran correr cañas hasta treinta hombres a caballo. Las calles resultan cortadas a trechos, por canales. Sobre los canales saltan unos puentes, unas vigas de madera labrada capaces de diez caballeros. Bajo los puentes se deslizan las piraguas llenas de fruta. El pueblo va y viene por la orilla de los canales, comprando el agua dulce que ha de beber: pasan de unos brazos a otros las rojas vasijas. Vagan por los lugares públicos personas trabajadoras y maestros de oficio, esperando quien los alquile por sus jornales. Las conversaciones se animan sin gritaría: finos oídos tiene la raza y, a veces, se habla en secreto. Oyense unos dulces chasquidos; fluyen las vocales y las consonantes tienden a licuarse. La charla es una canturía gustosa. Esas xés, esas tlés, esas chés que tanto nos alarman escritas, escurren de los labios del indio con una suavidad de agua-miel.

El pueblo se atavía con brillo, porque está a la vista de un grande emperador. Van y vienen las túnicas de algodón rojas, doradas, recamadas, negras y blancas, con ruedas de

plumas superpuestas o figuras pintadas. Las caras morenas tienen una impavidez sonriente, todas en el gesto de agradar. Tiemblan en la oreja o la nariz las arracadas pesadas, y en las gargantas los collarettes de ocho hilos, piedras de colores, cascabeles y pinjantes de oro. Sobre los cabellos, negros y lacios, se mecen las plumas al andar. Las piernas musculosas lucen aros metálicos, llevan antiparras de hojas de plata con guarniciones de cuero, cuero de venado amarillo y blanco. Suenan las flexibles sandalias. Algunos calzan zapatones de un cuero como de marta y suela blanca cosida con hilo dorado. En las manos aletea el abigarrado moscador, o se retuerce el bastón en forma de culebra con dientes y ojos de nácar, puño de piel labrada y pomos de pluma. Las pieles, las piedras y metales, la pluma y el algodón confunden sus tintes en un incesante tornasol y—comunicándoles su calidad y finura, hacen de los hombres unos delicados juguetes.

(*Visión de Anahuac (1519). El Convivio.*)

LOS VIENTOS

(Ricardo Rojas.)

Simoun o tempestad, soplo errabundo,
verbo grandioso, formidable empuje,
lleva en su voz el viento cuando muge,
todo el eterno diapasón del mundo:

como los niños llora gemebundo,
o con la voz de los leones ruge;
y si en la entraña de los montes cruje,
tiene la queja del dolor profundo;

en las cuerdas de hierro de una reja
vibra, y errantes músicas semeja;
y cuando el mar a sus impulsos late,

remedan un combate sus rumores,
y resuenan clarines y atambores
sobre el fragor inmenso del combate.

(*La joven literatura hispanoamericana. M. Ugarte.*)

LA PESCA DE ESPINHO

(Miguel de Unamuno.)

La costa portuguesa en este distrito de Aveiro, al sur de Oporto, es de una triste monotonía. Una larga playa baja, de fina arena, y cadenas de dunas coronadas a veces por los pinos, que llegan a mirarse en las aguas. Trechos hay, como este de Espinho, en que el mar avanza, o, mejor, la costa se hunde. A este pueblecito se le está tragando el mar, y muy de prisa.

El canal tiene aquí, por otra parte, algo de campesino; parece como que se ruraliza. Sus lindes se confunden en muchas partes; penetra en la tierra por lenguas de agua. Hacia Estarreja suelen verse velámenes de barcas cruzando un maizal, y en éste, al pie de los árboles, junto a los bueyes, remiendan y arreglan las redes de pesca las mujeres. El campo y el mar verdes, como que se abrazan y mezclan bajo el cielo azul, ofreciéndonos la más fiel imagen de este Portugal campesino y marinero que con los leños de sus bosques aró los más remotos océanos. Y éstas sus largas odiseas,

por mares d'antes nunca navegados,

empezaron, sin duda, por las pesquerías. A los pescadores fué a quienes enseñaron a marear los genoveses, maestros en el arte de los rumbos.

Hay algo de dulce y de manso en este mar, que, aunque a menudo bravío, viene blandamente a besar la tierra y a mezclarse con ella, que no le opone erguidas rocas ni abruptos acantilados. Desembocan en él ríos mansos como el Vouga, y recuerda uno el atrevidamente poético rasgo de Tomás Ribeiro cuando, en su lamentable *D. Jayme*, decía que el mar viene a ahogar su sed angustiosa en el sabroso néctar de los ríos portugueses:

*O mar na terna lida porfiosa,
cansado de correr largos desvíos,
vem aposar a sede angustiosa
no saboroso nectar de teus ríos.*

En esta parte de la costa portuguesa, junto al labrador vive el pescador. Aquél siembra el lino y hace las cuerdas de las redes con que éste pesca, le provee de las maderas para sus barcas.

Aquí, en las arenas de esta playa de Espinho se ven descansar, de proa al mar, las barcas pescadoras. Recuérdanme lo que debieron ser las naves con que los aqueos arribaron a Troya, las naves homéricas. Son, de hecho, como ejemplares sobrevivientes de una especie ya en otras partes extinguida.

Tienen, en efecto, algo de primitivo estas barcas sin quilla, fondo plano como el de las chalanas con su apuntada proa al modo de las góndolas, y en ella una cruz de remate. Viéndolas en tropa, cual extraña bandada de aves en reposo, diseñarse sobre el cielo, acuérdate uno de aquellos

*esqueletos de galeras
que foram descobrir mundos é mares.*

Hay algo de solemne en la suprema sencillez de esta visión para quien lo mira con ojos que recorrieron la historia tragicomarítima de este

Jardim da Europa á beira-mar plantado. (1)

Luego son puestas las barcas en movimiento. Llénanlas con las redes, y, haciéndolas resbalar sobre rodillas, las empujan a las espumosas olas, playa abajo. Los tostados dorsos van apretando contra los costillares de las barcas. Dejan sujeto en la arena el cabo de una de las dos cuerdas de la red. Montan en cada barca unos treinta tripulantes, media docena para tender la red y demás menesteres, y diez o doce a cada uno de los dos grandes remos. Pues dos tiene cada barca, como dos aletas, con un gran ensanchamiento central que hace de estrobo. Y allá van, bogando a alta mar, para arrancarle su sustento, brillando al sol sus bronceadas espaldas, cogidos del remo, como los galeotes, dándose cara media a media docena de hombres en cada uno de los dos remos.

Aléjanse de uno a dos kilómetros—en invierno más, pues en verano la sardina se acerca a la costa—y antes de echar la

(1) Jardim de Europa en la ribera del mar plantado.

red rezan todos piadosamente. En otro tiempo, los tripulantes de las diversas barcas se peleaban por el sitio en que habían de tender la red, y volvían algunos descalabrados de la refriega.

A las tres horas de haber salido, vuelven, trayendo el cabo de la otra cuerda. Y es un espectáculo emocionante, y a las veces solemne, ver a las barcas de levantada proa esperar, con el cuello erguido, olas favorables y embestir luego a la arena entre cascadas de espuma y gritería de los que las esperan. Y luego, a tirar de las dos cuerdas de la red para recogerla.

(Por tierras de Portugal y de España.)

BESTIARIO

(J. Moreno Villa.)

La Lagartija.—Rápida y flexible, uniformada como la milicia moderna, conforme al suelo que pisa. El color verdipardo del dorso es pura medida táctica.

Después de una corta, pero desenfrenada carrera, se para.

Parece que le gusta el sol y el silencio, que mira al cielo y escucha.

Muy lista, muy aseada, de línea coquetona, elegante y fugaz, atrae a los chicos que más tarde serán hombres y que seguirán jugando con limpias, bien dibujadas, coquetonas figurinas y aguantarán la vejez junto a ellas, aunque menos atildadas, menos dibujadas, menos coquetonas y menos fugaces.

El Perro.—Cuando veo a esta llama de atención que es el perro; cuando le veo seguirme con los ojos, saludarme con los brazuelos, espiar, ladrar en mi defensa, mover el rabo alegre a mi llegada, echarse a mis pies hecho un ovillo, todo sumisión; surge al instante en mi memoria la imagen del hombre que, por su voluntad, convertiría en perros a todos los seres que le rodean, a la mujer, al hijo, al inferior jerárquico. Y entonces, me voy al perro y le digo con toda la efusión de que soy capaz:

«Mira, perro, yo no te voy a pegar nunca, ni te voy a suprimir la comida, ni echar de la casa, ni a disminuir mi benevolencia para contigo. No me temas; no seré nunca el supe-

rior. Pórtate como te portarías en mi ausencia. No quiero esclavos ni aduladores.»

Y el perro me tuvo por idiota.

El Faisán.—Nada más peripuesto y lindo que este cortesano: casquete de oro, pechera roja, casaca azul y larga cola, fina como un espadín damasquinado. Todo brillante y pulido.

Pertenece al cuerpo diplomático; sabe la lengua inglesa, silbante, insinuante y la pronuncia en tono bajo. Presume con las damas y juega al *bridge*.

El Antílope.—Es un anarquista de guardarropía. Generalmente le tienen encerrado, pero algunas veces, cuando surgen algaradas y temblores sociales, le vemos salir de una calleja hedionda con su semblante fosco, sus barbas mates y sus greñas sucias, un traje pardo y un coten formidable.

Es una criatura selvática; fuera de la sociedad; atrabiliaria.

El Buho.—El campo está solo y negro. La luz baja, sobre mi mesa, ampara la intimidación. Pálpase el recogimiento; parece que más allá de la luz no hay nada, nadie.

De repente abre el buho, con un puntazo de opaca sonoridad, un boquete en la maciza negrura.

¿Qué dices tú—pobre buho—inmóvil en el manto silencioso de la noche? Una vaga sombra que se aleja es tu voz puntual. ¿Lamento amargo? ¿Ves mucho abriendo los ojazos circulares? ¿Ves más de lo que vemos los tristes en la negrura sin fondo?

¡Pobre buho! Sí, pobre. ¿Por qué no has de serlo? ¿Por qué tu cebo en las vísceras de las bestias y en la carroña de cien días?

¡Nada tienen los hombres, ni los dioses que echarte en cara!

La Hormiga.—¿No te parece que es un expolio eso que estás haciendo del granero?

Y luego, ¿por qué? Por puro afán acaparador.

¡Ah, diligente comunidad, acaparadora y recia de pico; tú consigues que cada sencillote labrador se sienta, por unos instantes, un disolvente Combés!

LAS HORMIGAS AGRICULTORAS

(Joaquín Antonio Uribe.)

La República de las Hormigas es la más perfecta y maravillosa agrupación de seres animados conocida, como también la democracia más bien consolidada. En ella debieran ejercitar sus ojeos los que viven a caza de ideales políticos con qué calentar los cerebros de los patriotas crédulos de ogaño.

Son las Hormigas un pueblo de titanes liliputienses que construyen edificios ciclópeos de la noche a la mañana; de guerreros que tienen alta idea del honor militar, conocen la estrategia y libran batallas en que no se sabe qué admirar más, si la disciplina o el valor; de exploradores audaces que invaden la arboleda y la selva, y vuelven a sus ciudades cargados con el botín de su fructífera campaña con que hinchén sus almacenes y depósitos.

Mas sus costumbres sedentarias y pacíficas sorprenden y embelesan a los amantes de la Naturaleza. Sus industrias hacen de esa nación, enérgica y laboriosa, el más acabado modelo de una asociación democrática y altruista.

No desconocen, en efecto, lo que llamamos industria pecuaria. En sus correrías por los prados, sorprenden debajo de las hojas, donde se resguardan de los ardores del sol, rebaños enteros de Pulgones, insectos que secretan un líquido alimenticio que las Hormigas chupan con deleite; los conducen a las galerías de sus palacios y ahí los guardan y cuidan en establos apropiados. Este es el motivo por el cual Linneo designaba a los Pulgones con la denominación de *Aphis formicarum vacca*. También en sus guerras con los hormigueros vecinos, tras la alegría de la victoria y la humillación de los vencidos, arrebatan a éstos los ganados de sus pesebres los cuales van a enriquecer sus opulentas greyes.

Pero hay más aún. Las Hormigas excavan amplias mansiones subterráneas; preparan convenientemente el terreno, que debe ser húmedo y suficientemente desmenuzado, y luego siembran extensas sementeras de una especie particular de Hongos que abrigados de la luz que los molesta, pues carecen de clorofila, y suavemente templada la atmósfera por un calor

vivificante, a los pocos días ofrecen el cuadro seductor de un hermoso campo cubierto de blancos y sedosos filamentos que llevarán la alegría y la abundancia a los hogares de los laboriosos himenópteros.

La naturaleza dotó a la Hormiga de los instrumentos necesarios para las labores del campo, los que lleva consigo, adheridos a su cuerpo, y consisten en una provisión suficiente de azadones, horquillas, tenazas, pinzas, tijeras y algo más. Con estos recursos a la mano, la vida agrícola es para esos insectos—que jamás conocieron la pereza—una sucesión de goces, incomprensibles para los que como el Hombre, han congeniado más o menos con aquel vicio capital.

Serios y escrupulosos entomólogos han escrito la historia del pueblo labrador que ya conocemos. Pero Huber, «el Hombre de las Hormigas», describió con estilo sencillo sus hazañas guerreras; Dupont de Nemours relató sus novelescas aventuras; Carlos Bonnet dió precisos detalles sobre su astucia y habilidad en la caza de Pulgones; y, últimamente, en 1908, G. Bonnier llamó la atención del mundo sabio sobre sus faenas agrícolas e hizo notar con especialidad que las plantaciones de Hongos no fructifican debido a que el ácido fórmico que dejan escapar la Hormigas impide el desarrollo del micelio o aparato vegetativo de aquellas criptógamas.

Todo lo que nos cuentan de las Hormigas confirma el elogio que de ellas hizo Salomón cuando escribió: «Anda, perezoso, ve la Hormiga y aprende a ser sabio.»

(Cuadros de la Naturaleza.)

VIDAS QUE SE RENUEVAN: EL ESPÍRITU DE GOETHE

(José Enrique Rodó.)

El más alto, perfecto y típico ejemplar de vida progresiva, gobernada por un principio de constante renovación y de aprendizaje infatigable, que nos ofrezca, en lo moderno, la historia natural de los espíritus, es, sin duda, el de Goethe. Ninguna alma más cambiante que aquella, vasta como el mar y como él libérrima e incoercible; ninguna más rica en formas múltiples; pero esta perpetua inquietud y diversidad, lejos de ser movi-

miento vano, dispersión estéril, son el hercúleo trabajo de engrandecimiento y perfección, de una naturaleza dotada, en mayor grado que otra alguna, de la aptitud del cultivo propio; son obra viva en la empresa de erigir lo que él llamaba, con majestuosa imagen, *la pirámide de su existencia*.

Retocar los lineamientos de su personalidad, a la manera del descontentadizo pintor que nunca logra estar en paz con su tela; ganar, a cada paso del tiempo, en extensión, en intensidad, en fuerza, en armonía; y para esto, vencer cotidianamente un límite más; verificar una nueva aleccionadora experiencia; participar, ya por directa impresión, ya por simpatía humana, de un sentimiento ignorado; penetrar una idea desconocida o enigmática, comprender un carácter divergente del propio: tal es la norma de esta vida, que sube, en espiral gigantesca, hasta circunscribir el más amplio y espléndido horizonte que hayan dominado jamás ojos humanos. Por eso, tanto como la inacción que paraliza y enerva, odia la monotonía, la uniformidad, la repetición de sí mismo, que son el modo como la inercia se disfraza de acción. Para su grande espíritu es alto dón del hombre la inconsecuencia, porque habla de la inconsecuencia del que se mejora; y no importan las contradicciones flaqueza, si son las contradicciones del que se depura y rectifica.

(*Motivos de Proteo.*)

EL VIEJO HOMERO

(Juan Montalvo.)

Un anciano estaba bajando a tientas por un cerro del Atica apoyado en un bordón: paso entre paso, en una hora no ha descendido diez toesas. Cada guiño un tropezón, cada hoyo una caída. Ni un perro le guía al infelice, porque es ciego tan desgraciado que el lazarillo fuera en él boato reprensible. Por dicha le importa poco que el sol se ponga: oriente y occidente, mañana y tarde, día y noche, todo es lo mismo para él; sus ojos duermen a la luz, y él anda por el mundo a tienta paredes, hijo de las sombras, cuyo seno conmueve con dolorosos suspiros. Llegó por fin a la ciudad: palpando las murallas, cerca de una tienda, supo que estaba donde oídos humanos

pudieran reconocer la presencia de un hambriento, sediento y desnudo, y levantó la voz y cantó un fragmento de poema. El ciego! exclaman adentro, el ciego de la montaña ha venido! Pide pan en nombre de sus héroes; démoselo en nombre de los dioses: Homero es una bendición en todas partes. Y una mujer caritativa sale, toma al viejo, le entra en su tienda, le da de comer y le abriga con sus propias mantas. Al otro día el ciego besó la mano a su bienhechora, se despidió y se fué a cantar a otra puerta y pedir caridad en otra parte. Había trabajado cuando mozo: fué mercader, corrió mares, visitó puertas: el ciego había sudado la santa gota de la actividad humana, buscando la vida, combatiendo a la muerte, ganando terreno sobre la miseria: fuerza intelectual, fuerza moral, fuerza física estuvieron en continuo movimiento en esa persona dotada de todas las fuerzas; y sin embargo la desgracia, andando sobre él, bien como tigre que se aferra sobre el elefante, le siguió y le devoró sin consumirlo muchos años. Ese antiguo estaba en la última vida como Job: por la inteligencia, la sensibilidad, la virtud y las desgracias, iba a entrar en la categoría de los entes superiores, después de haber vivido siglos en mil formas. Quién negará el influjo de una divinidad recóndita sobre ciertos individuos providenciales? Ni el talento, ni la habilidad, ni el trabajo pueden nada contra su suerte; suerte negra, en cuyos laboratorios no se destilan sino lágrimas para los predilectos de la naturaleza, y vino de Chipre y ambrosía para los hijos de la fortuna.

(*Siete Tratados.*)

CAUPOLICÁN

(Rubén Darío.)

Es algo formidable que vió la vieja raza;
robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
blandiera el brazo de Hércules, o el brazo de Sansón.

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
desjarretar un toro, o extrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Lo vió la luz del día,
lo vió la tarde pálida, lo vió la noche fría,
y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.

«¡El Toquí, el Toquí!» clama la conmovida casta.
Anduvo, anduvo, anduvo. La aurora dijo: «Basta»,
e irguióse la alta frente del gran Caupolicán. (Azul.)

SIMÓN BOLÍVAR

(José Martí.)

SEÑORAS, SEÑORES:

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquel que fué como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalon de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fué el de nuestra redención, su lenguaje fué el de nuestra naturaleza, su cúspide fué la de nuestro continente; su caída, para el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona; ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. Oh, no! En calma no se puede hablar de aquél que no vivió jamás en ella; de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño

y la tiranía descabezaba a los pies! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y en la soledad de sus ejércitos huidos, vió claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujères puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fué aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya que, al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque «es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria»; mujer fué la colombiana, de saya y algodón, que, antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a pelear a veinte mil hombres; mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: «jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes»; mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él; mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas a quien cortaron la cabeza porque bordó de su oro más fino, el uniforme del Libertador; mujeres las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención a Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fué aquel en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de

fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lóbreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado a otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes, era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el Dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebatada. Vencer no es el sello de la divinidad?

(Flor y Lava; fragmento de un discurso.)

DON QUIJOTE SE VA

(Carlos Gagini.)

El jurado que me tocó en suerte presidir aquella tarde estuvo unánime en condenar al acusado: pero hice con tan sólidos argumentos su defensa, que mis colegas—dos artesanos y dos humildes mercachifles—vencidos por «mi elocuencia» acabaron por declararle absuelto. El hecho era de lo más vulgar: dos viajeros llegan a la posada de un pueblecito de Alajuela y se burlan de la ventera que sale a recibirlos; ella contesta y sus palabras pican tan en lo vivo a los dos moce-tones, que desenvainando sus machetes desafían a la mujer a que salga a la calle; ella sin vacilar descuelga el cuchillo de su marido ausente y se dispone a batirse, cuando entra en escena un nuevo personaje. Era un forastero llegado a la posada pocos días antes en compañía de su criado. Según declaración de la ventera, debía de ser muy anciano, acaso centenario, a juzgar por lo apergaminado del rostro, lo enjuto del

cuerpo y el bigote, más que blanco, amarillo como el marfil viejo. Parecía persona culta y comedida y su única ocupación se reducía a pasar los días leyendo de claro en claro y a veces las noches de turbio en turbio, mientras su criado cuya gordura contrastaba cómicamente con la escualidez del amo, huro-neaba por las cocinas. Pidió dicho caballero cortésmente a la mujer el arma que empuñaba y arremetiendo con brío a los dos jayanes les descalabró bonitamente, motivo por el cual fué procesado y habría pagado cara su generosidad si yo no le hubiera defendido como tengo dicho.

.
Cuando volví esa noche a mi casa, situada en las afueras de la ciudad, la luna iluminaba el polvoriento y solitario camino que se dilataba serpeando por el llano como los interminables senderos que cruzan los campos de la Mancha. Frente a mi quinta y en mitad de la callè estaba parado un jinete, y aquella figura inmóvil y rígida allí y a tales horas hizo correr un escalofrío por mis venas. Al acercarme bajó de la silla el extraño personaje e inclinándose ceremoniosamente como los cortesanos de antaño, me habló en estos o parecidos términos: «Descortés fuera yo por todo extremo, y más que descortés, desagradecido, si al irme de este lugar para siempre no viniera a manifestar a vuestra merced cuánto estimo la que me hizo, librándome de las garras de la justicia, si así puede llamarse el dar apariencias de legalidad a los abusos del rico contra el pobre y del poderoso contra el desvalido.»

Sobrecogido por el tono solemne y el estrafalario aspecto de aquel viejo alto y huesudo, apenas me atreví a balbucear: ¿Pero quién es usted?

—¿Quién soy? Yo mismo lo ignoro. ¿Cuál es mi nombre? lo he olvidado. Unos dicen que ha varios siglos me mató un soldado manco y soy ahora un alma en pena; y debe de ser así, porque muchos me llaman el *espíritu de la raza*. Recuerdo apenas que nací en España y vine a estas Indias persiguiendo un ideal que desesperé de hallar en el viejo mundo. Hidalgo nací y mi ley es la justicia, mi religión el honor y mi norte la verdad. La señora de todos mis pensamientos se llama *la felicidad humana*; pero la ha hecho invisible un maligno en-

cantador que me tiene ojeriza, y por encontrarla he acometido las empresas más dificultosas. Puse mi espada al servicio de los pueblos en lucha con los tiranos, procuré levantar con fuerte brazo a la virtud escarnecida por la maldad, a la sabiduría obscurecida por el charlatanismo, a la hidalguía vencida por la mezquindad, a la pobreza insultada por la opulencia: y en donde quiera he visto alzarse triunfantes a los déspotas, a los perversos, a los hipócritas y a los canallas.

Ya el hombre vuelve a ser la fiera primitiva: su ciencia se reduce a destruir; ya no presenta batalla a sus enemigos, pues encuentra más cómodo asesinarlos a mansalva y arrasar las ciudades sin perdonar niños ni mujeres. Honradez, honor, equidad, patriotismo, compasión, abnegación y nobleza son palabras anticuadas o vacías de sentido en nuestra lengua. Sabios, artistas, héroes y santos se llaman hoy *desequilibrados o majaderos*; quien defiende al débil contra el fuerte, es un loco entrometido; quien no exprime a los demás en provecho propio, es un tonto; quien impide a dos malsines que hieran a una mujer, es un criminal.

Los caballeros de antaño tenían un Dios, una patria y una dama; los mercaderes de hoy no tienen más Dios, que el dinero, más patria que el mostrador ni más dama que la bolsa. El centro de gravedad de los griegos y romanos estaba en el cerebro, el de los caballeros medievales en el corazón, el de los burgueses actuales en el estómago. Mi reinado ya pasó: ahora comienza el de Sancho...

Dicho esto el misterioso personaje subió con dificultad sobre su montura y se alejó a buen paso.

—¿A dónde va usted? le grité.

—Me vuelvo a mi aldea, contestó sin volver la cabeza; pero ahí les dejo a mi escudero.

.
P. S.—Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que la primera parte de esta historia es rigurosamente exacta; no puedo asegurarte otro tanto de la segunda, pues yo mismo dudo de su realidad e imagino que todo fué una alucinación provocada por la semejanza de los llanos de Alajuela con los famosos campos de Montiel.

HIJOS DEL NUMEN

(Rafael Cardona.)

Colónidas del Verbo, almas viajeras
que amáis la exploración del infinito:
aún dormita en las vírgenes canteras
bloque sin talla para crear el mito;

Hombres-astros de blondas cabelleras
que amáis pulir los cánticos del rito;
que cuando ansiáis la vida verdadera
a vuestro soplo anímase el granito:

Israelitas del ritmo, a vuestra vista
aún queda vasto campo de conquista
y exploración en la lejana bruma;

sed colónidas d'el: nuncios de aurora;
ha venido Moisés, y os toca ahora
fecundar continentes con la pluma.

EL SABIO

(José Cecilio del Valle.)

En la escala de los seres, el hombre es el primero. En la escala de los hombres, el sabio es el más grande.

El sabio es el que más se aproxima a la Divinidad: el que da honor a la especie y luces a la tierra.

El nacimiento de otros hombres es suceso ordinario, que no influye en las sociedades. El nacimiento de un sabio es época en la historia del género humano.

Cantad himnos de gozo, hombres de todos los países. Ya nació el que ha de manifestar vuestros derechos y dignidad: el que ha de dar conocimientos a los que son desvalidos porque no los tienen: el que ha de escribir para que los hombres no sean tiranos con los hombres: el que ha de iluminar la oscuridad del Africa, ilustrar la India y derramar luces sobre nuestra patria.

Tendiendo la vista por toda la tierra, ve el sabio que después de siglos hay todavía salvajes en ella: ve que hay samo-

yedos y lapones, cafres y hotentotes en el otro continente, omeguas y chaymas, automacuos y guaranos en éste; lacandones y caribes en Guatemala.

El amante de las artes no tiene sentimiento tan profundo viendo manchas en el cuadro más acabado de un genio, como el sabio viendo aquellas hordas en la superficie hermosa del globo.

En el santuario de la sabiduría hace el juramento grande. Oidlo, hombres de todas clases. Jura sacrificar a la ilustración general, todos los momentos de su existencia: reunir todo lo que se ha pensado desde que hay ciencias en el mundo: añadir a la suma de pensamientos creados en los siglos pretéritos, los que él mismo ha de crear en el de su vida: difundirlos por los cuatro cuartos del globo: aumentar las luces en unos puntos, disipar las tinieblas en otros. Es inmenso su trabajo, diarias sus viglias, sin interrupción sus tareas.

Vedlo cogitabundo y abstraído, investigando y observando, revolviendo en la profundidad de la mente alguna teoría útil o algún pensamiento provechoso.

Pide observaciones a todos los individuos y clases: las hace él mismo en uno y otro continente: da vuelta a todo el globo para hacerlas: vela para sorprender a la naturaleza en los momentos en que se deja ver: la fuerza en otros a descubrir sus secretos: examina todos sus seres: recoge todos sus fenómenos.

Humboldt, el hijo amado de la fortuna, poseedor de los dones que ésta regala a sus favoritos, rico y titulado, querido de unos, respetado de otros, sacrificó a las ciencias estos goces pacíficos. Salió del antiguo al Nuevo Mundo y recorrió las dos Américas durmiendo en playas cubiertas de cocodrilos, internándose en bosques poblados de tigres, pisando las nieves de los Andes, subiendo al Chimborazo y trepando al pico de Orizaba, levantando planos y determinando posiciones para conocer este inmenso continente, para desmentir a los que hacían cuadros horrorosos de esta bella mitad de la tierra, para vindicarnos de las injurias de Paw y de los que decían que los americanos estamos condenados a la ignorancia por el influjo del clima.

Lleno de hechos, rico en observaciones, el sabio se retira a la soledad, porque en la soledad es donde el hombre tiene

toda la energía y libertad de su ser; en la soledad es donde el alma, sin pesos que la compriman, se dilata en toda su expansibilidad: en la soledad es donde se produce lo grande, lo perfecto y lo sublime.

Allí medita el sabio: allí desenvuelve sucesivamente todos los siglos; ve en el que precede el germen del que sigue, examina lo presente y se lanza a lo futuro: allí observa la marcha de las sociedades, calcula su movimiento y pronostica su término: allí abraza la naturaleza entera, y humilde primero en la acumulación de detalles, es sublime después en la teoría general del Universo.

APRECIACIÓN JUSTA

(Enrique José Varona.)

Me bastará aducir un ejemplo bien conocido. Tocqueville quiso explicar al mundo antiguo los fenómenos sorprendentes de que era teatro el nuevo; los estudió sin pasión, ni preocupaciones, y antes con simpatía que con despego; sintió admiración por las sólidas virtudes que han puesto el fundamento de ese colosal edificio civil y político; quedó deslumbrado ante esa actividad vertiginosa que parece desbordarse al acaso y produce con admirable tino y precisión los más seguros resultados, poblando soledades inmensas, improvisando ciudades magníficas, cruzando de vías cómodas, seguras, espléndidas, un continente, haciendo manar a raudales la riqueza, el bienestar, la comodidad de todos los ocultos veneros que los celaban o disimulaban a los ojos del hombre; y, sin embargo, no llegó a una apreciación justa y cabal de las grandes fuerzas sociales que veía en acción. No extendió sus inducciones a la esfera intelectual y moral; quiso sacar deductivamente de unos cuantos principios abstractos el desarrollo total de la vida de un pueblo, y se engañó en sus previsiones. Tocqueville condenó a la sociedad americana a la mediocridad en todas las manifestaciones superiores de la existencia social, le negó la posibilidad de llegar a la alta cultura en el orden de la inteligencia y en el de los sentimientos, la sentenció a la esterilidad en el dominio de la producción artística y de la especulación,

atribuyendo a la democracia una fuerza niveladora, funesta a todo cuanto tiende a ponerse de relieve o sobresalir. De entonces acá este juicio ha llegado a ser un lugar común en la pluma de innumerables escritores.

Y, sin embargo, el desenvolvimiento posterior de los Estados Unidos ha sido un continuado mentís a esta sentencia arbitraria. En la esfera de la moral han dado al mundo el espectáculo más hermoso que registra la historia el día en que, a costa del más sangriento sacrificio, llamaron a la vida social a cuatro millones de parias; y un pueblo entero, que había sido su redentor, se aplicó a doctrinarlos y prepararlos para su papel de ciudadanos. En el campo del estudio y de las bellas artes ha sido tan continuo, perseverante y feliz su esfuerzo, que su cultura brilla hoy a la par de la que ostentan los pueblos precursores, herederos de la acumulada labor de tantos siglos. Los centros de la enseñanza superior en los Estados Unidos rivalizan con los primeros de Europa por lo que respecta a la calidad de los estudios, y los superan por la significación y la importancia moral de las instituciones. Lejos de bajarse el nivel de las clases educadas, se ha visto elevarse incesantemente de las capas inferiores a todos los que en ellas tenían aptitud y alientos, y a favorecer y provocar esta ascensión ha tendido y tiende todo su sistema de enseñanza, timbre y gloria purísima de esa democracia.

LA PATRIA

(Emilio Castelar.)

Quiero ser español, y sólo español; yo quiero hablar el idioma de Cervantes; quiero recitar los versos de Calderón; quiero teñir mi fantasía con los matices que llevaban disueltos en sus paletas Murillo y Velázquez; quiero considerar como mis pergaminos de nobleza nacional la historia de Viriato y del Cid; quiero llevar en el escudo de mi patria las naves de los catalanes que conquistaron a Oriente, y las naves de los andaluces que descubrieron el Occidente; quiero ser todo de esta tierra, que aún me parece estrecha; sí, de toda esta tierra, tendida entre los riscos de los Pirineos y las olas del

gaditano mar; de toda esta tierra, ungida, santificada, por las lágrimas que le costara a mi madre mi existencia; de toda esta tierra, redimida, rescatada del extranjero y de sus codicias por el heroísmo de nuestros inmortales abuelos. Y tenedlo entendido de ahora para siempre: yo amo con exaltación a mi patria, y antes que a la libertad, antes que a la República, antes que a la federación, antes que a la democracia, pertenezco a mi adorada España.

(*La Lengua Nacional*. M. de Toro y Gómez.)

DON MAURO FERNÁNDEZ

(Rómulo Tovar.)

De don Mauro poseen ustedes un nombre claro; nosotros, además de esto, poseemos una imagen del hombre. Le conocimos en formas modestas de su vida, le vimos muchas veces pasar a lo largo de las calles de su ciudad y logramos también contemplarle en algunos de aquellos instantes en que, por los hechos que realizaba, este ciudadano adquiriría los títulos por los cuales él ha llegado a hacerse digno de nuestra admiración y a constituir a su vez un ejemplo para muchos, particularmente para los jóvenes.

No es del todo indiferente para nosotros formarnos una idea de cómo era físicamente el hombre a quien en alguna forma rendimos homenaje, y es natural que busquemos su retrato o su busto, porque nos parece que así, las hazañas realizadas por ellos, como que adquieren un valor más hondo de realidad, se trate de palabras, de ideas, o de obras ejecutadas por las manos.

Quién sabe si este deseo por ver al hombre que hizo este libro o este puente o dijo un bello pensar, lo heredamos de los pueblos que han concebido una profunda relación entre la obra del espíritu y el busto del varón que a ésta dió aliento, y que casi formularon como ley la de que lo bello íntimo se manifiesta en bellas formas. Quizá los testimonios no sean del todo numerosos para confirmar el principio, pero cuando se nos enseña a Goethe, sentimos que tenían razón los antiguos hombres, y en general, casi siempre sorprendemos cierto en-

canto en la estatua del hombre dedicado a los bellos trabajos del alma, éstos le proyectan alguna misteriosa claridad que los ennoblece y hasta santifica.

Don Mauro, tal como le conocimos nosotros, era un anciano de mediana estatura y todos sus rasgos concurrían en hacer de él casi un tipo caballeresco. Amplio era su busto, de correctas líneas, de cierta delicadeza que no amenguaba su varonil presencia. Sus movimientos fáciles y armónicos: amaba el ritmo en todo, lo había adquirido en su cultura musical y se servía de él en los salones como en la tribuna, entre los suyos como entre los extraños. Sus cabellos eran blancos, su semblante pálido, de una sugestiva palidez de mármol; sus ojos no muy grandes, de brillante y poderosa mirada; los detalles de su semblante acusaban un carácter sin asperezas, mas lleno de voluntad y de firmeza; tenía una expresión de singular dignidad, de majestad y de poder. Su voz suave, melodiosa, poseía tonos para todos los sentimientos y para todas las expresiones. La mayor parte de sus retratos le dan un aire de pensador, hundido en laboriosas meditaciones; quizá haya sido elegida tal actitud por él: buscaba siempre aquello que diera respeto a su persona, y como todo hombre de cierta naturaleza y del mismo temple que el suyo, rechazaba aquellas formas que no estuvieran en armonía con el respeto debido al individuo. A pesar de esa actitud un tanto impuesta, brota de los ojos de algunos de sus retratos una suave luz apenas perceptible que era la de su ternura inmensa cuando tenía cerca de sí a los pequeños y a los humildes. Sus maneras fueron corteses y hasta ceremoniosas. De joven era muy agraciado; su contextura fué un poco débil; tenía su frente la misma palidez del hombre de estudio y de meditación, su cabello negro y sedoso, su temperamento inquieto: persona de costumbres sanas, cuidadoso de sí en extremo grado, social y atento con naturalidad y soltura.

El retrato que está aquí en este salón representa a don Mauro preparándose para pronunciar un discurso: observad qué actitud de hombre, qué dominio de sí mismo grita el más simple de sus gestos, qué elegancia hay en el orador; dentro de poco nos figuramos que comenzará su discurso en voz

clara y serena, y seguirá así hasta el fin como un maestro que hace ejecutar una obra musical: habrá momentos de exaltación, de pronto se escucharán palabras de fuego, combativas y enérgicas; muchos al oírle perderán el equilibrio, pero él, así que ha desatado el rayo, sonreirá apaciblemente y continuará hablando en tono suave y amable. En esto estaba su fuerza, en ese control casi absoluto con que él se gobernaba a sí mismo; había querido ser bello sin vanidad, para darle a su espíritu una residencia digna y lo consiguió al cabo, de tal modo, que en su vejez parecía un joven dotado de bellas gracias.

El llamaba al cuerpo la bestia; quería que se le educara; él logró refrenarla hábilmente y es en ese sentido que os lo presento—al daros noticia de su aspecto físico—como un ejemplo de disciplina no sólo en las cosas del alma sino en los intereses del cuerpo.

Oh! pero en lo de cultivar el espíritu, sí que fué un maestro. Perteneció a una generación de modestos recursos para su cultura y sin embargo se dijera que por él hablaba una tradición larga de civilización mental; pero no podríamos engañarnos: todo lo que él fué lo debió a sí mismo. No quiero ser injusto pasando por encima del recuerdo de su noble madre, a quien él creía deberle su preciosa fortuna. Efectivamente esa bella mujer comprendió lo que había en su hijo y estuvo siempre a su lado cuidando de su destino: la fuerza que había en él y el culto a su madre le dieron el secreto de su vida, y se hizo grande porque en estas dos cosas él fué un devoto leal y ferviente.

Para decir cómo era la devoción sentida por su madre, él repetía las palabras del insigne italiano: «Aquí abajo, nada sustituye a una buena madre. A ella le debo lo que tengo y lo que soy: me parece que ella todavía vigila mis actos, por eso, siempre antes de emprender una buena obra me pregunto: ¿le gustará esto a mi madre?»

Su educación es casi cabal; conoció varias lenguas extranjeras, penetró en los secretos de la música, era un lector asiduo de la bella y eterna literatura, viajó a la manera de los antiguos con el afán de buscar en los pueblos sabios los mis-

terios de la sabiduría; escribía con elegancia, hablaba con do-
naire, hizo discursos que honran al país y cuando pensaba en
altas ideas parecía un viejo filósofo de una poderosa raza.

(Palabras dichas a los alumnos de la Escuela Normal el 22 de noviembre de 1916; fragmento.)

EJEMPLARIO

(Eugenio D'Ors.)

Cualquier trabajador puede tener por patrón a Bernardo Palissy, el gran artesano. Este es quien mejor llegó a la grandeza, y llegó a las más elevadas maneras de ser que se alcan-
cen en el mundo: magnífico artista, sabio inventor, maestro de ciencia, escritor de nombradía, hombre de sociedad, a su ma-
nera, y aun de sociedad cortesana y selectísima, y héroe de la vida religiosa, ejemplo y espejo de conciencias, sin dejar nunca de ser artesano—pero precisamente por serlo siempre y por haber realizado bellas invenciones dentro de su oficio, y llevado el mismo a una perfección soberana. Él no mudó de menester más que lo necesario para pasar de artesano en vi-
drios de color, que fué en sus comienzos, a artesano de la cerámica, que fué más tarde, y que continuó siendo toda su vida. Pero, puesto en menester de ceramista, se elevó del tra-
bajo de la fayenza al de la porcelana. Y volvió a encontrar el secreto de las pastas más finas y gentiles, secreto que habían poseído los chinos y que se había perdido más tarde. Traba-
jaba en un horno para cocer sus tierras, y allí, siempre bus-
cando, siempre buscando, encontró al fin. Como no conocía otro afán que el de esas invenciones, tuviéronle sus vecinos por orate acabado. Un día, como practicase una de sus coccio-
nes, quemó el techo de la casa. Él y los suyos pasaron por largos años de miseria. Triunfó por fin: fabricó las pastas más bellas que jamás hubiesen visto ojos de hombre en tierras de Occidente. Entonces fué cuando aun de inventor, subió a ar-
tista. Dió vida, en las materias por él mismo inventadas, a mil perfectas obras de arte. Las decoraba con las figuras de los animalillos más variados: caracoles, lagartos, peces coloreados que lucían en maravillosos reflejos. Para cumplir este trabajo, el artista quiso ser más aún: quiso ser sabio, y estudió aplica-

damente la naturaleza y las ciencias de la naturaleza. Y después fué, además, escritor, porque redactó en forma sabrosa las reglas de su arte y su proyecto de embellecimiento de jardines y los recuerdos de su vida. Y a los cabos de ésta se hundió en la Biblia, y, como era tiempo de luchas religiosas en Francia, Bernardo Palissy fué perseguido por su fe y le encerraron en un castillo, y así, por su fe, fué mártir. Como desde hacía algún tiempo frecuentaba la Corte y el rey le tenía cariño, acudió éste a visitarle en la prisión, y parece (y esto lo dice, si no la historia, la buena leyenda) que le ofrecía la libertad a precio de una abjuración, aunque sólo fuese aparente, de su creencia. La contestación de Palissy fué digna de su perfecta conciencia de artesano. Rehusó altivamente. Porque había trabajado su conciencia como una de sus obras de arte. Y no por dinero las hacía sino por amor a su oficio, y a la perfección de su oficio y a los resultados de su oficio.

(Aprendizaje y heroísmo. El Convivio.)

PASCAL INVENTA LA GEOMETRÍA

(Xenius.)

La anécdota es clásica. El padre de Pascal tenía formado para la educación de su hijo, un rígido plan: hasta los diez años, las lenguas exclusivamente; luego, de los diez años, y una vez bien sabidas las lenguas, las matemáticas. Y como sea que el niño, en su ardiente precocísima curiosidad, manifestase ya veleidades por éstas, el padre, en castigo y prevención, le encerró, sin más libros que los de los estudios gramaticales. Sin embargo, al cabo de dos días, la amorosa hermana encontróle cuando con tiza estaba dibujando en la pared complicadas figuras. Pascal, sin aprendizaje, sin libros, sin instrumentos, con la única fuerza de su reflexión genial, había vuelto a inventar la Geometría; encontrando, él solo, más de la mitad de las proposiciones de Euclides.

La anécdota es clásica, digo, y da hoy a la *Flos Sophorum* un maravilloso olor violento. Pero dista mucho de ser ejemplar. En principio, las cosas de ciencia, una vez inventadas, no han de volver a inventarse. La colaboración de la obra insigne

de los pasados es lo que permite a los trabajadores de cada día la economía de esfuerzos, con la cual pueden darse en seguida a nuevas adquisiciones. El sabio no vive en su ciencia como Robinson en su isla; antes como ciudadano, en república de buen regimiento... Nosotros hemos predicado esas verdades y nos hemos esforzado en traerlas al ánimo de las gentes.

Pero ahora queremos decir que también deberíamos guardarnos de entenderlas en un sentido demasiado riguroso. El verdadero sabio ha dado siempre una parte de su energía, a lo menos en los años primerizos, a algunos esfuerzos, inútiles en apariencia pero que tienen oscuramente una misteriosa gimnástica utilidad para la formación del espíritu y de su pujanza. A menudo, unos mismos conocimientos pueden adquirirse en un libro difícil y en un manual llano y divertido; pero el ganarlos por el primer medio tendrá más virtud estimulante. Asimismo, el dolor que se emplea en resolver, por medio de la labor propia lo que pasivamente podría encontrarse en un libro, no es perdido del todo.

El valor de la caza es superior al de la liebre. Ya sabemos que en la ciencia hay una parte de trabajo, pero también una buena parte de *juego*, de energía puesta en acción con independencia del resultado.

Pascal, inventando a solas la Geometría en la cámara en que le ha encerrado su padre, juega, a nuestros ojos, un juego trágico y divino.

(*Flos Sophorum.*)

PERFIL DE BOLÍVAR

(Juan Montalvo.)

Bolívar no era blanco, mas de tez curtida al sol del ecuador, moreno aristocrático, algo como la resultante del mármol y el bronce que figuran los bustos de los emperadores romanos; rostro, bajo cuya epidermis corría ardiente el caudal de su noble sangre. Tampoco era rubio como Escipión, sino de pelo negro y ensortijado, semejante al de lord Byron, pelo rico y floreciente, que en graciosos anillos de ébano se cuelga hacia las sienes del poeta; mas que el guerrero tiene cuidado

de atusar, como quien sabe que nada de femenino conviene al heroísmo.

Los poetas pudieran llevar hasta airón en la cabeza y ajorcas al tobillo sin que estos preciosos arrequives desdijeran de sus ocupaciones: las musas traen corona de rosas, y Apolo, si bien flechero, no desdeña los adornos de la hermosura. Al hijo de la guerra le conviene rígido continente, varonil, temible, con cierta insolencia elevada, que de ninguna manera pase a brutalidad, pues el crudo afán de las armas es muy avenidero con los primores de la cultura. Palas no es cerril, es austera: su belleza marcial impone respeto, y no excluye el amor. Quisiera yo saber cómo se hubiera presentado Bolívar a Napoleón: estas dos águilas se habrían arrancado mutuamente el alma de una mirada, como el héroe del poema que con los ojos escudriña el centro de la naturaleza. Desdeñaría Napoleón a Bolívar, si viviesen aún? No lo creo. Se inclinaría Bolívar hasta el suelo, puesta la mano en el pecho? Imposible. Si estos hombres se echan los brazos al cuello, esas dos almas refundidas en una, hacen rebosar el universo.

(*Siete Tratados.*)

COLÓN

(Antonio Zambrana.)

Colón pertenece al pequeño grupo grandioso: los héroes del género humano; los excelsos representantes de la especie. Nació en Italia: la marina española lo cuenta entre sus Almirantes; pero ni Italia ni España pretenden ni podrían tenerle por gloria nacional: su sombra no cabe en las dos naciones reunidas.

No es, por otra parte, un marino, ni un soldado, ni un gobernante ilustre, ni siquiera un sabio. Colón no es de los hombres que por el camino de las menudas investigaciones, tras largas veladas, después de cansarse la vista observando, y la inteligencia analizando el resultado de sus observaciones, llegan al fin de sus anhelos, a la tierra de promisión de las soluciones felices; es del corto número de los grandes iluminados. Ciencia no le faltaba; perseverancia, obstinación, voluntad firme, ya las mostrará más adelante, cuando llegue la ejecución

de su empeño: lo primero que muestra es la intuición pasmosa, el sentido como divinadorio y la fe sublime del genio; con la luz que alumbró su pensamiento tratará de alumbrar la ignorancia y las preocupaciones que, ¡oh prodigio! intenta poner al servicio de su convicción; con su fe invencible producirá el contagio de su idea y de su esperanza en pechos y en entendimientos que no estaban llamados a albergarlas. Es una de las grandes tristezas de la Historia; se oprime el corazón; nos sentimos acongojados y llorosos al ver marchar con el recuerdo, al grande hombre, poderoso mendigo! de Corte en Corte, de tierra en tierra, por el Continente europeo, tendiendo la mano para pedir el oro de su empresa, cuando lleva en su idea, en su intuición, en los pliegues de su voluntad, algo que sobrepuja los tesoros de «Las mil y una noches»: la realización del cuento de hadas más prodigioso que concibió la humana fantasía. Con melancólica mirada seguimos al peregrino sudoroso y fatigado; con agonía lo vemos luchando con esa forma de la ignorancia que se llama ciencia oficial, que por sus macizos soportes y soberbia satánica, es la ignorancia más oscura y la más difícil de vencer; pero con gozo inefable vemos también, de súbito, levantarse junto a la figura del genio próximo a la derrota, otra figura, otra personalidad, destinada a compartir con él la inmortalidad de su triunfo: como quien llega al venturoso desenlace de hechicera y semi-trágica ficción poética, que ya con sus peripecias nos desgarraba el pecho, vemos asomar el momento de oro en que una gran reina sale, como por providencial acaso, al encuentro del genio, cercano ya al abatimiento: ese momento es un momento de júbilo para el género humano, es la reversión de una de las más pavorosas catástrofes que se han conjurado en la Historia, y nosotros todos—¿cómo no hemos de decirlo con orgullo?—pero principalmente toda mujer de nuestra raza, al recordar a Colón peregrino y errante, tiene que sentir en las sienes la frescura del laurel olímpico que ciñe para siempre la memoria de la magnánima Isabel.

Ella hizo que el sueño de aquel visionario fuera una realidad. Ella hizo que pudiera intentarse aquella aventura inaudita que da a pensar, a un tiempo, en las proezas legendarias

del Cid y en las quiméricas empresas de don Quijote. Sólo que esta vez el león no se contentaba con volver las grupas al héroe: el combate iba a verificarse; el océano espumoso, ignoto, inmenso, armado con sus oleajes, con sus abismos, con sus corrientes y sus vientos desconocidos, iba a tener de veras bajo sus garras y entre sus fauces al paladín sin miedo. Por el mar conocido, planificado, detallado a la manera de un camino público, con los recursos de que la ciencia dispone hoy contra las sorpresas y los asaltos de la ola y el viento, el viaje triunfal de las tres carabelas simbólicas que vinieron a América para solemnizar la memoria augusta del primer viaje, y que no pudieron ser idénticas en lo frágil, en lo desarmado, en lo humilde a las tres de entonces; con todo eso, digo, el viaje de ahora no dejó de verificarse con precauciones, con medidas de protección, con el amparo de otras embarcaciones capaces de protegerlas en el caso de algún accidente. La gallardía del primer viaje apenas puede repetirse con la imaginación, y no sin que sufra vértigos la misma fantasía. Pensad los que me leéis en aquella salida de Palos de Moguer, y decidme si hubo jamás en los sueños de la poesía, en las exageraciones de la leyenda, en las ficciones mitológicas, algo que supere al grupo de insensatos que van así a meterse en los senos de la aventura casi inconcebible. Si mañana, por caso no previsto, un sabio que reuniera, concentrara e hiciera dar nuevo y gigantesco paso a toda la sabiduría actual del mundo, propusiera viaje por las regiones del espacio a otro planeta de nuestro sistema,—a Marte o a Saturno,—y si en la endeble barquilla del aerostato para la navegación temeraria encontrase compañeros, y si estos compañeros fueran hombres que participaran de su audacia, pero que no pudieran participar de la intuición de su genio, ni de las confianzas de su ciencia, todavía ese viaje increíble y maravilloso, tendría un término conocido, una marcha marcada a través de un medio menos misterioso hoy que lo era en el siglo xv el océano atlántico; todavía habría menos solemnidad en la despedida, menos grandeza épica en la resolución, carácter menos sublime en el intento, que en aquella arrancada de Palos de Moguer de las tres carabelas inolvidables que van,—palomas de alas sedosas

y breves,—a tender el vuelo que para los alciones es locura. Ya parten, ya se inflan sus velas, ya se alejan, ya apenas se divisan, ya se pierden de vista. Cómo debió brotar entonces de las playas de la España creyente e idealista, cómo debió surgir de aquellas arenas, en que quedaron las madres y las prometidas, el himno sonoro, uno de los más grandiosos que han llenado el espacio: «Que Dios las acompañe!»

Por eso, bien podemos decirlo, aunque sin la pretensión ridícula de monopolizarlo: Colón es una gloria nuestra. En un momento crítico de la Historia, nuestra raza y él se comprendieron y se aceptaron mutuamente. Adopción inolvidable que ha dilatado el planeta! El tenía, al menos, ya lo dije antes, la fe de su genio: una claridad privilegiada, a la manera de un ángel que llevase una estrella en la mano, marchaba delante de su pensamiento, disipando las tinieblas del abismo: pero aquellos marineros que lo seguían, tan sencillos, tan inexpertos, digámoslo en honor suyo, tan ignorantes,—esos tuvieron la fe que faltó a Pedro para caminar sobre las olas detrás del Redentor. El Océano sin límites; después, al llegar, la selva semejante al Océano; aquellos ríos como mares, aquella raza extraña, aquellos precipicios, aquellos volcanes,—nada los arredró, colocando sobre la erguida cumbre de los Andes la bandera de España, y partiendo con ella como en dos mitades, partiendo con ella como en dos hemisferios distintos el horizonte de la Historia.

El nombre de Colón cifra y expone esas ideas. Gloria de Italia, en cuyo suelo se mecía su cuna; de Italia, donde Garibaldi hubiera sido capaz de emular las aventuras maravillosas de nuestros Corteses y Pizarros; donde nació Miguel Angel, el único digno de levantar la estatua del grande hombre, y Dante, el único digno de cantarlo. Gloria de nuestra raza, que le dió en el Cid y en el Quijote sus dechados, en los marineros de Moguer sus colaboradores, en la reina Isabel su providencia, con su bandera sombra, con sus premios aliento, con la conquista la fecundidad de su obra, Colón, he de repetirlo al concluir, es una gloria humana: tal es el sello y el verdadero carácter de su grandeza. Este Continente prodigioso; el de los montes altos, el de los bosques densos, el de los an-

chos ríos, el de los pechos fuertes, es el pedestal del monumento que la Historia erige para su recuerdo; pero de todos los pueblos, de todas las zonas, de todas las castas han de levantarse los homenajes y los laureles de su triunfo. Su heroísmo en sufrir, en trabajar, en arrostrarlo todo: las privaciones, la miseria honda, la humillación cotidiana, la muerte misma, para la victoria de su idea, es, no después de su genio, sino con su genio, lo que hace deveras incomparable su grandeza. La Historia no recuerda otro caso de una inteligencia tan alta, puesta en conjunción con un carácter tan noble y vigoroso. Colón es una estrella doble. Es un granito que parece hecho de luz. Por su entendimiento es incomparable en su época. Por su voluntad es incomprensible en la nuestra. Todas las conquistas de la ciencia se muestran pequeñas cuando se las compara con la suya; todas las hazañas de los grandes capitanes resultan baladíes en comparación con sus hazañas. Luchó con lo imposible; venció el Océano inmenso; extendió el mundo; prolongó la sombra de la cruz sobre todo el planeta; hizo al género humano, en conjunto, un servicio como divino; que muriera definitivamente cuando cerró los ojos, lo juzgamos imposible; bronce como el de su inteligencia, oro como el de su voluntad, son metales imperecederos. Su nombre es un estímulo perenne, su ejemplo una lección imborrable; su apotheosis, uno de los raros casos en que la Humanidad se yergue altiva, y aliviada de sus desmayos y sus pesimismoes, olvidada de su concupiscencia, consciente de su fuerza, retemplada en la religión de lo ideal, exclama con alboroso: *Ecce homo!*

(La Poesía de la Historia.)

CUÁNDO PROGRESAN LOS PUEBLOS

(Ramiro de Maeztu.)

En términos generales, puede afirmarse que cuando las fuerzas gobernantes de un pueblo se interesan por las cosas que interesan a sus hombres más inteligentes, ese pueblo progresa, pero cuando las fuerzas gobernantes de un pueblo cesan de interesarse por las cosas que interesan a sus hombres más inteligentes, ese pueblo decae.

Al enunciar esta proposición no hago más que repetir la tesis platónica de que los guardianes de un pueblo deben ser al mismo tiempo filósofos y guerreros, es decir, deben unir para el servicio público la razón y la fuerza. De poco sirve a un pueblo la posesión de intelectuales si no les hace caso. Y los pueblos no hacen caso de los intelectuales sino cuando las fuerzas gobernantes ponen su fuerza a su servicio y se establece en alguna forma la unión de la inteligencia y de la fuerza.

Yo no creo que la grandeza de la civilización helénica se deba meramente a haber producido las ciudades griegas las cabezas más claras de la antigüedad. Creo que esas cabezas habrían sido estériles de no haberse contado entre los discípulos de los sofistas, de Platón y de Aristóteles, los hombres de más influencia de la Hélade, desde Pericles y Jenofonte hasta Alejandro el Magno. Florencia no fué grande por haber sido la cuna de los hombres en que personificamos el Renacimiento. Florencia fué grande porque estos hallaron el apoyo de los hombres más influyentes, tanto del *popolo grasso* como del *popolo minuto*, porque todos quisieron que fuese grande.

Ya sé que esta tesis favorable a la unión de la inteligencia y de la fuerza ha encontrado en Inglaterra sus mayores impugnadores.

Henry Thomas Buckle, por ejemplo, escribió su «Historia de la civilización en Inglaterra» con la pretensión de demostrar que a la inteligencia no le convenía la protección de los Gobiernos, sino únicamente que se la dejara en libertad. Buckle sostiene que la literatura inglesa ha sido tan pujante porque nadie se ha cuidado de protegerla. «Guillermo de Orange era extraño a ella. La reina Ana no se interesó en ella; Jorge I no hablaba inglés; Jorge II lo hablaba mal.»

Y es verdad que los monarcas ingleses de los siglos XVIII y XIX no se han interesado gran cosa por las cosas del espíritu, pero en cambio la historia de Inglaterra ofrece el ejemplo, único en el mundo, de que todos sus reyes fueron durante dos siglos, el XVI y XVII, hombres de excepcional cultura y, por lo tanto, protectores de las ciencias y de las letras. Lo fué Enrique VII; Enrique VIII, cuyo advenimiento al trono fué saludado por Erasmo como el triunfo del Renacimiento, poseía

una cultura muy superior a la de sus grandes rivales Francisco de Francia y Carlos V de Alemania y I de España; la reina Isabel leía el griego, el latín, el francés y el alemán; Diego I fué un sabio cumplido; Carlos I un teólogo; Carlos II un químico y fundador de la Royal Society.

Cuando los reyes ingleses dejaron de ser hombres de estudio, los nobles siguieron siéndolo, por impulso adquirido, hasta mediados del siglo xix.

Es sólo ahora cuando se advierte desvío entre las clases gobernantes de Inglaterra respecto de la cultura desinteresada y cuando se desconfía de Lord Haldame, porque es un conoecedor de la filosofía alemana, y de Balfour y de Lord Rosebery, porque son intelectuales, y cuando Balfour es sustituido en la jefatura de los conservadores, por Bonar Law, el tipo del hombre de negocios, y cuando los liberales reemplazan la tradición cultural que encarnaba en Gladstone por la influencia de Lloyd-George, que tiene la inteligencia media del hombre de la calle.

Ello quiere decir que Inglaterra ha estado atravesando una mala época, de la que saldrá curada gracias a las costosas lecciones de la guerra. Pero el principio general queda en pie. Los pueblos progresan cuando producen hombres inteligentes y los amparan con la fuerza gobernante. Y si no, no.

(*Nuevo Mundo*, Madrid.)

LA HORA DE LA DUDA

(Enrique José Varona.)

Nació Emerson en Boston, centro famoso de cultura en los Estados Unidos, de vieja cepa americana, en una familia consagrada por ambas ramas al ministerio sacerdotal, es decir, perteneciente a una de las clases más morigeradas e ilustradas de la Unión. Todo en torno suyo parecía dispuesto para trazarle un camino recto que lo llevara sin tropiezos ni desviaciones a través de la vida, por esa línea media por donde, en las épocas tranquilas, va sin grandes angustias ni grandes aspiraciones el común de las gentes. Ni exacerbaron, ni embotaron su sensibilidad choques demasiado vigorosos, jamás convenientes

en edad temprana, y pudo conservarla intacta y exquisita, —pues así se la había dispensado la Naturaleza,—para recibir el benéfico influjo de las cosas buenas, fáciles de encontrar en lo que le rodeaba, y la influencia fecundante de las cosas bellas, que sabría descubrir por genial propensión en los objetos naturales y en las acciones humanas. Comenzó a tiempo el cultivo de su inteligencia accesible, vivaz y profunda, y a prepararse para el servicio de la Iglesia Unitaria, para la predicación y la enseñanza, en el seno de una comunidad religiosa que se distinguía por la elevación de sus propósitos, por la escrupulosidad en la práctica, por la sobriedad y buen sentido de la doctrina, y en su tiempo particularmente por el espíritu filosófico que animaba a sus maestros y por el mérito personal de éstos. Los unitarios estimaban, casi a la par de un dogma, la libertad de investigación y examen, y tenían por bajeza de ánimo retroceder ante las consecuencias de ninguna pesquisa sinceramente conducida.

.....

Toda honrada convicción es allí respetada; para toda actividad hay campo y cooperación; para el que sobresale hay aplauso y premio, porque sus servicios han de ser más eminentes. La tarea de la vida resulta así mucho más fácil. Emerson la emprendió sereno y activo. Cuando llegó para él (¿para quién no?) la hora de la duda; cuando en un recodo de la senda, hasta entonces llana, descubrió escabrosidades que no sospechaba y más de un camino para llegar al fin no bien percibido, el alto no tuvo que ser duradero, ni la consulta prolongada: juzgó uno mejor, y lo siguió sin vacilar, aunque cambiando de dirección. Los que lo acompañaban hasta allí, lo dejaron ir y lo siguieron acompañando con su respeto. Ni concebía, ni era fácil concibiera, al hombre digno sin la sinceridad en la palabra y en la acción. Por eso ha dicho y enseñado de un modo tan enérgico: «Dí lo que piensas hoy con palabra segura, y dí mañana, con igual seguridad, lo que pienses mañana, aunque contradiga todo lo que has dicho hoy.» Cuando llegó el momento, Emerson declaró su contradicción y la demostró con sus acciones. Merece que recordemos el caso.

Ejercía su ministerio, querido y respetado por todos aquellos

a quienes edificaba con la palabra y el ejemplo; pero su espíritu continuaba su poderosa evolución, y pronto descubrió que negaba su asentimiento a algunas de las prácticas más antiguas y de los ritos más significativos de su iglesia. Procuró con prudencia y decisión su reforma, pero fué en vano: sus cosecarios permanecieron apegados a lo estatuido. Los convocó entonces, les expuso en términos sencillos y elocuentes su disentimiento, se despidió de ellos con ternura y dejó el ministerio. «En mis funciones de ministro cristiano—les dijo,—es mi deseo no hacer nada que no pueda hacer de todo corazón. Con deciros esto, os lo he dicho todo.» Palabras admirables que nos descubren al hombre y nos pintan todo un estado de civilización.

(Emerson; fragmento. El Convivio.)

DEL QUIJOTISMO

(Joaquín García Monge.)

No olvidar los consejos.

El cumplimiento de la palabra a todo gusto se antepone. Aun cuando el mundo de Haldudos esté lleno, creer que los caballeros nos cumplen los juramentos, respetan nuestros mandatos tan pronto como bajemos el brazo castigador o nos alejemos.

No quitar la honra a nadie.

Perdonar las ofensas.

No está bien comenzar empresa nueva sin concluir la anterior.

Ennoblecere hasta lo más grosero.

Conformidad con el destino. Sólo ante los juicios de Dios se rinde el caballero. Confianza en la justicia divina sobre la terrenal.

Temeraria, decidida confianza en sí. ¿Quién dijo miedo? Triunfa quien cuente con la ayuda de los quijotistas. Cuando el quijotista se resuelve a proceder, ni oye, ni vuelve a ver, ni siente pedradas. Nada detiene al caballero, ni lágrimas ni ruegos. Ante el tuerto no hay palabras blandas que lo detengan.

En las cosas del fuero interno, íntimas, cada uno es su propio caballero. No es necesario que lo armen tal.

Guardar nuestros fueros internos de la curiosidad y maldad del prójimo. Si el caballero no quiere verse menospreciado del vulgo, no intime con él.

Con el quijotismo se sirve a Dios.

El quijotismo siempre guía. Es raro que renuncie este privilegio en manos del sanchopancismo.

Para el caballero, ante todo, el dictado de la conciencia.

En todo, comedido ha de ser el caballero.

Rechaza el caballero toda suerte de adulación.

No concibe el caballero gente forzada. ¡Libertad! ¡Libertad!, el mayor de los bienes.

El quijotista intente ascender, aun cuando los demás, los prójimos y las cosas, lo aten a este bajo suelo.

El quijotismo va a caballo. ¡Noble símbolo!

*

Sancho y los pastores con cierta melancolía confiesan que no saben leer ni escribir. El pastor Antonio sí sabe y además canta; con lo que ha adquirido ya cierto señorío.

Canta de tal manera que encanta. La voz, el canto se estiman mucho en el *Quijote*. La buena voz, como un don del cielo, atrae, seduce, le da merecimientos a quien la posee.

*

Los galeotes se benefician con el ideal que se vive, pero no lo comprenden. Terrible cosa esta de redimir a villanos.

El villano no entiende el ideal y menos, si en él no ve el beneficio inmediato.

*

No influye el libro si no se cree en él, si no se tiene por cierto lo que en él se lee.

Por las lecturas puede apreciarse la alteza de un entendimiento.

* *

Nada se hace si no creemos verdad las soñadas invenciones. Todo, todo participa de nuestro alborozo cuando hemos realizado algo de lo que soñamos.

Creerse necesario. Aun las apariencias nos sugieren la idea de que se necesita de nosotros, de nuestro favor y ayuda.

Sobrevengan desventuras, pero no nos falten el esfuerzo y el ánimo. Don Quijote quiere que con él compartan los demás su optimismo, su humildad, su resignación.

Entreguémonos al misterioso Destino, a do quiera llevarnos, al querer de Rocinante.

No nos descubramos así, de cualquier modo. Descubrámonos ante quien no nos conozca con una hazaña.

¿Que no hay ambiente? Pues aprendamos a velar nuestras armas en el patio de cualquier venta. Bástenos la ilusión de que es castillo. Y abrámosle la cabeza en cuatro a todo arriero que por darle de beber a sus mulos, atropella lo que más amamos y defendemos.

Afortunado aquel de quien se diga: «Si no acabó grandes cosas, murió por acometerlas.»

(Cervantes en Costa Rica, 1916.)

LOS VIEJOS

(Azorín.)

Estos son unos viejos, muy viejos. Llevan un pantalón negro, un chaleco negro, una chaqueta negra de terciopelo. Esta chaqueta es muy corta. Ya casi no quedan en el pueblo más chaquetas cortas que las de estos viejos labriegos. Van encorvados un poco y se apoyan en cayados amarillos. ¿En qué piensan estos viejos? ¿Qué hacen estos viejos? Al anochecer salen a la huerta y se sientan sobre unas piedras blancas. Cuando se han sentado en las piedras permanecen un rato en silencio; luego, tal vez uno tose; otro levanta la mano y golpea con ella abierta la vuelta del cayado; otro apoya los brazos cruzados sobre el bastón e inclina la cabeza pensativo... Estos viejos han visto sucederse las generaciones; las casas que ellos vieron construir están ya viejas, como ellos. Y ellos salen a la huerta y se sientan en sus piedras blancas.

Va anocheciendo. El pueblo luce intensamente dorado por

los resplandores del ocaso; las palmeras y los cipreses de los huertos se recortan sobre el azul pálido; la luna resalta blanca.

Y un viejo levanta la cabeza y dice:

—La luna está en creciente.

—El día 17—observa otro—será la luna llena.

—Haber si llueve antes de la vendimia—replica un tercero—y la uva reverdece.

Y todos vuelven a callar.

Cierra la noche; un viento ligero mece las palmeras que destacan en el cielo fuliginoso. Un viejo mira hacia poniente. Este viejo está completamente afeitado, como todos; sus ojos son grises, blandos; en su cara afilada, los labios aparecen sumidos y le prestan un gesto de bondad picaresca. Este viejo es el más viejo de todos; cuando camina agachado sobre su palo lleva la mano izquierda puesta sobre la espalda. Mira hacia poniente y dice:

—El año 60 hizo un viento grande que derribó una palmera.

—Yo la ví—contesta otro;—cayó sobre la pared del huerto y abrió un boquete.

—Era una palmera muy alta.

—Sí, era una palmera muy alta.

Se hace otra larga pausa. Los murciélagos revuelan calladamente; brillan las luces en el pueblo. Entonces el viejo más viejo da dos golpes en el suelo con el cayado, y se levanta.

—Se marcha usted?

—Sí; ya es tarde.

—Entonces nos marcharemos todos.

Y todos se levantan de sus piedras blancas y se van al pueblo, un poco encorvados, silenciosos.

(Antonio Azorín.)

HUMILDAD

(Francisco Villalpessa.)

Ten un poco de amor para las cosas:
para el musgo que calma tu fatiga,
para la fuente que tu sed mitiga,
para las piedras, y para las rosas.

En todo encontrarás una belleza
virginal y un placer desconocido...
Ritma tu corazón con el latido
del corazón de la Naturaleza.

Recibe como un santo sacramento
el perfume y la luz que te da el viento...
Quién sabe si su amor en él te envía

Aquél que la vida ha transformado...
Y sé humilde y recuerda que algún día
te ha de cubrir la tierra que has pisado.

EL OUDIO A LOS ARBOLES

(Rafael Barret.)

Que un advenedizo construya una casa, con el dinero rápidamente ganado en honradas y secretas operaciones comerciales, está bien. Que construya una de esas lúgubres y sangrientas y vulgares masas de ladrillo, con agujeros enrejados y techo de teja, está menos bien. Pero lo que hace estremecer es que os declare: «Ahora voy a arrancar todos los árboles en torno para que la propiedad *quede linda*.»

Sí, es necesario que se vea limpia, desnuda, con sus insolentes colores que profanan la suavidad de los matices campestres, la fachada reluciente y tonta. Es necesario que se diga: «Esta es la casa nueva de fulano, de ese que ahora está tan rico.» Es necesario que pueda contemplarse sin obstáculo el monumento y la actividad de fulano. Los árboles sobran: «quitan la vista.» Y hay algo más que vanidad en el afán de pellar el suelo: hay odio, odio a los árboles. ¿Es posible? ¿Odio a los seres que, inmóviles, con los nobles brazos siempre abiertos, nos ofrecen sin cansarse jamás la caricia de su sombra, la fecundidad silenciosa de sus frutos, la poesía múltiple y exquisita que elevan al cielo? Se asegura que existen plantas dañosas. Tal vez: mas no por eso las debemos odiar. Nuestro odio las condena. Nuestro amor quizá las transformaría y las redimiría. Oíd a un personaje de Víctor Hugo: «vió gentes del país muy ocupadas en arrancar ortigas; miró el montón de

plantas desarraigadas y ya secas, y dijo: —Esto está muerto. Esto hubiera sido sin embargo algo bueno si de ello hubieran sabido servirse. Cuando la ortiga es joven, su hoja es una excelente legumbre; cuando envejece, tiene filamentos y fibras como el cáñamo y el lino. La tela de ortiga vale tanto como la tela del cáñamo. Es por lo demás la ortiga un excelente pasto que se puede segar dos veces. ¿Y qué necesita la ortiga? Poca tierra, ningún cuidado, ningún cultivo... Con un poco de trabajo que se tomara, la ortiga sería útil; se la descuida y se vuelve dañosa. Entonces se la mata. «¡Cuántos hombres se asemejan a la ortiga!»—Y añadió después de una pausa:—«Mis amigos, tened esto: no hay malas yerbas, ni hombres malos. Sólo hay malos cultivadores.»

¡Ay! No se trata de cultivar, sino de perdonar a los árboles. ¿Cómo aplacar a los asesinos? No hay sitio de la república, de los que he recorrido, en que no haya visto funcionar el hacha estúpida del propietario. Hasta los que nada tienen destruyen las plantas. Al rededor de los ranchos se extiende un árido yermo, cada año mayor, que da miedo y tristeza. Según el adagio árabe, una de las tres misiones de cada hombre en este mundo es plantar un árbol. Aquí el hijo arranca lo que el padre plantó. Y no es por ganar dinero; no aludo a los que explotan las maderas. Sería una explicación, un mérito; hemos llegado a considerar la codicia como una virtud. Aludo a los que gastan dinero en arrasar el país. Obedecen a un *odio desinteresado*. Y la inquietud aumenta cuando se nota que las únicas mejoras que se hacen en las plazas de la capital consisten en arrancar, arrancar y arrancar árboles.

Odio doblemente feroz en una comarca donde el verano dura ocho meses. Se prefiere el sol abrasador a la dulce presencia del árbol. Se diría que los hombres no son ya capaces de sentir, de imaginar la vida en los troncos venerables, que tiemblan bajo el hierro y se desploman con lastimero fragor. Se diría que no comprenden que también la savia es sangre, y que sus víctimas se engendraron en el amor y en la luz. Parece que las gentes viven esclavizadas por un vago terror, y que temen que el bosque proteja facinerosos y anime fantasmás. Detrás del árbol adivinan la muerte. O bien, obsesio-

nados por un dolor sin forma, quieren copiar en torno suyo el desolado desierto de sus almas.

Y entonces, en la nuestra, la irritación se cambia en piedad. Muy desesperado, muy hondo ha de ser el mal de los que, en resignado mutismo, perdieron el cariño primero, el cariño fundamental que hasta las bestias sienten, el santo cariño a la tierra y a los árboles.

(*El Dolor Paraguayo.*)

SI UNA ESPINA ME HIERE...

(Amado Nervo.)

Si una espina me hiere, me aparto de la espina
...pero no la aborrezco.

Cuando la mezquindad
envidiosa en mí clava los dardos de su inquina,
esquívase en silencio mi planta, y se encamina
hacia más puro ambiente de amor y caridad.

Rencores. ¡De qué sirven, qué logran los rencores!
Ni restañan heridas ni corrigen el mal.
Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores
y no prodiga savias en pinchos punzadores:
si pasa mi enemigo cerca de mi rosal,

se llevará las rosas de más sutil esencia,
y si notare en ellas algún rojo vivaz,
será el de aquella sangre que su malevolencia
de ayer, vertió, al herirme con encono y violencia,
y que el rosal devuelve trocada en flor de paz!

HA MUGIDO UNA VACA EN LA NOCHE

(Manuel Abril.)

Se ha dormido el pinar,
y en la hierba del prado
que desde mi ventana
contemplo, se ha apagado
la luz crepuscular.

cogido con astucia por dos hombres.
Mugió la vaca, contestó el ternero
con voz trémula y débil, inocente,
y así fué hasta morir...

Al medio día,
con la ventana abierta y viendo el campo,
comimos la familia, en paz unida,
un bocado exquisito de ternera.
Era suave el manjar, el sol alegre,
fácil y grata de vivir la vida.

Esta fué la aventura. Nadie le dió importancia.
Pasó... Y ahora en la tarde,
a la ya escasa luz, he distinguido
la vaca que salía.

Ha pasado la vista por el prado
para buscar su cría,
y al verlo abandonado,
dió un mugido
que tembló con acentos de elegía.

Calló después, y, ahora,
hociquea la hierba resignada,
sometida al dolor de cuanto existe,
que es ley de Dios y ante El no puede nada
un dolor de animal paciente y triste.

(*El Figaro. Habana.*)

SOLIDARIDAD

(*Elías Jiménez Rojas.*)

La belleza de un organismo—de raza, sexo, temperamento y tipo determinados—alcanza su máximum posible cuando alcanza la salud su apogeo. Los órganos todos de nuestro cuerpo—los que vemos y los que no vemos—son íntimamente solidarios y reflejan los unos sobre los otros su propio estado. Las enfermedades nerviosas, las alteraciones de la sangre, los desórdenes de los pulmones, del hígado, del corazón, etc., traslucen, por decirlo así, y modifican la blancura e integridad de los dientes, la abundancia y delicadeza del cabello, el brillo

de los ojos, la armonía del color, la suavidad y tersura de la piel y el gesto o estado general de los músculos que la movilizan. Aun cuando sólo consideráramos, por ejemplo, los fenómenos cerebrales, sabemos bien cómo la alegría, el dolor, la actividad del pensamiento, etc., se traducen siempre en cambios de nuestra fisonomía, y sabemos bien cómo la nobleza y bondad de sentimientos, la energía y serenidad morales, fenómenos correlativos todos del buen funcionamiento de los centros nerviosos, son el factor principal de la belleza de un organismo.

Se comprende así el que la higiene, la moral y la estética empleen los mismos medios para realizar sus fines, manifestaciones de una misma aspiración legítima y natural: la de ser feliz. Aspiración radicalmente egoísta y a la vez esencialmente altruista, puesto que es absolutamente imposible ser feliz mientras no lo sean los objetos de nuestras afecciones naturales y—suponiendo que estas afecciones no existieran—porque la presencia de un solo ser infeliz es un foco de desdicha que irradia sobre los que le rodean de cerca o de lejos.

(Colección Eos.)

EL ORO

(Alfonso Guillén Zelaya.)

Mató el oro en los hombres la comunión nativa
y dividió la tierra y pervirtió el cariño,
la palabra de Cristo no es posible que viva,
sólo pudo vivir cuando el mundo era niño.

Hoy acúñanse discos para sembrar el hambre,
antaño no existía ni la ingenua permuta
ni las cercas de piedra ni las redes de alambre,
que por todos los campos era libre la fruta.

Eran libres las aguas, la caza, la llanura;
como no había dueños, jamás hubo ladrones:
la vida era de paz, de amor y de dulzura,
las gentes eran buenas como las bendiciones.

Jamás alzóse el párpado para ver la miseria,
ni lloraron los niños de frío en las nevadas:

el mundo fué aquel tiempo la generosa arteria
que dió al hombre la gracia de las cosas ansiadas.

¡Oh los atardeceres de la frescura antigua,
envueltos en el alma de los ritos lejanos,
cuando todos bajaban a la fuente contigo
a beber el agua en el hueco de las manos!

¡Oh sol de aquellos siglos que sólo hubiste auroras,
no para enviar al surco las legiones de obreros
sino para que diese la bondad de tus horas
esperanza a la vida por campos y senderos.

Así en albas y en tardes por collados y montes,
caminos y llanadas, en hermandad y ovejas,
fué vuestra planta libre dilatando horizontes
bajo el alegre cielo, dichosas gentes viejas...

¡Qué moral más hermosa que esta moral primera
de vivir para todos y con todos ser uno.
Los hombres no morían en luchas de frontera
porque la tierra estaba sin valladar ninguno!

Mas, Señor de los Buenos, vuestros dones son idos:
venimos condenados a vivir sin fortuna
todos los que hemos hecho nuestros propios vestidos
con oro de los astros y plata de la luna!

(Helios, Tegucigalpa.)

EL ARBOL Y EL CAMINANTE

(Emilio Bobadilla.)

«*Al pasajero*: Tú que pasas y levantas sobre mí tu brazo,
antes de que me hagas daño, óyeme bien:

Yo soy el calor de tu hogar en las frías noches de invierno;
soy la sombra amiga que encuentras cuando caminas bajo el
sol de agosto, y mis frutos son la frescura apetecible que te
sacia la sed en los caminos.

Yo soy la armazón amiga de tu casa, la tabla de tu mesa,
la cama en que tú descansas, y la madera de tu barco.

Soy el mango de tu azada, la puerta de tu morada, la madera de tu cuna y la envoltura de tu ataúd.

Soy el pan de la bondad y la flor de la belleza.

Tú que pasas, óyeme bien y... no me hagas daño.»

(*El Imparcial. Madrid.*)

CÁNTICO DE LAS CRIATURAS (1)

(*Cornelio Hispano.*)

Gloria, Señor, a ti y a todas tus criaturas!
Y gloria a nuestro Padre el Sol que nos da el día
Y es en el Universo nuestra antorcha fecunda,
El Sol que alumbra el campo, los bosques y los ríos,
Cuya cándida lumbre, radiante, benigna,
Es un reflejo apenas de tu esplendor, oh, Altísimo!

Gloria, Señor, a ti por nuestra hermana luna,
Y todas las estrellas que brillan en el cielo:
Tan suaves, tan remotas, tan tímidas, tan puras!

Gloria, Señor, a ti por nuestro hermano el viento
Y la lluvia y las nubes, y el bueno y el mal tiempo!

Gloria, Señor, a ti por nuestra hermana agua,
Que es útil y preciosa, y es humilde y es casta!

Gloria, Señor, a ti por nuestro hermano el fuego:
Por él la noche es clara, y es potente y risueño!

Gloria, Señor, a ti por mis hermanas aves
Que tienen lindas plumas y trinos inefables!

Gloria, Señor, a ti por los mansos corderos,
La alegre golondrina, la parlara cigarra,
Y por nuestros hermanos el buey, el asno, el lobo,

(1) Aun cuando la composición no es en su original de autor hispano, no hemos rehuído al deseo de ponerla; vale tanto la del colombiano como la de nuestro dulce, bueno y seráfico hermano Francisco de Asís. Nos lo perdonará el lector? Estamos seguros que sí.

Y por mi hermana alondra, tan apacible y parca,
Que va por los caminos en busca de una espiga,
Y, cuando se remonta la alondra, nuestra hermana,
Es tan dulce su canto que los trabajadores
Su labor interrumpen y los ojos levantan!

Gloria, Señor, a ti y a todas tus criaturas!

IN MEMORIAM DE UN TIGRE QUERIDO

(Clemente Onelli.)

Veintiocho de agosto.—Fué un día como hoy, frío, de viento huracanado del Sur, que el tigrecito de Bengala abandonando su lecho de enfermo, con la angustia del asfixiado en los ojos, salió en busca del cañaveral amigo, el tupido bambú, que pocos días antes le escondió alegre en sus juegos infantiles. Dirigió el hocico al viento en busca del aire que le faltaba; no percibió ya los calentadores, puestos cerca de su endeble cuerpecito; la vista se iba entenebreciendo; los seres por él queridos no los veía ya; el chirrido isócrono como de un fuelle sin aire, ejercido incesantemente durante días y noches, se iba lentamente extinguendo, y el pequeño querido, el tigre de Bengala, amado entrañablemente por todos los que lo cuidaron quedó finalmente inmóvil, descansando para siempre en la pequeña yungla que eligió para morir.

Eran las tres de la tarde del día 10 de agosto: el viento frío, el gran traicionero, silbaba y jugueteaba encrespando con sus rachas el listado manto del princesito muerto. Nos pareció casi sacrílego que el alevoso asesino se ensañara aún con su víctima, y en ese triste momento, los que habíamos presenciado el fin, unánimemente hicimos el ademán de llevar al abrigo ese cuerpecito sin vida.

Su corta historia explicará mejor el verdadero cariño que le teníamos. Arrancado a las fauces de la madre, que, celosa, lo iba inconscientemente a matar en su primer minuto de vida, encerrado en una pequeña canasta, al calor y criado con biberón, aún con los ojos cerrados daba signos de la ingénita perversidad de la raza. Abrió al fin los ojos, empezó a cono-

cer la silueta amiga que lo acariciaba y saciaba su hambre, y no vió otra cosa a su alrededor que cariños, mimos y una enorme dosis de paciencia y de cuidados para salvarlo.

Nada de asperezas, de enojos, de rugidos, en el ambiente en que se iba desarrollando; y, cuando ya sano y fuerte, se le dejaba a su libre albedrío, y se iba desenvolviendo su inteligencia, con el sistema del kindergarten, no se le hacía sentir el patrón, el maestro que enseñaba, sino que el patrón y maestro a la vez, se hacía tigre, jugaba con él en el suelo y trataba de descubrir lo que el chico pensaba: no creo exagerar diciendo que en esos momentos yo conocía lo que él quería y él se daba cuenta que yo lo sabía, y puedo asegurar que a los cinco meses de vida en un ambiente humano, el tigrecito tenía la inteligencia más desarrollada que un perro doméstico de diez meses. Tan sólo en el momento de la ración aparecía de lleno su instinto ancestral, y se le respetaba; después era siempre una criatura mansa, dulce, inteligente, que jugaba con todos, pero que amaba verdaderamente tan sólo a dos, su amo y su abnegada enfermera.

Pasado el tiempo estrictamente necesario de su crianza, con pesar, me creí obligado a exponerlo, eligiendo para eso uno de los abrigados departamentos de los monos: el pobrecito entristeció, a pesar de que se le dejara salir del encierro y pasar las horas de menor concurrencia en su querido hogar; al regreso, entraba obediente, emitía de tarde en tarde cortos y sofocados lamentos y se pasaba horas y horas caminando impaciente, restregándose en el tejido que lo aprisionaba.

Al quinto día me pareció algo anormal su respiración: fué el último de su encierro; claramente se iniciaba una congestión pulmonar: médicos, remedios, cuidados no le faltaron y el pequeñuelo se dejaba hacer, no se resistía a nada de lo que con él se intentaba. Pasó el tiempo en la cama de su cuidadora como un pequeñuelo, sosegado, tranquilo, hasta tres días antes de su muerte; ya entonces su mirada angustiada y sus ademanes parecían hacer comprender que era aire lo que le faltaba. Y así se fué al fin dejando tristísimos recuerdos y cariños verdaderos.

¡Oh, pequeñuelo! Sobre tu memoria no pesa el odio inex-

tinguible de raza, el terror despertado por las criminales generaciones que te engendraron: ¡tú fuiste quizá el único tigre en el mundo que supiste hacerte querer por el hombre!

Al plantar en la tierra, sobre tu cuerpecito despedazado por la autopsia, el pequeño ciprés que agrandarás con tu carne, con cariño indecible pensé en tí y recordé a Job tan quejumbroso y tan justo: «Existí y casi no existí: del seno materno pasé a la tumba.»

...Entonces, el ciprés alto y negro, lentamente se hamacará solemne aún en lejanos plenilunios, repitiendo sumiso sobre su túmulo, borrado ya: «*Fuiste cuasi non essem; de utero traslatus ad tumbam.*»

(Aguafuertes del Zoológico, Ediciones Mínimas. Buenos Aires.)

EL BUEN ARBOL AMIGO

(Ernesto A. Guzmán.)

He tendido mis manos caldeadas
por el sol del camino hacia tu sombra
y las has confortado, árbol amigo.
Venían fatigadas por la ausencia
de las manos amadas, y en tus hojas
se han hundido afanosas y han hallado
de aquellas buenas palmas la frescura.

¡Oh canción de sosiego y de ternura
sobre mi corazón; polvo de senda,
arrojado a vagar constantemente
por sobre la aridez de las llanuras!

¡Oh buen árbol amigo! Yo deseo,
aquí bajo tu amparo, una continua
renovación de mis palabras: quiero
unas que sean nuevas y que digan
de tu buena hermandad para conmigo,
de este compañerismo que nos une
y que no es el humano; voces vírgenes
de la boca del hombre, todas amplias
y llenas de tu aliento, de tu vida

primitiva y sincera, y de tu savia;
palabras interiores y sonoras
que arrastren mi sentir exactamente.

Armonicemos nuestras voluntades,
y digamos ingenuos pensamientos;
que tu acción y la mía se confundan
en procurar la gracia de un remanso
al viajero cansado del camino;
que al agitarnos ambos bajo el viento
le brindemos rumores de agua fresca.

Yo recibo tus brazos en los míos,
y, por tu corazón lleno de fuerza
agitando mi pecho, tu constante
y severa actitud. Y así, abrazado
a tu robusto tronco, parecemos
ambos un solo tronco por donde hace
pasar la tierra múltiples designios.

El descansar bajo tu sombra ha sido
ser fuerte y ser ingenuo: boca abajo,
he apretado esta hierba entre mis dientes.
Y con mis manos he escarbado el suelo
endurecido, y a tus pies he abierto,
majestuoso de esfuerzo, una ancha taza.
Y he corrido después a la vertiente
y he traído en mis manos agua clara
innumerables veces, y te he dado
con humildad la ofrenda de mis actos;
porque he pensado en todos los que cruzan
a estas horas la tierra, y cuyos pasos
fatigados resuenan dolorosos
sobre mi corazón.

Nos parecemos,
árbol amigo: Yo también doy sombra,
pero la mía es infecunda: nadie
hallará hierba fresca en sus dominios
ni protector arrimo ha de pedirle

Amo tu compañía: tu lenguaje
me aclara cosas viejas; conversamos
para dejar en medio de los hombres
altas renovaciones.

Yo bendigo
tu confianza y tu paz, y las deseo.

¡Acaso como tú, tras largos años,
seré también un árbol del camino!

(Nosotros. Buenos Aires.)

VÍCTIMAS DE LA TORMENTA

(Clemente Onelli.)

Víctima propiciatoria, hemos sacrificado una zebra al viejo dios de las tempestades, al rutilante y zebreado espíritu de la tormenta, que a los exorcismos de Martín Gil, dentro de la raya del tiempo por él inexorablemente fijada, venía en alas del viento con una velocidad de más de 100 kilómetros por hora, malhumorado y terrible, a salvar los ya acartuchados maizales de la república.

A su paso crujieron las maderas del bosque joven, cayeron gajos añosos de los eucaliptos, los aromos vidriosos quedaron tronchados, las araucarias del quieto bosque tupido fueron arrasadas por la terrible guadaña del vendaval, volaron en astillas los trozos de los ombúes corpulentos, y un alto ciprés que, orgulloso por sus años, no quiso doblar su cima enhiesta, fué por el bárbaro salvador del maíz arrancado de raíz y arrojado como colosal y negro fantasma en el centro del apacible patio árabe del corral de la zebra. A ésta le había llegado su hora: el emblema fúnebre, arrojado allí con tanta violencia, la hizo huír despavorida; chocó contra un poste de ñandubay que no resistió al embate, y ella, con las cervicales fracturadas, quedó fulminada. La pobre víctima apaciguadora detuvo un tanto al ciclón: empezaba la lluvia torrencial y la pesada capota del cielo, llena de destellos luminosos, iba repitiendo por todo el horizonte fantásticamente las rayas del bello cuerpo de la víctima, anunciando a las pampas que el sacrificio estaba ya consumado;

ahora los maizales sedientos podrán volver a levantar vigoroso su marchito cogollo.

Llovió toda la noche sobre el cuerpo yerto de la pobre zebra; y a la aurora,—esa aurora del domingo,—toda fresca y toda saturada de los aromas de hierbas destrozadas en una noche de tormenta, un sereno fué el primero que vió la trisísima escena: una zebra y un ciprés muertos juntos en el suelo.

(Aguafuertes del Zoológico, Ediciones Mínimas. Buenos Aires.)

ORACIÓN

(Omar Dengo.)

Siento que estas horas sagradas se deslizan en un plano superior a mi vida, sobre la mente, sobre el corazón, sobre los hombres, sobre las cosas... Son como una ola de solemne quietud, que fuese envolviéndome,—sutilizado a su contacto—, en celestiales claridades.

Siento una majestuosa ascensión de mi ser, un sopor mirífico, un sueño...

Siento que hay en mí una silenciosa grandeza, un amor y una gloria. Siento que luchan para desprenderse de mi carne, de mi pasión, de mi apetito, en ímpetu tan sutil como de lira que se estremece... No la sensación de las alas que se abren vigorosas. ¡No, Dios mío! Todo calladamente, todo delicado. Impulso hay en mí de cerrar los ojos y, juntas las manos sobre el pecho, ascender por el aire hacia la Luz...

¡Ruego por los hombres! Para que las naciones en guerra se arrodillen sobre las armas. Para que un ritmo profundo de corazones, suceda al estruendo de las metralлас... ¡Incienso de plegarias llene el espacio que enrojecieron las llamas!

Ruego para que el hombre se recoja en sí mismo, y nada fuera de él exista... ¡Nada que no sea el silencio, nada que no sea el tiempo, y el espacio, y el alma, y Dios!

¡Que desaparezca el mundo dentro del corazón del hombre! ¡Y sea la hora de la Suprema Paz!

Campanas, campanas de la tierra que renováis el recuerdo de la vida... ¡Campanas, dolientes campanas, no turbéis mi

contemplación! Ante mí está Jesús, el Maestro. ¡Bien amado el Maestro! ¡Bien amada su eterna palabra!

Fuiste la verdad, ¡oh mi Maestro! Eres la Verdad, serás la Verdad y ante ella el hombre es Genio, Santo, Héroe, Profeta, Creador! Levántate y anda, ¡oh! hombre... Y a mí permíteme, Maestro Amado, que me levante y vaya por los caminos del mundo, seguido de los hombres, con el corazón abierto como una estrella: Caballero de Dios con la misión del milagro, por los siglos de los siglos... Amén.

(Escuela Normal de Costa Rica, Miércoles Santo de 1917.)

TREBOLES DE NAVIDAD

(Juan Ramón Molina.)

Recordando el rabel
de Reyes que con sus
villancicos de miel
arrullaba a Jesús.

Niño Dios—que en el pesebre
estás, radioso y desnudo—
mientras que, sombrío y mudo,
tengo fiebre.

Dulce Niño,
grácil cosa,
como rosa, como armiño,
como armiño, como rosa.

Pobre rey,
que ningún vasallo adula,
que sonrías a la mula
o que lloras junto al buey.

Del trotar
va acercándose el rumor,
del corcel de Baltasar,
del camello de Melchor
y el onagro de Gaspar.

En la noche—ardiente y bella—
los divinos magos ven,
que ya se paró la estrella
sobre el místico Belén.

Sus tesoros
te darán, que son inmensos:
púrpuras, mirras, inciensos,
perfumes, diamantes y oros,
mientras danzan los pastores,
tañendo sus caramillos,
en los prados
argentados,
aromados
de tréboles y tomillos;
y—en las bóvedas celestes—
cantan himnos y alabados
de los ángeles las huestes.

Niño Dios, pequeño rey,
que un almita azul alientas,
¿tienes frío? Te calientas
con el vaho de ese buey.

Si ningún vasallo adula
el milagro de tus ojos
de violeta, está la mula
contemplándote de hinojos.

Tu
orfandad presto se fué:
ya tienes manto de tisú,
un magnífico ajuar que
una maga preparó,
y tu cuello lucir ve
un collar como una O.

Bien quisiera
presentarte—como don—
la hechicera

sortija de Salomón;
o un par de azules palomas
de un exótico país,
o las mágicas redomas
en que guardó sus aromas
Belkiss,
cuando—ávida de placeres,—
en pos de un rey, todo luz,
hizo su viaje a Citeres
sobre un nevado avestruz.

Ni una ofrenda, ni una cosa
fabulosa
te he de dar,
ni una perla milagrosa
de los joyeles del mar;
ni una estrella luminosa,
ni un sutil velo de tul;
que—en un arca de topacio—
escondí, cerca de la Osa,
en mi lírico palacio
del azul.

Mas te regalo esta flor,
--albo y rubio serafín—
flor de amor, flor de candor,
que ha respetado el dolor
al arrasar mi jardín!

(Tierras, Mares y Cielos.)



Obras Nacionales

Editadas por la

Librería Lehmann (Sauter & Co.)

San José, Costa Rica

Cartilla Histórica de Costa Rica , por Ricardo Fernández Guardia. (Segunda edición) ₡	0=75
Educación de Nuestros Niños , por Zacarías Zúñiga	0=75
Geografía de Costa Rica (Compendio de), por F. Montero Barrantes. (Cuarta edición)	0=75
Gramática Castellana (Elementos de), por Carlos Gagini. (Tercera edición)	1=25
Higiene Escolar , por Hildebrando Siles G.	0=50
Juegos Escolares , por Zacarías Zúñiga	1=00
Libro de Lectura , por Roberto Brenes Mesén. (Quinta edición)	2=00
Manual de las Juntas de Educación , por Manuel Monge C.	0=50
Recitaciones Escolares , por Napoleón Quezada. (Segunda edición)	0=90
Contabilidad Moderna (La) , por Juan Fernández Morúa ₡	4=50
Cocina Costarricense (La) , por Juana R. de Aragón. (Tercera edición)	1=50